

Historia y política. Seis ensayos sobre
Eric Hobsbawm



César Mónaco
(compilador)

HISTORIA Y POLÍTICA
SEIS ENSAYOS SOBRE ERIC HOBBSBAWM

César Mónaco
(compilador)

Historia y política

Seis ensayos sobre Eric Hobsbawm

Ernesto Bohoslavsky, Pablo Buchbinder, Daniel Lvovich,
Elías Palti, Hilda Sabato y Juan Suriano

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Historia y política : seis ensayos sobre Eric Hobsbawm / Ernesto Bohoslavsky ... [et al.] ;
compilado por César Mónaco. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General
Sarmiento, 2017.

136 p. ; 21 x 15 cm. - (Humanidades ; 35)

ISBN 978-987-630-279-1

1. Historia. 2. Historiografía. I. Bohoslavsky, Ernesto II. Mónaco, César, comp.
CDD 907.2

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa

Diagramación: Franco Peticaro

Corrección: Miriam S. Andíañach

Hecho el depósito que marca la Ley 11723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Introducción	
<i>César Mónaco</i>	9
Primera parte. Homenaje	
Las lecciones de Hobsbawm	
<i>Hilda Sabato</i>	19
Algunos aspectos de la recepción de la obra de Hobsbawm en la Argentina	
<i>Juan Suriano</i>	27
Hobsbawm y la historia global	
<i>Pablo Buchbinder</i>	45
Segunda parte. Contrapuntos	
Hobsbawm mira a América Latina (1962-1974)	
<i>Ernesto Boboslavsky</i>	61
Hobsbawm y Nairn frente al problema del nacionalismo: dos perspectivas enfrentadas en el seno del marxismo británico	
<i>Daniel Lvovich</i>	81
El enfoque genealógico de la nación y sus descontentos. El dilema hobsbawmiano	
<i>Elías Palti</i>	109

Introducción

César Mónaco

Historia y política es un gesto de consideración hacia el historiador británico Eric Hobsbawm. El volumen está compuesto por seis artículos ordenados en dos secciones. La primera de ellas, “Homenaje”, es la recopilación de trabajos editados a partir de las exposiciones de la mesa redonda en reconocimiento de su obra y trayectoria, que se desarrolló el 21 de noviembre de 2012 en el campus de la Universidad Nacional de General Sarmiento. El impulso había partido pocas semanas antes, como consecuencia de su fallecimiento el 1 de octubre. La idea y organización del evento estuvo a cargo de la dirección del Instituto del Desarrollo Humano. Las presentaciones fueron de Hilda Sabato, Juan Suriano y Pablo Buchbinder; tres historiadores ellos con un amplio conocimiento de los trabajos de Hobsbawm. El resultado de este encuentro brindó el estímulo inicial para esta publicación.

La segunda parte del libro, “Contrapuntos”, está integrada por la reedición de artículos de origen y objetivos diferentes de los anteriores. Son textos que discuten aspectos específicos de la obra del autor. Participan aquí Ernesto Bohoslavsky, Daniel Lvovich y Elías Palti. Si bien cada sección tiene un rasgo distintivo, la conjunción general de los trabajos presentados aquí propicia una unidad en la que el historiador británico y su obra, por supuesto, ofician de vértice articulador. La secuencia de lectura propuesta también responde a eso. Son varias las combinaciones posibles, a partir del interés, curiosidad, gusto o necesidad de cada lector, aunque la disposición dada guarda en sí misma un sentido elemental: mantener el orden original de las exposiciones en el primer tramo, y relacionar en clave temática la serie siguiente.

A modo de apertura, el texto de Hilda Sabato celebra un conjunto de rasgos que considera centrales en el legado del historiador británico. En primer

lugar, rescata su marxismo crítico y alejado de cualquier “determinismo y evolucionismo” propagado por las líneas más ortodoxas. Es el Hobsbawm que, en una recepción temprana y no menos lacónica, comenzó a ser introducido en algunos de los debates del comunismo vernáculo. En relación con este punto, la autora subraya la influencia de su modo de hacer historia y el impacto sobre su formación. Sin desatender los “núcleos duros” de su “marxismo primero”, Hobsbawm cumplió un rol ineludible en la renovación historiográfica de los años cincuenta y sesenta. Y en la medida en que su perspectiva de izquierda marcó una clara distancia de los influjos y lindes del “economicismo reinante”, su atractivo –asegura– se potenció al asociar de modo exitoso: empirismo, proposiciones generales del marxismo y metodología de las ciencias sociales. Sin la sujeción de etapas y modelos, y al propiciar “la posibilidad de practicar el oficio sin renunciar a los planteos globales”, su interpretación sobre el pasado contó (y cuenta) con la virtud adicional de cargarse de sentido prospectivo y, por lo tanto, político. Como tercer y último punto, Sabato toma un aspecto clave de la participación de Hobsbawm en sus innumerables debates públicos: la defensa de lo propio del historiador, su oficio, sus reglas (y su no menos exenta carga político-ideológica), frente a otros discursos del pasado, en especial, el de la memoria o memorias particulares.

En el capítulo siguiente, Juan Suriano se aboca a señalar algunas particularidades de la inserción de la obra de Hobsbawm en el campo historiográfico argentino. Luego de ciertas referencias introductorias sobre la trayectoria académica y política del autor, Suriano aborda su recepción desde dos puntos personales de observación (inescindibles, sin duda): como docente universitario y como protagonista de la nueva historia social de los años ochenta y noventa. Suriano contrapone una primera recepción, tardía y fragmentaria a causa de las vicisitudes del contexto político nacional de los sesenta y setenta, a la influencia “plena” de la obra de Hobsbawm luego del retorno democrático y la renovación del campo académico en el país.¹ Sobre ese punto se despliega su texto. De manera conexas, por un lado, la relevancia e influjo de un “gran relato de la historia del capitalismo”; por otro, el aporte sustancial a la historia social y su renovación, y en particular, al de la historia de la clase obrera. Aunque en este aspecto Hobsbawm quedó relegado por el trabajo de otros colegas, el historiador

¹ Vale mencionar aquí la paradoja indicada por Suriano. En los años ochenta y noventa, a la par que se difundía la obra de Hobsbawm en el país, la historiografía europea se encontraba signada por los cuestionamientos a las grandes interpretaciones de la historia social (de posguerra) como a los presupuestos teóricos sobre los que había sustentado sus avances (p. 33). Ver al respecto el capítulo “Hobsbawm y la historia global”, de Pablo Buchbinder.

argentino no deja de rescatar la contribución de este en la ampliación de la perspectiva de análisis de los estudios sobre los trabajadores. Pues Hobsbawm –subraya–, emprendió temprano la ruptura con una historia obrera reclusa en sus instituciones y organizaciones (en sus palabras: una historia “narrativa de los movimientos obreros”), que trastrocó por la búsqueda del conjunto de sus “experiencias”.

En suma, y como ya se ha dicho, el artículo discurre entre esas dos instancias demarcadas que son la obra del autor y su recepción local. Una obra que a su vez está compuesta por dos cuerpos discernibles: síntesis generales y estudios monográficos. La distinción de ambos no deja de ser un lugar recurrente en los análisis integrales de lo escrito por Hobsbawm. En el presente volumen, sin ir más lejos, de manera más o menos expresa suele apelarse a esta primera y necesaria aproximación.

Vale mencionar que en un texto reciente, Enzo Traverso tomó ambas dimensiones para remarcar cierta contradicción analítica en la obra del historiador marxista. Según este, “existe una distancia entre, por un lado, el historiador de los luditas y de la resistencia campesina de los *enclosures* de los campos ingleses y, por otro lado, el de las grandes síntesis sobre las ‘revoluciones burguesas’ y el advenimiento del capitalismo industrial” (Traverso, 2012: 37-38). Así, y desde un balance general, el Hobsbawm que propulsa una mirada “desde abajo”, al rescate de la “voz” de la gente común, entra en tensión con aquel de la perspectiva “desde arriba” desarrollada en su tetralogía,² donde termina por convertir a las clases subalternas en una suerte de “masa anónima”. Esta disonancia, alega Traverso, cobra mayor relieve bajo la mirada eurocéntrica de la que el autor británico no logra escapar en sus relatos de la historia mundial contemporánea (Traverso, 2012: 49). Los textos de Sabato y Suriano aquí presentes, verá el lector, no participan de esta mirada. Ciertamente, no es un objetivo de estos discutir al respecto. No obstante, se torna atrayente como parte del resultado de estas lecturas indicar este matiz de opinión en función de un posible contrapunto (o al menos, del grado de pertinencia de la comparación referida por el historiador italiano). Mientras Sabato destaca la capacidad de Hobsbawm “para combinar lo particular y lo general, para dar cuenta de sociedades y períodos específicos sin dejar de lado los marcos más globales” (p. 22), Suriano reafirma como uno de sus “rasgos salientes” la interrelación de las dos instancias, dado que al pretender indagar la historia del capitalismo, nuestro autor no soslayó

² Refiere a *La era de la revolución, 1789-1848*; *La era del capital, 1848-1875*; *La era del imperio, 1875-1914*; e *Historia del siglo xx*.

“el rol de los hombres como agentes de cambio en la historia” sino que, por el contrario, colocó “en un primer plano a la gente común” (p. 35).

Un punto en el que sí hay un amplio asentimiento, en cambio, es el referido a las marcas de occidentalismo en su tetralogía. Este es uno de los elementos indicados por Pablo Buchbinder en su ensayo: “Hobsbawm y la historia global”. En ese capítulo, Buchbinder construye un diálogo entre nuestro autor (en cuanto reconocido referente de la historia mundial) y los principales nombres de esta nueva tendencia historiográfica con el fin de advertir una serie de fortalezas y debilidades en ambas interpretaciones.

En sus primeras páginas, el texto presenta una serie de marcas disciplinares y contextuales que permiten ubicar la inserción e incidencia de la obra de Hobsbawm en el campo historiográfico europeo. Al igual que en los capítulos precedentes, Buchbinder remarca el aporte de la historiografía marxista británica, y el análisis del conflicto social en su centro, al impulso renovador de la historia social. Tanto por sus trabajos monográficos cuanto por su historia mundial, Hobsbawm fue uno de sus protagonistas. En los años siguientes, la perspectiva adoptada en sus trabajos específicos fue cuestionada con fuerza por los denominados estudios subalternos. En tanto la crisis de la historia social, evidenciada en la “multiplicación de objetos, métodos y aproximaciones”, no ahorró críticas a las “aproximaciones globales de los procesos históricos” (como los de nuestro autor).

Fue en las primeras décadas del actual siglo, sin embargo, que las preguntas en torno a la globalización contemporánea propiciaron el retorno de las “lecturas amplias y generales” —señala Buchbinder—, solo que ahora bajo la perspectiva de una nueva corriente: la historia global. La lógica interpretativa de esta, por lo tanto, debe ser aprehendida en el marco de la crisis de la historia social y estructural. Bajo estas primeras definiciones, Buchbinder toma un grupo de obras representativas de la historia global (las de Christopher Bayly, Jane Burbank y Frederick Cooper, John y William McNeill y Jürgen Osterhammel) y las contrapone a las lecturas mundiales de Hobsbawm. En este camino, por un lado remarca en favor de la historia global su rechazo al eurocentrismo y a la perspectiva nacional. Por otro, subraya las diferencias interpretativas, sobre todo al momento de explicar el cambio. Una característica definida de la historia global —continúa el autor—, es su enfoque centrado en “los procesos de transferencia y circulación” o “en las interacciones e intersecciones entre actores distribuidos en el planeta” (p. 49). Su mirada más allá de la esfera de la producción connota mayor “pluralidad y descentralización” de esta tendencia frente a los relatos tradicionales; un reflejo de esto se encuentra en la (nueva)

periodización sobre la que se estructura. No obstante, su vulnerabilidad (excluida su “imprecisión” nominativa) recae en la carencia de una lógica explicativa predominante, a diferencia sobre todo, de esquemas como los de Hobsbawm. Buchbinder pondera así del autor británico su estructura explicativa “clara y contundente”, centrada en el desarrollo y expresión del capitalismo, con “hincapié en las expresiones políticas del conflicto de clase” (p. 55).

La segunda parte del libro está compuesta por textos de mayor densidad crítica. Aquí se indagan con especial detenimiento una serie de estudios de Hobsbawm sobre América Latina y sus escritos sobre la cuestión del nacionalismo. El capítulo a cargo de Ernesto Bohoslavsky abre la sección y aborda el primer tema. En este, el autor desarrolla una revisión de lo analizado por el historiador británico en el caso peruano de La Convención. Al igual que los autores precedentes, Bohoslavsky reafirma la loable finalidad de nuestro historiador (“desde sus primeros trabajos hasta la actualidad”) de explorar la inserción del capitalismo a escala mundial y sus resistencias. Sin embargo, el cuestionamiento espinal recae sobre una suerte de homologación imperfecta o transposición interpretativa, en lo concerniente a la transición hacia el capitalismo entre el caso latinoamericano y el europeo. Bohoslavsky controvierte el supuesto de que América Latina (la de los siglos XVI al XX) pueda aportar “las claves necesarias para entender el pasado europeo”. Bajo esta tarea, indaga la estructura argumental, sus premisas nodales y las categorías de análisis aplicadas.

En el siguiente capítulo, Daniel Lvovich nos introduce en lo que puede establecerse como el inicio del derrotero de Hobsbawm y el nacionalismo: la discusión con Tom Nairn, con motivo de su libro *The Break-Up of Britain*. Lvovich reconstruye y examina los ejes centrales de estas “dos perspectivas enfrentadas en el seno del marxismo británico”. Ambos adscriben a la tradición “modernista” de análisis del fenómeno; esto es, la naturaleza “moderna y construida” de la nación, considerada, junto al nacionalismo, un factor propio del capitalismo industrial y burocrático. No obstante, las bifurcaciones interpretativas “trazan un abismo” entre estos intelectuales.

Para Nairn, el nacionalismo es incomprensible fuera del contexto del desarrollo desigual del capitalismo, entre los países y hacia el interior de estos. En su ilación, este desarrollo desigual permite reconocer los nacionalismos del “superdesarrollo”, difundidos en regiones más avanzadas que el resto de las entidades políticas a las que pertenecen. El objetivo de estos nacionalismos es liberarse de sus Estados centrales atrasados (casos: escocés, catalán, vasco). De aquí que Nairn valore de manera positiva los movimientos separatistas en el Reino Unido. Las estructuras sociales y políticas británicas fueron moldeadas

en el seno de un persistente conservadurismo que proveyó a un modelo estatal arcaico una perdurabilidad inusitada. El nacionalismo escocés de los años setenta –prosigue Lvovich en su síntesis sobre Nairn– puede llevar adelante la ruptura necesaria: ser un “enterrador del antiguo Estado”. La izquierda, concluye, debe tomar posición sobre estos nuevos nacionalismos. Así, la contradicción principal no estaría en la lucha de clases sino en el “desarrollo desigual” en el sistema mundial.

Estas consecuencias políticas son, sobre todo, las que Hobsbawm rechaza de plano. Este participa de la tradición académica británica –como indica Palti– que soslaya el derecho de autodeterminación al principio liberal de integridad de los Estados nacionales (en virtud de la diversidad étnica y cultural). Solo el avance hacia el socialismo podría habilitar la posibilidad de movilización desde el nacionalismo y llevar hacia la “ruptura”. La no existencia de esta situación, justifica su reacción conservadora.

Si por medio del análisis de Lvovich, el contrapunto entre Hobsbawm y Nairn oficia como una buena vía de acceso al tema (al explicitar los postulados generales de nuestro autor), el capítulo de Elías Palti permite hurgar más a fondo en el “enfoque” del nacionalismo en el que se inscribe el historiador británico.

La referencia aquí es su texto *Nations y Nationalism Since 1780*, publicado en 1991. En las primeras páginas, Palti se ocupa de reseñar los ejes centrales del debate de la autodeterminación nacional tanto en la izquierda como en instancias de la política internacional a partir de la Gran Guerra. El punto de llegada, es la recuperación del debate en los tempranos noventa, motivado este –apunta– por la inestabilidad geopolítica en Europa del Este y una suerte de “pánico similar” en Occidente a la eclosión nacionalista de la post Primera Guerra. Ese es el momento de publicación del libro de Hobsbawm. Con este texto se constituyó como uno de los referentes dentro de este campo de estudio y de debates, y devino en exponente de uno de los dos posicionamientos generales en torno a las indagaciones sobre el nacionalismo, la denominada corriente antigenealógica. A diferencia del enfoque genealógico, que arguye la naturaleza objetiva y singular de las naciones, esta línea interpretativa remarca su carácter moderno –como ya se expresó– y de “invención” (componente mítico).

Palti indaga el entramado argumentativo y conceptual sostenido por el historiador británico. A grandes rasgos, señala, el enfoque de Hobsbawm sobre el fenómeno del nacionalismo no da lugar a “réplica alguna”, lo cual no implica que en su base esta mirada no contenga problemas. El estudio de Hobsbawm despliega sus virtudes al abordar las ideas de nación decimonónica, no obstante, carece de argumentos al encarar los nacionalismos radicales del siglo xx. Más

aún, en este devenir temporal (de fenómenos más lejanos a más recientes) su interpretación no solo mengua en su poder explicativo sino que devela su mayor contradicción. Y es que la guerra de Bosnia –continúa Palti– desnudó la paradoja del “consenso antigenealógico” al brindar, por su oposición al separatismo disolvente, sustento ideológico a las políticas ultrarreaccionarias. La desintegración de Yugoslavia puso en evidencia las “verdaderas raíces ideológicas” del enfoque (pues de alguna manera, esta visión, presente en Hobsbawm, no logra percibir “las transformaciones operadas en el pensamiento nacionalista en el último siglo”). Hacia ahí va el “dilema hobsbawmiano” que remarca Palti, observable en la imposibilidad de sostener en su argumentación la oposición entre democracia y autodeterminación nacional. En otros términos, en sostener la defensa de la nación (de cualidad plural) al tiempo que se niega el derecho de las minorías a secesionarse.

*

El título de la compilación busca remarcar lo que aparece ineludible al abordar la trayectoria y obra del autor. Página a página, aquí los autores van tras Hobsbawm y su historiografía, sus escritos, sus temas, sus inquietudes y abordajes, sus aportes y desaciertos. Y en mayor o menor medida, pero nunca ausente, esto se da sobre el fondo de su adscripción teórico-ideológica, refrendada bajo un largo y sostenido compromiso político.³ Hobsbawm nunca minimizó esta afiliación, sea en el mundo académico o en el espacio público, y siempre se opuso a toda “ilusoria neutralidad axiológica” (Traverso, 2012: 39).

El día de su muerte, una nota editorial de un destacado diario británico volvía sobre esta cuestión a través de un juego hipotético. Este consistía en la visita de futuras generaciones a las noticias de aquel día, y de la supuesta pregunta que les despertarían las repercusiones del hecho: ¿cómo es posible que la muerte de un “venerado historiador marxista” podía ser vista como una pérdida nacional por personas que seguramente no tenían nada en común con la visión del mundo expresada por él?⁴ Tal vez lo interesante de esto no esté en la pregunta en sí, sino en la relación intrínseca que se materializa *una vez más*

³ Para Julio Aróstegui, parte de su trascendencia como historiador se encuentra en el vínculo entre esa “militancia de largo alcance” (que oficia de sustrato) y ese “aliento de ‘tiempo presente’” que contiene su obra: “Es un historiador ligado de forma inseparable a ‘su tiempo’, amplio comentarista de las condiciones políticas y sociales que le han tocado vivir” (2006: 182).

⁴ *The Guardian*, 1 de octubre de 2012. <http://www.theguardian.com/commentisfree/2012/oct/01/eric-hobsbawm-end-of-history-editorial>.

en ella: nuestro historiador y su compromiso ideológico y político. Si parte de esa denominación está en el mismo Hobsbawm, otra, mucho menos indagada, se encuentra en nosotros, sus lectores.

*

Resta agradecer a los autores y a todos aquellos que de forma más o menos directa participaron en el proceso que permitió llevar adelante esta publicación. En especial a los colegas y amigos Daniel Lvovich, Ernesto Bohoslavsky y Jorge Cernadas.

Aclaración: el método de citado utilizado en este volumen es el de autor-fecha, en la bibliografía final de cada artículo se adjuntan entre corchetes los años de las ediciones originales (en inglés) del autor homenajeado.

Bibliografía

- Aróstegui, Julio (2006). “Eric J. Hobsbawm y Pierre Vilar: dos ‘usos’ del marxismo”. En Vera Hernández, Gumersindo, *Los historiadores y la historia para el siglo XXI: homenaje a Eric J. Hobsbawm. 25 años de Licenciatura en Historia*. México: Conaculta-INAH.
- (2012). “Eric Hobsbawm 1917-2012: not the end of history”. *The Guardian*, 1 de octubre.
- Hobsbawm, Eric (2003). *Años interesantes*. Barcelona: Crítica.
- Traverso, Enzo (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Primera parte
Homenaje

Las lecciones de Hobsbawm*

Hilda Sabato

Es un honor rendir homenaje a Eric Hobsbawm, una figura mayor de la cultura contemporánea así como una presencia indispensable y decisiva para quienes nos queremos historiadores inscriptos en una tradición de izquierda. Para hacerlo, no voy a intentar siquiera referirme a su monumental obra historiográfica ni a su trayectoria en las filas del comunismo y afines, o a su intervención sistemática en los debates políticos contemporáneos. Me centraré, en cambio, en tres aspectos de su multidimensional producción que ejercieron una influencia clave en diferentes momentos de mi formación y actuación intelectual: a la hora de pensar el marxismo, a la hora de hacer historia y a la de reflexionar sobre el oficio de historiador.

I

Como sabemos, Hobsbawm fue un marxista y mantuvo su fidelidad con esa matriz de pensamiento hasta el final. Ella informó su labor como historiador desde los años iniciales en que formó parte del renombrado Grupo de Historiadores del Partido Comunista británico, que funcionó en la primera década de posguerra y que contó con figuras que luego serían descollantes en la disciplina como Maurice Dobb y Christopher Hill, entre otros.¹ Con el tiempo, Hobsbawm renovó muchas de sus preguntas y de sus modos de acercamiento

* Este texto reproduce casi literalmente mi intervención en la mesa redonda realizada en homenaje a Eric Hobsbawm en la Universidad de General Sarmiento en noviembre de 2012. Si bien he agregado notas al pie, el texto mantiene el tono coloquial propio de las exposiciones orales.

¹ El Grupo de Historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña funcionó entre 1946 y 1956 y reunió a varios de los grandes historiadores ingleses contemporáneos.

al pasado, pero conservó núcleos duros de continuidad que se vinculan con su marxismo primero.

Esa consecuencia no impidió, sin embargo, que tanto en el plano de las ideas, como sobre todo en las maneras concretas de hacer historia, formulara críticas fuertes a las líneas más ortodoxas del comunismo oficial y se planteara interrogantes e interpretaciones originales que se desmarcaban de la doctrina y las recetas stalinistas. Ese fue el Hobsbawm incorporado a las polémicas que, a principios de la década de 1960, atravesaron al comunismo argentino. José Aricó analizó la incidencia que tuvieron los debates de la izquierda italiana en ese momento y entre los sectores que luchaban por abrir brechas en la ortodoxia local. Y fue por la vía de la revista *Rinascita* que Hobsbawm se introdujo aquí en la disputa comunista, a través de las notas cortas de discusión teórica y análisis político publicadas en sus páginas (Aricó, 1988: 117-118 y nota 108).² En 1963, la revista *Pasado y Presente* levantó y tradujo de otra revista italiana, *Società* (n° 3, mayo-junio de 1960), el conocido artículo de inspiración gramsciana “Para el estudio de las clases subalternas” (Hobsbawm, 1963).

El descubrimiento de Hobsbawm es, en mi caso, más tardío –de comienzos de los setenta– y ni siquiera recuerdo un evento que quienes son algo mayores evocan: la visita que hizo en 1969 a Buenos Aires, cuando dio dos conferencias, una en el entonces Instituto Di Tella y otra en un teatro céntrico, a sala llena. Entonces, ya se habían producido las escisiones de varias camadas de intelectuales del Partido Comunista y el clima político local se teñía de otros colores.

Fue, precisamente, en 1971, cuando se publicó un texto suyo de 1964, en los *Cuadernos de Pasado y Presente*, la introducción a *Formaciones económicas precapitalistas*, que tuvo gran repercusión entre los de mi generación. Este texto ayudaba a desmontar el determinismo y el evolucionismo propios de la ortodoxia comunista, a la vez que permitía analizar con nuevos ojos las sociedades latinoamericanas y su historia. Hacer historia era, para Hobsbawm, parte inherente a su proceso de reflexión teórica, y allí ofrecía, como veremos enseguida, los caminos más originales (Marx y Hobsbawm, 1971).

² Entre 1963 y 1965 Hobsbawm escribió veintiún artículos sobre actualidad política en *Rinascita*. Ver Keith McClelland (1982).

II

Paso así al segundo punto, el de la influencia de sus formas de hacer historia con perspectivas de izquierda. Si hacia 1960, Maurice Dobb y Pierre Vilar aparecían como figuras clave en ese campo, pocos años más tarde Hobsbawm se convirtió en lectura obligada. Su obra *Las revoluciones burguesas* (luego llamada *La era de las revoluciones*) se publicó en castellano en 1964 y se difundió aquí entre estudiantes y estudiosos, y poco después la Cátedra de Historia Social de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en su famosa serie de Estudios Monográficos, publicó “La crisis general de la economía europea en el siglo xvii” (traducción de un artículo aparecido en 1954 en *Past and Present*) (Hobsbawm, 1964: 1967).

Con respecto a este último texto, ya en 1962 Tulio Halperin Donghi –proveniente de otra tradición– señalaba su originalidad en el contexto de la producción marxista, pues Hobsbawm se proponía buscar “lo que hay de peculiar en la situación inglesa” y se manejaba con “extrema libertad” respecto de la historia económica tanto marxista como no marxista. Apuntaba, además, que mientras Dobb hacía una historia de la larga duración, en este caso el énfasis estaba en la relación entre cambios coyunturales y procesos estructurales (Tulio Halperin Donghi, 1962).

Esta cuestión fue retomada por el propio Hobsbawm en un artículo de reflexión sobre cómo historiar: “De la historia social a la historia de la sociedad”, publicado originalmente en *Daedalus* en 1971 y en castellano en 1976.³ Me extenderé en este punto, retomando un análisis que hice sobre ese texto hace algunos años, pues ilumina bien el porqué del atractivo que ejercía su obra entre nosotros.

Hobsbawm advierte allí que, si bien entiende a la sociedad como un todo estructurado, la definición misma de qué es una sociedad y de cómo ella se estructura varía en cada caso. Lo que interesa al historiador son precisamente las diferencias:

Los historiadores [dice] intentarán [...] escoger una relación particular o un complejo de relaciones y considerarla como central y específica de la sociedad (o tipo de sociedad) en cuestión [...]. Una vez establecida la estructura, hay que observarla en su desarrollo histórico o como dicen los franceses, la “estructura” en la “coyuntura”.

³ Las citas que reproduzco en esta nota están tomadas de otra versión en castellano publicada en 1981.

Y agrega:

La historia de la sociedad es *historia*, o sea que el tiempo cronológico es una de sus dimensiones. Además de interesarnos en las estructuras, sus mecanismos de continuidad y cambio y sus pautas de transformación, también nos concierne lo que de hecho sucedió (Hobsbawm, 1981, pp. 598 y 595).

De esta manera, Hobsbawm se distanciaba del economicismo reinante a izquierda y derecha, que limitaba el interés por el pasado a las transformaciones económicas y reducía la historia a una tipología de etapas. Y si bien su historiografía se apoyaba fuertemente en las nociones de progreso y de proceso, sintonizando con las ideas predominantes entonces, su visión compleja acerca de la naturaleza, estructura y mecanismos de transformación de las sociedades concretas se prestaba mejor que otros modelos más rígidos disponibles al estudio de la historia de América Latina.⁴

Su perspectiva tenía además otro atractivo: la capacidad para combinar el empirismo tanto con las proposiciones generales de la teoría marxista como con los métodos y técnicas de las ciencias sociales. De esta manera, su propuesta nos abría la posibilidad de practicar el oficio sin renunciar a los planteos globales, así como indagar de manera más libre en el pasado sin la compulsión de encontrar etapas prefijadas o seguir un modelo. Este era un atractivo historiográfico y a la vez político, porque estaban en discusión no solo las formas de mirar hacia atrás sino sobre todo los caminos posibles de transformación social y del cambio revolucionario.

En realidad, más que en sus disquisiciones teóricas era en la manera concreta de hacer historia donde residía su principal fuerza. Tanto en sus monumentales trabajos de síntesis –la serie de las “eras”– como en sus abordajes más acotados, mostró esa capacidad para combinar lo particular y lo general, para dar cuenta de sociedades y períodos específicos sin dejar de lado los marcos más globales, y para desplegar una curiosidad intelectual que desbordaba sus propios esquemas.

En el plano de la historiografía, su actuación se insertaba en dos tramas concéntricas: por una parte, en relación con los historiadores marxistas británicos, un conjunto brillante que ya hemos mencionado; y por otra, con un círculo ampliado que incluía a todos aquellos historiadores que, no obstante sus diferencias políticas e ideológicas, se enfrentaban a las corrientes más tradicionales, círculo que él denominó “el frente progresista” de las décadas de posguerra hasta

⁴ Este párrafo y el siguiente retoman un texto mío anterior: “Hobsbawm y nuestro pasado” (Sabato, 1993).

los años setenta. De este segundo círculo surgió el grupo que dio origen a una empresa intelectual colectiva, la revista *Past and Present*, creada en 1952 y que todavía se edita. Allí se cruzaron grandes nombres del marxismo inglés, además de Hobsbawm: Christopher Hill, Edward P. Thompson y Rodney Hilton, entre otros, con otros como Lawrence Stone, provenientes de otras corrientes. La revista fue para muchos de nosotros un referente y una fuente de inspiración, que alimentó el vasto y heterogéneo campo de la historia social.⁵

En ese campo, en la obra de Hobsbawm se recorta además la preocupación por los trabajadores y los sectores subalternos desplegada en textos tan influyentes como *Rebeldes primitivos* (1968) o, con mayor fuerza en nuestro caso, *Labouring Men* (1964b). No me detengo en este tema que seguramente abordará la contribución de Juan Suriano, pero no quiero dejar de subrayar el impacto de su tratamiento de las clases populares entre los historiadores argentinos. Y señalo en ese sentido el papel que cumplió Leandro Gutiérrez en la introducción, difusión y discusión de esos trabajos de Hobsbawm así como algo más tarde de los de E. P. Thompson en nuestro medio (Sabato, 1993).

Hacia finales del siglo xx, una agitación teórica y metodológica sacudió a la disciplina y puso en cuestión la naturaleza de la producción historiográfica, el estatuto del texto histórico, la posibilidad misma del conocimiento del pasado y la relación con las ciencias sociales. La historia social entró en crisis y en ese marco, otros interrogantes y otros nombres fueron reemplazando el lugar central que había tenido Hobsbawm en la historiografía de las décadas anteriores. Muchas de las certezas que fundaron las maneras de hacer historia en las décadas de posguerra se desmoronaron, lo que no lo paralizó ni lo llevó a refugiarse en la reacción. Siguió escribiendo y, con esa capacidad que tenía para mantener sus convicciones y, a la vez, alimentar su curiosidad intelectual y abrir nuevos interrogantes, escribió ese maravilloso fresco del siglo xx que es *Años interesantes*. Pero no resignó sus principios y, alarmado frente a las versiones más extremas de relativismo y lo que llamaba “antiuniversalismo”, bajo el título “El desafío de la razón” escribió en 2005 un “Manifiesto para la renovación de la historia”.⁶ Ante lo que consideraba el peligro de las historias particulares de grupos identitarios, reivindicaba allí la posibilidad de la explicación racional del pasado y en ese sentido, el potencial que el marxismo tiene para llevar adelante esa empresa. Más allá de los aspectos defensivos y de cierta inflexibilidad resistente que este texto revela, destaco su referencia al estatuto

⁵ Sobre la historia de la revista, ver Christopher Hill, Rodney Hilton y Eric Hobsbawm (1983).

⁶ Para una versión en español de este texto, ver Hobsbawm (2005).

de la historia como una disciplina científica, como un campo de conocimiento que no quiere ver superpuesto al terreno que hoy llamaríamos de construcción de memorias. Y eso me lleva a mi tercer punto, el del oficio del historiador y su papel en el mundo de hoy.

III

Este último punto se vincula con algunas intervenciones relativamente recientes de Hobsbawm en el debate público en torno al rol de la historia en la construcción de memorias y de identidades colectivas. Su preocupación central en este sentido se vincula directamente con la crítica a la subsunción de la historia en la memoria.

Ya en su obra *Naciones y nacionalismo* (1991), y en sintonía con otros analistas, mostró el papel que la historia como disciplina tuvo en la modelación de uno de los mitos identitarios más poderosos del siglo xx: el mito nacional. En nuestro tiempo, la crisis de los Estados nacionales ha contribuido a desplazarla de ese papel, a reformular el lugar que el “hacer la historia” tiene en la sociedad contemporánea y a abrir el pasado a apropiaciones e interpretaciones diversas. En ese territorio incierto, Hobsbawm ha sostenido la pertinencia y la relevancia de defender el estatuto de la historia como campo diferente del de la construcción de memoria o memorias particulares, con sus protocolos, teorías, métodos y tradiciones específicas.

Así, nos dice en *Años interesantes*: “La historia requiere distancia no solo de las pasiones, emociones, ideologías y temores de nuestras propias guerras de religión, sino de las aún más peligrosas tentaciones de la ‘identidad’” (Hobsbawm, 2002a: 245. Mi traducción). Ese esfuerzo de diferenciación no se reduce a una pretensión abstracta de objetividad o de cientificidad de raíz positivista, sino que intenta recortar una forma particular de conocimiento que llamamos “historia”. Su insistencia en las reglas de esta forma del saber tuvo consecuencias que fueron mucho más allá del espacio académico. En efecto, Hobsbawm participó en un sinnúmero de debates públicos que involucraban esta cuestión. Quisiera citar aquí, para terminar, su intervención en el caso del juicio que se entabló en Inglaterra cuando el historiador David Irving demandó a la académica norteamericana Deborah Lipstadt y a la editorial Penguin por difamación. Esta lo había acusado de negador del Holocausto por afirmaciones relativas a la responsabilidad personal de Hitler en ese crimen. Hobsbawm intervino a contrapelo de lo esperado teniendo en cuenta su ubicación ideológica, pues

apoyó, en clave de historiador, las razones esgrimidas por Irving. Más que entrar en los detalles del caso, me interesa citar textualmente cómo caracterizó el papel y los dilemas del historiador contemporáneo. El texto entero es elocuente, pero aquí voy a mencionar solo un párrafo:

La profesión del historiador es inevitablemente política e ideológica, aunque lo que un historiador dice o puede no decir depende estrictamente de reglas y convenciones que requieren pruebas y argumentos. Y sin embargo, convive con un discurso aparentemente similar acerca del pasado en el cual estas reglas y convenciones no se aplican; y donde se aplican por el contrario solamente las convenciones de la pasión, de la retórica, del cálculo político y de la parcialidad. Pero el siglo xx fue un siglo de guerras religiosas, durante el cual fue normal para los historiadores considerar que debían juzgar ya en base a los criterios de su profesión, ya en base a los de su propia fe. El caso que traté es típico de un periodo así. [...]. Las pasiones de nuestra era se debilitaron pero todavía no desaparecieron. ¿Cómo deberían comportarse los historiadores? Las reglas de nuestra profesión deberían vedarnos de decir lo que sabemos que es erróneo o sospechamos profundamente que lo es, pero la tentación de refrenarnos de decir lo que sabemos que es cierto sigue siendo muy grande. Aun los que nunca tomarían en consideración la *suggestio falsi* pueden encontrarse vacilando en la pendiente que lleva a la *suppressio veri* (Hobsbawm, 2002b).

Suelo volver a este párrafo, que no sé si suscribo enteramente, pero que me desafía todo el tiempo y en cada aventura en la que presumo que estoy entendiendo...

Bibliografía

- Aricó, José (1988). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Halperín Donghi, Tulio (1962). "Historia y larga duración: examen de un problema", *Cuadernos de Filosofía*, a. 1, n° 3.
- Hill, Christopher, Hilton, Rodney y Hobsbawm, Eric (1983). "Past and Present: origins and early years", *Past and Present*, n° 100, agosto.
- Hobsbawm, Eric (1963). "Para el estudio de las clases subalternas". *Pasado y Presente*, n° 2-3, julio-diciembre.

- (1964a) [1962]. *Las revoluciones burguesas*. Madrid: Guadarrama.
- (1964b). *Labouring Men: Studies in the History of Labour*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- (1967) [1954]. “La crisis general de la economía europea en el siglo XVII”. Serie Estudios Monográficos de Historia Social, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. [Disponible en (2004) Hobsbawm, Eric, *En torno a los orígenes de la Revolución industrial*. Buenos Aires: Siglo XXI].
- (1968) [1959]. *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ariel.
- (1971). “From Social History to the History of Society”. *Daedalus*, vol. 100, n° 1, invierno.
- (1976). “De la historia social a la historia de la sociedad”. En Cardoso, Ciro y Pérez Brignoli, Héctor (comps.), *Tendencias actuales de la historia social y demográfica*. México: Secretaría de Educación Pública.
- (1981). “De la historia social a la historia de la sociedad”. *ECO. Revista de la Cultura de Occidente*, t. XLIV/6, n° 240.
- (1991) [1991]. *Naciones y nacionalismo desde 1870*. Barcelona: Crítica.
- (2002a). *Interesting Times. A Twentieth-Century Life*. Nueva York: Pantheon Books. [Trad. cast.: (2003) *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*. Barcelona: Crítica].
- (2002b). “Cuando la pasión ciega a la historia”, *Clarín*, 2 de abril.
- (2005). “El desafío de la razón. Manifiesto para la renovación de la historia”, *Polis. Revista de la Universidad Bolivariana*, vol. 4, n° 11. [Conferencia de cierre dada en el Coloquio de la Academia Británica sobre historiografía marxista, con el título de “Asking the Big Questions. History: a New Age of Reason”, *Le Monde diplomatique* (edición en inglés), diciembre de 2004].
- Marx, Karl y Hobsbawm, Eric (1971) [1965]. *Formaciones económicas precapitalistas*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 20.
- McClelland, Keith (1982). “Bibliography of the Writings of Eric Hobsbawm”. En Samuel, Ralph y Stedman Jones, Gareth (eds.), *Culture, Ideology and Politics. Essays for Eric Hobsbawm*. Londres: Routledge & Kegan.
- Sabato, Hilda (1993). “Hobsbawm y nuestro pasado”. *Punto de Vista*, n° 46, agosto.

Algunos aspectos de la recepción de la obra de Hobsbawm en la Argentina

Juan Suriano

I

El 1 de octubre de 2012 falleció en Londres a los 95 años el historiador Eric Hobsbawm, quien había nacido en Alejandría, Egipto, el 9 de junio de 1917. Se crió y pasó su infancia en las ciudades de Viena y Berlín hasta el ascenso del nazismo, cuando su familia decidió trasladarse a Londres en 1933, ciudad en donde vivió hasta su muerte. Se doctoró en el King's College de Cambridge y a partir de 1947 fue profesor de historia en el Birkbeck College de la Universidad de Londres. En 1978 fue incorporado a la Academia Británica de Historia y cuatro años más tarde se jubiló aunque siguió dictando cursos durante varios años en la New School for Social Research de Nueva York.¹ Se mantuvo activo y vital hasta sus últimos días en los que estaba escribiendo una biografía sobre su colega Tony Judt, fallecido prematuramente en 2010.² Poco antes de morir, nuestro autor había finalizado de escribir una serie de ensayos sobre la cultura y la vida judía en Europa central en los que planteaba su pesimismo sobre el destino de las artes cada vez más sometidas a las fuerzas del mercado.³

¹ Sobre la formación de Hobsbawm, sus adhesiones políticas e ideológicas y el compromiso con el marxismo ver su autobiografía (Hobsbawm, 2003). También, Harvey J. Kaye (1989: pp. 121-152).

² Hobsbawm alcanzó a escribir un obituario a la muerte de Judt que era una verdadera reflexión sobre la obra de aquel (Hobsbawm, 2012).

³ Esos ensayos fueron reunidos en un volumen y publicado *post mortem* como *Fractured Time: Culture and Society in the 20th Century* (2013). Simultáneamente fue editado en castellano como *Un tiempo de rupturas: sociedad y cultura en el siglo xx* por la editorial Crítica de Barcelona.

Desde 1946, junto a Rodney Hilton, Christopher Hill, George Rudé, Victor Kiernan, Donna Torr, Edward P. Thompson y Dorothy Thompson, entre otros, formó parte de lo que se ha denominado “el grupo de historiadores marxistas británicos” que se había conformado en los años inmediatamente posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial. Nucleados más tarde en torno a la revista *Past and Present* (fundada en 1952) y la Society for the Study of Labor History (creada en 1960), no se trataba, por supuesto, de un grupo homogéneo política e ideológicamente más allá de pertenecer todos a un difuso y amplio “campo de la izquierda marxista”. Si originariamente la mayoría había simpatizado o estado vinculado al Partido Comunista, Hobsbawm fue el único de ellos que mantuvo su fidelidad después de la invasión soviética a Hungría en 1956. Si bien no estaba atado orgánicamente al partido, nunca rompió formalmente con él, ni siquiera en 1968 cuando se produjo la invasión a Checoslovaquia. Su actitud escasamente crítica hacia el régimen soviético le valió duros cuestionamientos de muchos de sus colegas.⁴ Al margen de estas diferencias políticas que, además, se fueron ensanchando en el transcurso de estos años, “el grupo de historiadores marxistas” compartía la idea básica de que el impulso que los acercaba a la historia venía de la política y “de un poderoso sentido de la pedagogía de la historia y de una identificación más general con los valores democráticos y la historia popular” (Eley, 2008: 60). Por eso el gran objetivo común en torno al cual se reunían se basaba en la posibilidad de generar una historia social británica que disputara el predominio ideológico y pedagógico de la historia oficial dominante en esos momentos. Si no lo lograron totalmente, dos décadas más tarde la obra de estos historiadores representaba, sin dudas, una de las contribuciones más notables de la historiografía inglesa de todos los tiempos e influenciaron, además, a muchos jóvenes estudiantes que se convirtieron en historiadores porque pensaban que la historia podía contribuir a cambiar el mundo.⁵

Aunque las grandes mutaciones ocurridas durante las tres últimas décadas del siglo xx, entre las que el desmembramiento de la Unión Soviética y la

⁴ Tony Judt, quien admiraba profundamente la obra de Hobsbawm, realizó en este sentido una de las críticas más agudas e interesantes sobre el silencio de nuestro historiador con respecto a “el monstruo en el que se había convertido el comunismo soviético”. El temor de poder ser asimilado a los ex comunistas, a quienes aborreció hasta el final de su vida, lo llevó a aferrarse a lo indefendible, dice Judt, quien planteó estas cuestiones tanto en una elogiosa reseña de *Años interesantes* como en un ensayo en el que realiza una semblanza de Hobsbawm (Judt, 2003 y 2008).

⁵ Esa idea llevó a Geoff Eley a convertirse en historiador a fines de los años sesenta (Eley, 2008: 280).

derrota del sindicalismo británico por el conservadurismo ocuparon un lugar central, le produjeron, en contraste con su optimismo de los años cincuenta y sesenta, un marcado pesimismo, Hobsbawm nunca desistió de su interés y apasionamiento por la historia y el compromiso intelectual; en 2011, con 94 años, publicaba una reinterpretación de la obra de Marx y las posibilidades de la transformación de la sociedad (Hobsbawm, 2011). Y unos pocos años antes, en 2004, había escrito *El manifiesto para la renovación de la historia*, una especie de panfleto historiográfico en el que efectuaba una dura crítica a aquellas tendencias dominantes en las ciencias sociales y la historia como el antiuniversalismo, el relativismo y la “subjetividad posmoderna”. Allí reivindicaba, una vez más, la perspectiva marxista y llamaba a la reconstrucción del “frente de la razón” y la “historia total”, “la historia como una tela indivisible donde se interconectan todas las actividades humanas” (Hobsbawm, 2005). A contracorriente del clima de época y con escaso eco entre sus colegas, aunque de lejos era el historiador que más libros vendía, Hobsbawm seguía manifestando su espíritu combativo e intentaba aun enarbolar las viejas banderas predominantes en la historiografía británica de los “dorados sesenta”.

Otra característica distintiva respecto a los “historiadores marxistas británicos” fue su eclecticismo temático que lo condujo a transitar una notable variedad de temas, incluida unas de sus pasiones, el jazz (Hobsbawm, 1989a).⁶ Se convirtió en un pionero del estudio del mundo de los trabajadores urbanos, participó en el debate de la transición del feudalismo al capitalismo con su estudio sobre la crisis europea del siglo xvii y como una consecuencia lógica de dicho estudio analizó la revolución industrial en Inglaterra desde sus albores hasta la decadencia en las vísperas de la Primera Guerra Mundial. Paralelamente abordó el análisis del mundo burgués y las revoluciones burguesas así como el surgimiento y desarrollo del nacionalismo.

Su interés por las clases populares excedió el estudio de la clase obrera británica pues se dedicó en un comienzo al análisis de estudios agrarios en torno a las características de la clase campesina que incluyen trabajos sobre Gran Bretaña, Europa mediterránea y Latinoamérica. En efecto, incursionó en el estudio de los trabajadores rurales en la Gran Bretaña de los años treinta y cuarenta del siglo xix. Con Rodney Hilton integró el Comité de Redacción del *Journal of Peasant Studies* y junto a George Rudé escribieron un libro que analizaba las revueltas rurales en el marco del proceso de avance del capitalismo

⁶ Durante un tiempo se dedicó a escribir críticas de jazz en la revista *The New Statesman* con el seudónimo de Francis Newton, en homenaje a Frankie Newton, un comunista que había sido trompetista del conjunto que acompañaba a Billie Holiday.

agrícola y la consecuente destrucción del viejo orden social y de las formas de vida comunitaria (Hobsbawm y Rudé, 1978).⁷ Según Geoff Eley, *El capitán Swing* combinaba “empirismo, cuantificación, empatía y análisis materialista crítico sobre el desarrollo capitalista británico” (Eley, 2008: 42).

Hobsbawm fue el creador de un nuevo tema en la historia social al interesarse también por las formas arcaicas de los movimientos sociales de los siglos XIX y XX a las que llamó “rebeliones primitivas”, influenciado por los estudios de Antonio Gramsci quien había llamado la atención sobre este tipo de movimientos a los que denominaba “movimientos apolíticos de protesta”. Sostenía:

Lo que Antonio Gramsci dijo de los campesinos de Italia meridional en los años 20 se aplica a muchos grupos y numerosas áreas en el mundo moderno. Se encuentran “en fermentación perpetua pero en conjunto, [son] incapaces de dar una expresión centralizada a sus aspiraciones y necesidades” (Hobsbawm, 1968, p. 22).⁸

En este punto debe remarcar que, para el análisis de estas manifestaciones de protesta, Hobsbawm se valió de las herramientas metodológicas de la antropología convirtiéndose, junto a Edward Thompson, en uno de los primeros historiadores ingleses en cruzar las fronteras disciplinarias que separaban historia y antropología.⁹

⁷ La primera edición en inglés de *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing* se publicó en 1969. Sostenían que en estas revueltas los trabajadores rurales apelaron a la estrategia de destrucción de las máquinas agrícolas para tratar de evitar la desocupación que estas provocaban. Aunque diferente, emularon al movimiento ludita que dos décadas antes había hecho lo mismo con la maquinaria introducida en la industria textil. Rudé fue quien aportó su conocimiento sobre este tipo de resistencias plasmadas años antes en su excepcional *La multitud en la historia* publicado por Siglo XXI en Madrid en 1971 (la edición original en inglés es de 1964).

⁸ *Rebeldes primitivos* fue publicado originalmente en 1959. En la segunda edición castellana (de 1974) se agregaron dos capítulos sobre América Latina productos de sus visitas a Colombia en 1963, interesado por la violencia y la criminalidad (“La anatomía de la violencia en Colombia”) y al Perú en 1962 en donde indagó sobre la cuestión agraria en la provincia de La Convención (Cuzco) (“Un movimiento campesino en Perú”). Este último artículo se publicó originalmente en *Les problèmes agraires des Amériques Latines*, CNRS, París, 1967. En la línea de estos trabajos escribió varios artículos sobre el bandolerismo social recopilados en *Bandidos* (1974a), publicado originalmente en inglés en 1969.

⁹ Los ensayos que componen *Rebeldes primitivos* habían sido originalmente las conferencias Simon celebradas bajo los auspicios del Departamento de Antropología de la Universidad de Manchester a instancias de los antropólogos Max Gluckman y Myer Fortes quienes investigaban el movimiento Mau Mau y deseaban conocer si en Europa se habían producido fenómenos parecidos (Kaye, 1989: 135-138).

Sin duda, Hobsbawm fue el más popular de los historiadores marxistas británicos en el mundo occidental y fuera de él. Uno de sus grandes méritos residió en que sabía llegar y hacerse entender por un amplio público lector que trascendía largamente las fronteras de Gran Bretaña.¹⁰ Esto fue así tanto porque escribía de manera clara, concisa y sencilla como porque conjugaba rigor intelectual, amplitud de intereses, capacidad de síntesis y, tal vez lo más importante, universalidad de los temas abordados. Hacía comprensible las complejas tramas de la historia y tenía la capacidad para articularlas en grandes relatos interpretativos. ¿Qué otra cosa son sino grandes relatos sus abordajes sobre la era de las revoluciones o la era del capitalismo, o aquello que denominara con acierto el largo siglo XIX y el corto siglo XX?

Es cierto que en la actualidad muchos de sus textos puedan parecer un tanto anticuados y sientan el peso de las grandes transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales ocurridas en las dos últimas décadas. Transformaciones que incidieron de manera decisiva en los paradigmas dominantes y en las formas de interpretación tanto en las ciencias sociales como en la historiografía. Su interpretación de las revoluciones burguesas, de la Revolución industrial y de todo el siglo XIX estaba marcada por el espíritu de época optimista de posguerra y en particular “los dorados sesenta”, años en los cuales para muchos la idea del desarrollo económico y la transformación social no solo parecían posibles sino inevitables. Además se enmarcaban en el paradigma dominante de la teoría de la modernización que postulaba la posibilidad de que los países del “tercer mundo”, como se los denominaba entonces, pudieran desarrollarse y convertirse en sociedades modernas y progresistas. En este contexto Hobsbawm intentó explicar la formación de las sociedades europeas y del mundo que ella dominaba en términos de luchas determinadas y estructuradas por las clases del siglo XIX. Acorde con este clima de ideas sus libros más importantes en este sentido fueron publicados originalmente en la década de 1960 y comienzos de los setenta.¹¹

Sin embargo, esas interpretaciones optimistas del cambio económico y social mutaron hacia el pesimismo que trajo aparejada la crisis global del capitalismo iniciada en la segunda mitad de los años setenta y claramente evidenciada a comienzos de la década siguiente. Ese espíritu pesimista también lo alcanzó a Hobsbawm y aunque siguió pensando de manera optimista lo que denominaba “siglo largo” (1789-1914) su viraje —que de alguna manera era la desilusión de

¹⁰ Sus libros fueron traducidos a más de treinta idiomas entre los que se incluyen el albanés, árabe, macedonio, hebreo, serbio, chino mandarín.

¹¹ *Las revoluciones burguesas* (1974b), *La era del capitalismo* (1977a) e *Industria e imperio* (1977b). Las ediciones originales en inglés se realizaron en 1962, 1971 y 1968, respectivamente.

un iluminista– se manifestó especialmente en su *Historia del siglo xx* (1914-1989) escrito bajo el impacto del desmembramiento de la Unión Soviética y publicado originalmente poco después de este suceso (Hobsbawm, 1995).¹² Allí se plantea que en este “siglo corto” se habría producido un incremento de la barbarie debido a: 1) el quiebre de las reglas y conductas morales por las cuales las sociedades regulan las relaciones entre sus miembros y 2) la reversión del proyecto iluminista que establecía un sistema universal de reglas y modelos de comportamientos morales incorporados en las instituciones de los Estados dedicados al progreso. Si se quebraban los Estados, se producía ese deslizamiento hacia la barbarie, cuya cronología incluía como momentos centrales la Primera Guerra (“la guerra total”), la crisis que va de 1917-1920 hasta 1944-1947, la guerra fría y el quiebre de los años ochenta cuando emerge con fuerza la “cultura del odio” a partir de las crisis sufridas por los partidos tradicionales, el crecimiento de la cultura xenófoba y el consecuente desmembramiento de los Estados nacionales.

Aun cuando muchos de los temas que estudió, la manera en que los explicó así como su clara interpretación eurocéntrica puedan actualmente generar menos interés en los lectores precisamente por las marcas de la época en que fueron escritos, podríamos concluir en este punto que Hobsbawm demostró una gran capacidad para explicarnos los grandes procesos históricos del mundo occidental y hoy cuando las explicaciones generales han perdido vigencia reemplazadas por otras formas de interpretación como las “historias en migajas” o la microhistoria, si nosotros, profesores de grado, quisiéramos tener una mirada de conjunto de la historia para transferir a nuestros alumnos seguramente, con los matices del caso, seguiríamos recurriendo a muchos de sus textos.

II

En este punto me gustaría introducir algunos de los aspectos de la recepción (o del uso) de la obra de Hobsbawm en nuestro país. Me limitaré a dos casos puntuales que involucran mi propia trayectoria como historiador. El primero se vincula específicamente a los estudios universitarios que en este caso está relacionado con mi formación y, fundamentalmente, con mi actividad docente desempeñada durante veinte años a partir de 1984 en la Facultad de Filosofía y

¹² La edición inglesa (de 1994) se tituló *Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Londres, Michael Joseph Ltd.

Letras de la Universidad de Buenos Aires como profesor en la cátedra de Historia Social General cuyo profesor titular era Luis Alberto Romero. En este sentido, no parece casual que en mi biblioteca existan quince volúmenes escritos por el historiador inglés además de una buena cantidad de artículos publicados en diversas revistas especializadas.

La recepción institucional de las obras más importantes de Hobsbawm en nuestro país fue tardía no tanto porque se la ignorara, sino por los complejos avatares institucionales derivados de los golpes de Estado y las consecuentes dictaduras militares instaladas entre 1966 y 1973 así como, particularmente, la peor de ellas entronizada en el país entre 1976 y 1983, aunque en realidad esta última interrupción había comenzado un año antes con la intervención de las universidades durante el gobierno de María Estela Martínez de Perón. La alteración de la vida democrática interrumpió durante esos años el normal funcionamiento de la vida académica formal así como obstruyó el debate intelectual en esos ámbitos.¹³

En consecuencia la recepción plena de su obra se produjo a partir de la recuperación de la democracia y durante los años noventa aun cuando, paradójicamente, el auge de la lectura de sus textos entre nosotros se llevó adelante en una coyuntura internacional en que esas grandes interpretaciones de la historia social, así como las teorías y los conocimientos sobre las cuales habían apoyado sus avances en las décadas anteriores, estaban en plena crisis en la historiografía europea. Crisis vinculada a las profundas transformaciones de la coyuntura que habían contribuido a desarticular las ideas de fe en el cambio social y en el progreso en la que se habían basado los grandes relatos que interpretaban la historia como historias del progreso y de emancipación, por ejemplo: la Revolución francesa como triunfo de la Ilustración y el racionalismo, la Revolución industrial como triunfo de la ciencia sobre la naturaleza; o la lucha de los trabajadores como emancipación de la clase obrera y, por qué no, de una eventual victoria del socialismo.

¹³ Esta recepción tardía no implica que algunos aspectos de la obra de Hobsbawm no fueran conocidos en el ámbito local. Ya en 1964, en la cátedra de Historia Social dictada por José Luis Romero se leía su trabajo sobre la crisis general del siglo xvii. También, aunque en este caso más vinculado a la discusión política que a la enseñanza, la revista *Pasado y Presente* había publicado en 1963 su artículo de influencia gramsciana “Notas para el estudio de las clases subalternas” y en 1971 la introducción a *Formaciones económicas precapitalistas*. Durante 1969 nuestro autor efectuó su primera visita a la Argentina y dictó varias conferencias e intentó seguir las huellas del mítico delincuente “Mate Cosido” para su estudio sobre los bandidos.

Historia Social General (HSG) era, en ese momento, una materia que se inscribía claramente en esa tradición, iniciada en nuestro país por José Luis Romero, y adscribía al gran relato histórico que explicaba la historia a partir de los grandes procesos ocurridos desde la caída del mundo antiguo hasta nuestros días. En ese relato, el lugar ocupado por los trabajos de Hobsbawm representó un aspecto fundamental para explicar las transformaciones ocurridas a partir de lo que en ese momento se denominó crisis final del feudalismo, así como la formación y desarrollo del capitalismo hasta los cambios acaecidos posteriormente a la Primera Guerra Mundial, estos últimos fueron incorporados al programa cuando apareció el libro *Historia del siglo XX* en 1995. Sin duda, para la comprensión del nacimiento del sistema capitalista, fue clave la inclusión de su temprano artículo “La crisis general de la economía europea en el siglo XVII”, publicado originalmente en 1954 y en castellano en 1972 en el volumen *En torno a los orígenes de la Revolución industrial* (Hobsbawm, 1972). La interpretación de la crisis se insertaba en el debate sobre la transición planteando la, para entonces, novedosa hipótesis basada en la idea de que las perturbaciones económicas acaecidas durante el siglo XVII eran elementos que contribuían al desarrollo de la crisis final del feudalismo. A la vez, sentaba las bases que contribuirían al avance y desarrollo del capitalismo y de la conformación de Gran Bretaña como la primera nación industrializada que, a la vez, se convertiría en la potencia comercial e industrial más importante del mundo durante la primera mitad del siglo XIX.

Sobre esa base explicativa desarrollada por Hobsbawm, la interpretación de la Revolución industrial tanto en su primera como en su segunda fase desarrollada en HSG se apoyaba también en sus textos y, en parte, en el relato de la historia del capitalismo se sesgaba hacia la historia de un país (Gran Bretaña), siguiendo las tendencias historiográficas dominantes que ponían el énfasis para explicar los grandes procesos en aquellas sociedades más avanzadas desde el punto de vista del cambio económico y social. Por supuesto se partía de la presunción que la economía británica no estaba aislada y debía estudiarse en el contexto de la economía capitalista e imperial a nivel internacional. En ese sentido Hobsbawm sostenía: “La Revolución industrial señala la transformación más fundamental experimentada por la vida humana en la historia del mundo, registrada en documentos escritos. [...]. Durante un corto período esta revolución coincidió con la historia de un solo país, Gran Bretaña” (Hobsbawm, 1977b: 13). Y allí la hipótesis más interesante sostenía que la temprana entrada de aquel país en el capitalismo y el impresionante éxito de su proceso

de industrialización fue, entre otros factores, lo que provocaría un siglo más tarde su propio declive:

Gran Bretaña podía resguardarse tanto en el imperio como en el librecambio, en su monopolio de las zonas hasta entonces no desarrolladas, que en sí mismo coadyuvaba a que no se industrializaran, y en sus funciones de pivote del comercio, navegación y transacciones financieras mundiales. Tal vez no podía competir, pero podía evadirse. Esa capacidad de evasión contribuyó a perpetuar la arcaica y cada vez más irreversible estructura industrial y social de la primera etapa (Hobsbawm, 1977b, pp. 14-15).

Si bien Hobsbawm pensaba que hacia el fin del siglo XIX otras potencias económicas europeas (Alemania e incluso Francia, por ejemplo) habían superado industrialmente a Gran Bretaña observando y aprendiendo de su experiencia, contra los postulados de Rostow sostenía que la historia británica no era un modelo para el desarrollo económico del mundo de entonces (de los años sesenta del siglo XX). La industrialización inglesa era un fenómeno único y particular por ser la primera en la historia, realizada de manera aislada, sin la existencia de experiencias anteriores y que en las condiciones (tecnología, capital, disposición al cambio, apoyo político) en las que se desarrolló a fines del siglo XVIII Inglaterra se hallaba preparada. Para los años en que se produjo este texto, nuestro autor sostenía que la tecnología, las formas de organización y los contextos políticos eran esencialmente diferentes y por eso la industrialización inglesa no representaba un proceso en el que se pudiera aprender en el presente, en todo caso como registro de lo más antiguo el proceso industrial británico podía iluminar el desarrollo de la industrialización como fenómeno mundial (Hobsbawm, 1977b: 20-21).

Si su interpretación marcó el análisis económico del capitalismo occidental en el programa de HSG, otro tanto sucedió en buena medida con la interpretación de la sociedad europea del siglo XIX. Varios capítulos de diversos textos explicaban las transformaciones sociales. “El trabajador pobre” (*Las revoluciones burguesas*, pp. 357-385) y “Resultados humanos de la Revolución industrial” (*Industria e imperio*, pp. 77-93) daban cuenta del impacto provocado por la industrialización en la vida de las personas involucradas: comerciantes y empresarios pero centralmente trabajadores. Y aquí quiero señalar uno de los rasgos salientes de la obra de Hobsbawm quien a pesar de intentar explicar los grandes procesos históricos (industrialización, capitalismo, imperialismo) no solo no olvidaba el rol de los hombres como agentes de cambio en la historia sino que ponía en un primer plano a la gente común. Seguramente vinculado

a sus convicciones políticas provenientes del marxismo, su interés por los trabajadores urbanos o rurales ocupaba un rol central en sus análisis. La Revolución industrial representó “*un cambio social fundamental* que transformó las vidas de los hombres de modo irreconocible [...] [y] destruyó sus viejos modos de vida y les dejó libertad para que descubrieran o se construyeran otros nuevos si podían y sabían hacerlo. No obstante, [el capitalismo] rara vez les enseñó a conseguirlo” (Hobsbawm, 1977b: 78). Los hombres debieron aprender por su cuenta cómo enfrentar los cambios, tuvieron que amoldarse a los ritmos así como a la disciplina impuesta por la fábrica y la máquina, pero también crearon las formas de combatir la injusticia, luchar por sus derechos y, de alguna manera, modificar el rumbo del proceso en aquellos aspectos que más los perjudicaban.

La otra dimensión del cambio social al que se le prestó atención en HSG fue el relacionado con la formación de la burguesía a través de dos capítulos esenciales al respecto: “El mundo burgués” (*La era del capitalismo*, pp. 91-121) y “La carrera abierta al talento” (*Las revoluciones burguesas*, pp. 325-356). Allí, lejos de querer reducir el proceso histórico a razones económicas y contra cualquier traslación mecánica en el análisis de la formación de las clases sociales, como ocurría con algunos historiadores marxistas, señalaba sus complejidades y explicaba cómo durante buena parte del siglo XIX se mantuvieron pervivencias de la sociedad aristocrática (los cambios eran lentos en la superficie pero muy profundos en la base) y si bien existían las carreras abiertas al talento (a través de los negocios, la carrera universitaria, el arte o la milicia), estas no eran para todos, pues resultaba indispensable poseer ciertos recursos para concretar el ascenso social.

Será recién en la segunda mitad del siglo XIX cuando la burguesía tendría una fisonomía más definida y un peso social y político determinante en países como Francia e Inglaterra. Este ciclo basado en las interpretaciones de Hobsbawm culminaba en HSG con el análisis de la gran crisis del capitalismo que estallara en 1873 y la importancia que asumirían el proteccionismo y el imperialismo como las salidas (o consecuencias) de dicha crisis que desembocarían en las duras y tensas rivalidades y competencias de las economías industriales más importantes (Hobsbawm, 1989b: 79). Con lucidez nuestro autor demostraba que si Gran Bretaña aparecía a fines del siglo XIX como la nación que lideraba el proceso imperialista, esta posición ya no era un símbolo de fortaleza sino de debilidad pues se basaba fundamentalmente en la exportación de capitales y el control de mercados cautivos (India) y no en el desarrollo industrial, sector en el que había perdido definitivamente el lugar central que alguna vez había tenido.

Tampoco estuvo ausente del programa de HSG su preocupación por el desarrollo del nacionalismo en Europa durante el período que va de 1880 a 1914. Hobsbawm sostenía que durante esos años el nacionalismo había adquirido nuevas características: en primer lugar, se había abandonado “el principio del umbral”, puesto que cualquier conjunto de personas que se considerase “nación” reivindicaba el derecho a la autodeterminación que implicaba un Estado soberano e independiente. En segundo término, planteaba que como consecuencia de la multiplicaciones “no históricas”, la lengua y la etnicidad se convirtieron en criterios centrales para determinar la nacionalidad; por último, se produjo un desplazamiento del nacionalismo hacia la derecha política no tanto en los movimientos nacionales no estatales sino en el interior de los propios Estados (Hobsbawm, 1991: 55-88).

Este fue una parte del gran relato de la historia del capitalismo (reconstruido aquí con obvia simplificación) de una materia que moldeó la formación de varias generaciones de estudiantes de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (repetido en escala más reducida en otras carreras de Historia de otras universidades). Este relato perduró durante alrededor de dos décadas y si bien en los años noventa comenzaban a matizarse sus interpretaciones más fuertes, como la propia idea de revolución industrial, su presencia siguió siendo estelar.¹⁴

III

Un segundo aspecto de la recepción de la obra de Hobsbawm en la Argentina se refiere a sus aportes a la historia social o tal vez sería más ajustado decir “historia de la clase obrera”. En este punto también hay una vinculación ligada a mi propia formación como investigador, que se dio originalmente hacia fines de los años setenta y comienzos de los ochenta en los grupos de estudio que dirigía Leandro Gutiérrez fuera de los ámbitos académicos y de manera casi clandestina.

Si bien ya conocía sus trabajos en torno a las clases subalternas así como *Rebeldes primitivos* y *Bandidos*, fue en el marco de las reuniones organizadas por Gutiérrez que conocí los trabajos de Hobsbawm sobre el mundo del trabajo: especialmente el libro *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*

¹⁴ Aunque no será desarrollado aquí, debe tenerse en cuenta la influencia de las interpretaciones de Hobsbawm también en la renovación de los contenidos de los manuales de texto a partir del retorno de la democracia en 1984.

publicado originalmente en 1964 y en castellano en 1979 (Hobsbawm, 1979). Allí se reunían quince artículos previamente publicados entre 1949 y 1963 que abarcaban diversos tópicos de la historia obrera como una semblanza de Thomas Paine, la acción de los destructores de máquinas durante la primera mitad del siglo XIX, las características del sindicalismo inglés en las postrimerías de la Primera Guerra, la formación de la aristocracia obrera en Gran Bretaña, el rol del metodismo en las luchas obreras, la intensidad del trabajo y su relación con las costumbres y el salario, las tradiciones obreras o el análisis de los socialistas fabianos (tema de su tesis doctoral terminada en 1950).¹⁵

Muchos de estos trabajos han sido importantes no solo como contribuciones a la historia obrera sino también como impulsores de significativos debates con historiadores no marxistas, terreno en el cual debe destacarse “El nivel de vida en Gran Bretaña entre 1790 y 1850” y un *post scriptum*¹⁶ que se inscribió en la polémica, nunca resuelta, entre historiadores optimistas y pesimistas en torno a las consecuencias sociales de la Revolución industrial. Las dos posturas diferenciaban la presencia de dos esferas distintas, una vinculada a los aspectos materiales de la existencia obrera que podrían mensurarse y otra a la calidad de vida (los aspectos inmateriales) que no podían medirse. Sin embargo, los optimistas priorizaban los primeros, mientras que los pesimistas creían más importante centrarse en la calidad de vida. Esas prioridades determinaron el tipo de fuente a privilegiar; mientras los optimistas se inclinaban por las fuentes cuantitativas, los pesimistas lo hacían por los documentos de carácter cualitativo. En este contexto Hobsbawm escribió su contribución al debate entre 1957 y 1963 con el objeto de polemizar con historiadores neoliberales como Thomas S. Ashton y Ronald M. Hartwell, y se ubicaba claramente, como todos los marxistas desde que los Hammonds y los Webs inauguraran esta postura, en el bando de los pesimistas. Pero a diferencia de la mayoría de sus colegas, como Thompson, que basaban sus argumentos en fuentes cualitativas, él intentó, con escaso éxito, hacerlo con fuentes cuantitativas y construir series salariales de precios para refutar a sus rivales en el mismo terreno.¹⁷

¹⁵ La tesis doctoral se denominó *Fabianism and Fabians, 1884-1914*, fue presentada en la Universidad de Cambridge y defendida el año siguiente.

¹⁶ Ambos artículos fueron incluidos en *Trabajadores* (Hobsbawm, 1979: 84-121 y 140-146).

¹⁷ Los aspectos más sustantivos del largo e interesante debate historiográfico en Arthur J. Taylor (1985). El trabajo se publicó originalmente en 1975, como “The Standard of Living in Britain in the Industrial Revolution” por Methuen & Co. Ltd. Incluye el artículo de Hobsbawm así como los de Edward P. Thompson, Elizabeth W. Gilboy, Rodney S. Tucker, Thomas S. Ashton, Ronald M. Hartwell y Ronald S. Neale.

Sin duda uno de los méritos de Hobsbawm en el terreno del estudio de los trabajadores fue haber sido un pionero en la ruptura con un tipo de historia obrera basada en las instituciones y las organizaciones como la que practicaban Edouard Dolléans (1960)¹⁸ o George H. D. Cole (1958).¹⁹ En este sentido, sostenía en el prefacio de *Trabajadores* que “la mayoría de estos artículos tienen en común un rasgo negativo: se sitúan al margen de la historia directamente cronológica o narrativa de los movimientos obreros” (Hobsbawm, 1979: 7). Si esa forma de historia había sido fundamental para dar visibilidad al mundo obrero era el momento de conocer a “las clases trabajadoras como tales (no en cuanto organizaciones y movimientos obreros)”. Le preocupaba la totalidad de las experiencias que involucraban a la clase obrera y esto significó ampliar la perspectiva de análisis horizontal y vertical porque situaba a la clase trabajadora en el escenario de la lucha de clases y en el contexto más amplio de la historia nacional.

En este punto haré una pequeña digresión en el relato para señalar la influencia que esta mirada tuvo sobre la historiografía argentina acerca de los trabajadores. A partir de las lecturas de Hobsbawm (aunque también de Edward P. Thompson y Gareth Stedman Jones) Leandro Gutiérrez fue uno de los primeros historiadores locales en explicitar los límites de esta historia centrada en las instituciones y acciones del movimiento obrero. Sostenía la necesidad de ampliar el enfoque tradicional centrado en esos estudios y alentaba a tratar de percibir el conjunto del mundo del trabajo. Esto es, estudiar aquellos aspectos supuestamente menos notables pero “sustantivos” para los trabajadores, como la vida material, las creencias, los aspectos demográficos o la marginalidad, con el objeto de comprender cómo se conformó la clase obrera argentina. Con esto apuntaba a tratar de aprehender no tanto al sector más consciente y visible para el historiador, organizado en sindicatos y protagonista de las luchas gremiales que en definitiva era solo una pequeña porción del mundo del trabajo, sino al conjunto de los trabajadores (Leandro Gutiérrez, 1981).²⁰

Hobsbawm fue también el primero (1952) en considerar las acciones de los ludistas o destructores de máquinas no como reacciones ciegas e irracionales sino inmersas ya en la lucha de clases (la destrucción de máquinas como presión a los patrones y como hostilidad al avance del maquinismo). El argumento apuntaba

¹⁸ Publicado originalmente en 1936.

¹⁹ Las primeras ediciones de los siete volúmenes de la obra van de 1953 a 1960.

²⁰ De una u otra forma esta línea de análisis influiría sobre varios historiadores preocupados por el mundo del trabajo, como Ricardo Falcón, Diego Armus, Ricardo González, Mirta Lobato y Juan Suriano.

a explicar que los trabajadores no se oponían tanto a la maquinaria como a la amenaza que esta representaba, en ocasiones se trataba incluso de una oposición consciente a la propiedad capitalista. Al final del artículo plantea que, aunque la destrucción de máquinas era inadecuada como medio principal para evitar el triunfo final de la industrialización, tampoco era tan ineficaz como se entendía hasta entonces. El ejemplo en este sentido era el conflictivo movimiento de los trabajadores agrícolas del sur de Inglaterra durante la década de 1830 que, de alguna manera, logró hacer retroceder la incorporación de máquinas y negociar con los empresarios la regulación del trabajo manual y mecánico. Esta idea presente en el artículo original de 1952 impulsó la investigación y el posterior libro en colaboración con George Rudé, *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing* (Hobsbawm y Rudé, 1978).

Otro de los temas que contribuyó a complejizar y tratar de romper con ideas establecidas fue la cuestión del rol de la aristocracia obrera.²¹ Hasta aquí en el campo de la historia obrera marxista primaba la interpretación de Lenin, quien sostenía que la aristocracia obrera era un estrato de elite de la clase obrera británica que había sido sobornada por los capitalistas con los beneficios obtenidos del imperialismo.²² Hobsbawm examinará a este sector desde una perspectiva sociológica con el objeto de intentar conocer diversos factores de esta capa de trabajadores que incluían relaciones laborales, condiciones de trabajo, relaciones del grupo con sectores inferiores y superiores, pero fundamentalmente los niveles y la regularidad de los salarios. Su análisis sobre la aristocracia obrera se convirtió en un trabajo clásico que, además de desplazar la visión leninista, originó importantes debates en la historiografía obrera de los años setenta e incluso de los ochenta.

En 1984 Hobsbawm publicó otro volumen dedicado a la historia de los trabajadores que reunía doce artículos escritos entre 1974 y 1982 (Hobsbawm, 1987). Claramente, estos estudios no tuvieron el carácter novedoso del libro recién examinado. Como él mismo reconoce en la presentación, en el lapso transcurrido entre la publicación de los dos libros mucho se había avanzado y complejizado en los análisis sobre historia obrera, ahora ya desde el campo académico impulsado por un dinámico conjunto de historiadores marxistas entre los que se destacaban por supuesto Edward Thompson y Raphael Samuel, quien dirigía una interesante experiencia en torno al History Workshop. De alguna manera Hobsbawm había quedado a la zaga de lo que él mismo había

²¹ “Las tendencias del movimiento obrero británico a partir de 1850” y “La aristocracia obrera en la Gran Bretaña del siglo XIX” en Hobsbawm (1979). Publicados originalmente en 1949 y 1954.

²² “Lenin y la aristocracia obrera” en Hobsbawm (1974c).

contribuido a crear; esto es, un campo historiográfico alejado de las historias institucionales producidas por militantes que no confundía historia de los trabajadores con historia del movimiento obrero, que planteaba nuevos interrogantes y otros marcos teóricos.

Hacia comienzos de los años ochenta el campo historiográfico sobre la historia social de la clase trabajadora se había ampliado en estudios que abarcaban los procesos de trabajo, los roles de las mujeres, la familia, la comunidad, la cultura, la ideología y comenzaban a analizar la dimensión política. Por otro lado, los trabajos del segundo volumen de nuestro autor estaban lejos de la erudición y la sofisticación conceptual de una obra como *La formación de la clase obrera* de Thompson, quien había ofrecido un estudio detallado de los procesos por los que una clase, en sentido amplio, surge de la lucha de clases determinada tanto por el capitalismo como por las costumbres, los valores y las prácticas de la propia clase obrera (Thompson, 1989). A excepción del libro que escribió con George Rudé, Hobsbawm nunca encaró una obra sistemática y unitaria sobre los trabajadores británicos, queda la impresión de que su interés por el mundo del trabajo no era tanto interpretar la formación de la clase y de la conciencia de clase —aunque escribió y discutió sobre estos temas con el propio Thompson— sino colocar a la clase trabajadora británica en la perspectiva o en el mapa del desarrollo industrial y, por supuesto, del capitalismo. Además desplazaba el foco temporal del autor de *La formación...* de la primera a la segunda mitad del siglo XIX con la intención de comprender mejor el sindicalismo británico moderno y el propio laborismo. De alguna manera, su abordaje de la clase obrera era uno de los tantos aspectos que contribuían a su interpretación del capitalismo británico.

Y esto no fue poco, aun reconociendo que hubo mejores historiadores del mundo del trabajo, pues a pesar de los diversos intereses que lo llevaban a pensar e interpretar una especie de historia total, sentó las bases para la renovación de la historia de los trabajadores y, si se quiere, de la historia social a la que definió, sin duda con un excesivo optimismo, en ese famoso artículo “De la historia social a la historia de la sociedad” (1971): “La historia social jamás podrá ser una especialización como la historia económica y otro tipo de historias, ya que su objeto de estudio no puede ser aislado, la historia social es toda la historia”, pero esta es otra historia que no será abordada aquí.

Bibliografía

- Cole, George D. H. (1958). *Historia del pensamiento socialista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dolléans, Edouard (1960). *Historia del movimiento obrero*. Buenos Aires: Eudeba.
- Eley, Geoff (2008). *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Gutiérrez, Leandro (1981). “Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires: 1880-1914”. *Revista de Indias*, n° 163-164.
- Hobsbawm, Eric (1952) [1969]. “The Machine Breakers”. *Past and Present*, n° 1, febrero.
- (1968) [1959]. *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ariel.
- (1971). “From Social History to the History of Society”. *Daedalus*, vol. 100, n° 1, invierno. [Trad. cast.: (1983) “De la historia social a la historia de la sociedad”. En Hobsbawm, Eric, *Marxismo e historia social*. Puebla: Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla].
- (1971). “From Social History to the History of Society”. *Daedalus*, vol. 100, n° 1, invierno. [Trad. cast.: (1983) “De la historia social a la historia de la sociedad”. En Hobsbawm, Eric, *Marxismo e historia social*. Puebla: Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla].
- (1972). *En torno a los orígenes de la Revolución industrial*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1974a) [1969]. *Bandidos*. Barcelona: Ariel.
- (1974b) [1962]. *Las revoluciones burguesas*. Madrid: Guadarrama.
- (1974c) [1973]. *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*. México: Ariel.
- (1977a) [1971]. *La era del capitalismo*. Madrid: Guadarrama.
- (1977b) [1968]. *Industria e imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*. Barcelona: Ariel.
- (1979) [1964]. *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Barcelona: Crítica.

- (1987) [1984]. *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Barcelona: Crítica.
- (1989a) [1959]. *The Jazz Scene*. Nueva York: Pantheon Books.
- (1989b) [1987]. *La era del imperio*. Madrid: Labor.
- (1991) [1991]. *Naciones y nacionalismo desde 1870*. Barcelona: Crítica.
- (1995) [1994]. *Historia del siglo xx*. Barcelona: Crítica.
- (2003) [2002]. *Años interesantes: una vida en el siglo xx*. Barcelona: Crítica.
- (2005). “El desafío de la razón. Manifiesto para la renovación de la historia”. Disponible en <http://www.lemondediplomatique.cl/Fallece-Eric-Hobsbawm-Manifiesto.html>.
- (2011). *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*. Barcelona: Crítica.
- (2012). “After Cold War. Eric Hobsbawm remembers Tony Judt”. *London Review of Books*, vol. 34, n° 8, 26 de abril.
- (2013). *Fractured Time: Culture and Society in the 20th Century*. Londres: Little Brown. [Trad. cast.: (2013) *Un tiempo de rupturas: sociedad y cultura en el siglo xx*. Barcelona: Crítica].
- Hobsbawm, Eric y Rudé, George (1978). *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*. Madrid: Siglo XXI.
- Judt, Tony (2008). *Reappraisals. Reflections on the Forgotten Twentieth Century*. Nueva York: Penguin Press.
- (2003). “The last Romantic”. *The New York Review of Books*, vol. 50, n° 18, 20 de noviembre.
- Kaye, Harvey J. (1989). *Los historiadores marxistas británicos*. Zaragoza: Prensas Universitarias.
- Rudé, George (1971). *La multitud en la historia*. Madrid: Siglo XXI.
- Taylor, Arthur J. (1985). *El nivel de vida en Gran Bretaña durante la Revolución industrial*. Madrid: Centro de Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Thompson, Edward P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm y la historia global

Pablo Buchbinder

Hobsbawm en el contexto historiográfico de la segunda posguerra

Es indudable que para gran parte de aquellos que nos formamos como historiadores en la Argentina en los años ochenta y noventa, la obra de Eric Hobsbawm constituye una referencia fundamental. También es probable que fuese un autor más citado y discutido que leído en profundidad. Más de una asignatura obligatoria en carreras de historia dictadas en universidades e institutos terciarios incluía algunos de sus textos más celebres como *Las revoluciones burguesas* (1964) o *Industria e imperio* (1982) entre las obras de referencia ineludibles. De la experiencia de aquellos años, también es posible distinguir en el impacto de su obra dos vertientes centrales: una ligada al estudio de los sectores subalternos y de los trabajadores en particular y otra relacionada con sus grandes lecturas de la historia mundial. Estas últimas quedaron sintetizadas en la serie de obras que comienzan justamente con *The Age of Revolution* (traducida al español con el título de *Las revoluciones burguesas*) y culminan con la *Historia del siglo xx* (1995).

Como señalara Hilda Sabato, la obra de Hobsbawm poseía un gran atractivo particularmente entre los historiadores argentinos que se inscribían en una tradición de izquierda, entre otras razones por la combinación de la adhesión teórica al marxismo, la militancia política y la práctica historiográfica (Sabato, 1993). Pero más allá de la importancia, la influencia decisiva y el impacto que las obras de Hobsbawm ejercieron sobre la historiografía argentina de los años ochenta, es posible señalar que ya los trabajos sobre los sectores subalternos parecían más desactualizados que sus grandes lecturas sobre la evolución histórica mundial. Esto se debía, probablemente también, en gran medida, a que en estos textos se

pensaba el problema de la acción de los grupos subalternos en función de una perspectiva que era, generalmente, la de un proletariado organizado políticamente, con “conciencia de clase” y con un horizonte programático expresado en la revolución social. Esta interpretación ya era fuertemente cuestionada en aquellos años a partir del desarrollo de los llamados estudios subalternos que, originados en el mundo anglosajón y en función de experiencias como las de las revueltas hindúes, contaba, ya en esa época, con expresiones propias en América Latina (Mallon, 1995: 87-116).

El Hobsbawm de las grandes lecturas de la historia mundial estaba quizás menos discutido y cuestionado entonces. Esas obras eran –siguen siéndolo todavía– ejes de referencia en cualquier interpretación de los orígenes del mundo moderno. También es importante señalar que estas publicaciones comenzaron a aparecer en pleno auge de la llamada “historia social”, pero cruzan el período de la llamada “crisis de la historia”, signada por la pérdida de centralidad de los grandes relatos y por el predominio de las perspectivas fragmentarias. Hobsbawm mismo en algunas de las reflexiones incluidas en sus memorias hizo referencia a la sensación de cierta incomodidad que le generaba desarrollar este tipo de aproximaciones. Llevando a cabo un balance de su carrera como historiador subrayó así la sensación de sentirse como un “antiespecialista en un mundo de especialistas” (Hobsbawm, 2003: 377).

Analizar el impacto y la influencia de la obra de Hobsbawm exige tener presente la evolución del contexto historiográfico. Por entonces, en el mundo académico argentino coexistían además del revisionismo histórico en ascenso, sobre todo por su impacto público, grupos que procuraban practicar la historia siguiendo los parámetros de la nueva historia social y representantes de la tradicional historia erudita construida basada en el culto de los documentos escritos y de los hechos únicos, individuales e irrepetibles surgidos del estudio crítico de dichos documentos. Hobsbawm, en este marco, era considerado un exponente europeo de las corrientes renovadoras de la historia agrupadas en torno al ambiguo e impreciso término de “historia social”.

El concepto de historia social abarcaba un conjunto de vertientes historiográficas que se expresaban con diferentes modalidades en los distintos países. En sus orígenes estas vertientes se construyeron sobre el rechazo justamente del enfoque centrado en los hechos históricos únicos e irrepetibles. Seguramente la expresión más famosa de esta reacción haya sido la escuela de los *Annales*. Surgida en Francia en los años veinte, logró después de la Segunda Guerra Mundial asegurar su hegemonía en el ámbito académico francés. La apertura de la historia hacia las ciencias sociales –en particular economía y sociología

primero y antropología después— constituyeron las disciplinas privilegiadas en este diálogo.

En otros países el proceso sería más lento y menos uniforme. En Alemania, la renovación historiográfica comenzó dificultosamente en los años sesenta sobre todo a partir de la iniciativa de los historiadores nucleados en la llamada escuela de Bielefeld. La historiografía italiana, por su parte, experimentó un proceso particular signado por el predominio de una historia política en la que podía, entre otros aspectos, advertirse la influencia decisiva de figuras como Benedetto Croce. En España, la dictadura franquista provocaría que la renovación solo se afirmase a partir de los años setenta.

El caso inglés, a su vez, reconocería también sus particularidades. Inglaterra era uno de los lugares en los que —debido a la fuerte influencia alemana— la historiografía erudita había echado fuertes y extensas raíces institucionales. Los complejos universitarios de Oxford y Cambridge mostraban un claro predominio de estas expresiones. La renovación encontró diversas vertientes desde principios del siglo xx a partir de los esfuerzos de figuras como Richard Tawney, Thomas Ashton o Eileen Power. Sin embargo, a partir de la segunda posguerra quedó cada vez más asociada a la llamada historiografía marxista vinculada en sus orígenes con el denominado Grupo de Historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña.

Esta tradición incluyó a un grupo de historiadores con intereses diversos como Christopher Hill, Rodney Hilton, George Rudé, Edward P. Thompson y Eric Hobsbawm. La gran mayoría de ellos compartía a finales de la Segunda Guerra Mundial la pertenencia al Partido Comunista, aunque algunos, como Edward Thompson lo abandonaron a mediados de la década del cincuenta luego del descubrimiento de los crímenes de Stalin y sobre todo a partir de la invasión de la Unión Soviética a Hungría en 1956.

La existencia de una tradición historiográfica marxista y británica ha sido subrayada entre otros autores por Harvey Kaye (1989). Kaye ha señalado como característica fundamental de los historiadores marxistas británicos el ser partícipes de una problemática teórica común. Citando a Eugene Genovese, afirma que estos historiadores han intentado “trascender la estricta noción económica de clase y llegar a solucionar el problema de la base-superestructura que ha dominado al marxismo desde sus comienzos” (Kaye, 1989: 5). En este sentido, ha subrayado cómo se esforzaron por desenvolver una historiografía marxista alejada del determinismo económico, aunque no rechazaron el sentido de determinación por completo. A esto se suma otra característica común que es la centralidad otorgada al análisis de la lucha de clases. Ha insistido en

destacar así que los historiadores marxistas británicos no solo se han acercado a su objeto de estudio desde la hipótesis materialista contenida en el prefacio de la *Contribución a la crítica de la economía política* sino también desde las proposiciones históricas contenidas en el *Manifiesto comunista*.

En este sentido es posible advertir algunas distinciones significativas con otras tradiciones historiográficas pertenecientes al universo de la historia social. A diferencia de los *Annales* de los años cincuenta y sesenta, preocupados fundamentalmente por la problemática de la larga duración, los historiadores marxistas británicos privilegiaron el análisis de las rupturas. El otro rasgo, sin duda particular, fue el énfasis puesto en las dimensiones del conflicto social frente a una historiografía como la de los *Annales* afecta a conceptos o categorías que englobaban al conjunto de la sociedad soslayando los clivajes internos.

En los años setenta, la historia social entró en crisis. Esta se expresó de diversas formas, pero su manifestación más evidente estuvo dada por la multiplicación de objetos, métodos y aproximaciones. Esta multiplicación se tradujo en un evidente proceso de fragmentación del campo historiográfico. Al mismo tiempo se pusieron en cuestión las aproximaciones globales de los procesos históricos, la idea de que existían vías principales o centrales de la evolución histórica y también perdió fuerza el intento de construir lógicas dominantes para explicar el cambio y la dinámica histórica. De este modo, el predominio de las perspectivas micro y la renuncia a llevar a cabo grandes síntesis caracterizaron, en parte, el ciclo de cambios que experimentó la historiografía científica y profesional desde los años setenta.

Grandes relatos: la historia global

En este contexto, las grandes lecturas de los procesos históricos amplios como las que construyó Eric Hobsbawm entraron en cuestión. La permanente especialización y el predominio de las perspectivas micro hicieron perder interés en este tipo de aproximaciones, sobre todo entre los historiadores profesionales. Sin embargo, las lecturas amplias y generales de los procesos históricos han vuelto a estar en boga en los últimos años detrás de las preguntas por los orígenes de la globalización. Esta preocupación ha generado una corriente denominada justamente “historia global”. Aquí nos proponemos ensayar una suerte de diálogo entre esta tradición y los textos de Hobsbawm referidos a la historia mundial. En este sentido, nos parece importante subrayar que gran parte de los trabajos que pueden incluirse en esta tradición surgieron en contraposi-

ción y en un diálogo polémico con perspectivas como las de Hobsbawm, pero compartiendo también un conjunto de preocupaciones muy generales, entre ellas, las que refieren a la conformación de un mundo cada vez más uniforme y homogéneo y también cada vez más interconectado.

La historia global como tradición, práctica o enfoque historiográfico ha crecido entonces de manera acelerada desde hace, aproximadamente, una década, en el contexto de la crítica a los denominados “grandes relatos”, propios de la historia estructural de los años ochenta. Este crecimiento se ha expresado en publicaciones periódicas, instituciones y sobre todo en un conjunto de obras, algunas hoy accesibles en español, como las de John y William McNeill, *Las redes humanas* (2004); la de Christopher Bayly, *El nacimiento del mundo moderno* (2010); la de Jane Burbank y Frederick Cooper, *Imperios* (2011), y de otras no traducidas aún al español como la de Jurgen Osterhammel, *Die Verwandlung der Welt* (2009). Es evidente, por otra parte, que muchos de estos trabajos han partido de la pregunta en torno a los fundamentos y orígenes de los procesos de globalización contemporáneos.

De todos modos es difícil establecer en pocas palabras los rasgos más significativos de la historia global. El término conserva cierta imprecisión y ambigüedad. Para algunos es simplemente sinónimo de historia mundial. Sin embargo, el análisis de algunas de las obras más representativas de esta corriente permite pensar su peculiaridad a través del tipo de enfoque que propone justamente de la evolución histórica más que de su objeto. Un rasgo fundamental, obviamente, es el énfasis puesto en el análisis de los procesos de transferencia y circulación en ciertos casos y en otros en las interacciones e intersecciones entre actores distribuidos por el planeta.

La pregunta que se impone aquí, obviamente, es si este tipo de aproximaciones conllevan un retorno a los antiguos modelos propuestos por la historia social y estructural de los años cincuenta y sesenta. En este sentido debe señalarse que la historia global recupera la ambición de la construcción de grandes relatos pero sus lógicas y formas de aproximación se comprenden solo en el marco de la crisis de la historia estructural.

A la vez, los matices y diversidad que presentan estos trabajos pueden visualizarse a partir del análisis de algunos casos concretos. En una obra como la de los McNeill puede advertirse, sobre todo, la insistencia en señalar el arcaísmo casi ahistórico de las fuerzas de integración e internacionalización. La integración económica por medio del comercio y la emigración se encuentran para estos historiadores entre los motores más antiguos que explican la historia mundial. En este sentido, como bien lo han expuesto en el título, las trayec-

torias de las redes de comunicación e interacción constituyen la estructura que da forma a la historia de la humanidad. El libro de los McNeill insiste, particularmente, en analizar cómo se crearon las redes de interacción, cómo crecieron, qué formas tomaron y cómo se volvieron cada vez más tupidas e inclusivas. Por otra parte, también puede visualizarse en el libro el intento de desentrañar la naturaleza de las fuerzas que impulsan el movimiento histórico. Lo que mueve a la historia es, fundamentalmente, la ambición que alberga el ser humano de alterar su condición para hacer realidad sus esperanzas. En este contexto, los impulsos de las personas, tanto en el orden material como en el espiritual y las formas en que tratan de hacer realidad esos impulsos, dependen de la información, los ejemplos y las ideas que disponen y a esto se accede a través de las redes. Así, estas encauzan y coordinan la ambición y los actos cotidianos de los seres humanos.

Un texto como el de Burbank y Cooper, *Imperios*, encuentra, por otro lado, su eje de interpretación de la historia en la rivalidad entre los imperios. La evolución histórica se explica fundamentalmente a partir de esta confrontación que encuentra raíces en tiempos remotos. El texto muestra una clara continuidad con los tiempos actuales a partir de procesos como las guerras en Afganistán o Irak. De este modo el siglo xx, al igual que el xvi o el v, están signados por la rivalidad entre un número reducido de imperios.

Otros rasgos particulares pueden observarse, quizás con más claridad, en los textos que se inscriben en la historia global y que se han concentrado en el siglo xix. El de Christopher Bayly, publicado recientemente en español, ilustra muy bien la manera en que la historia global ha abordado los cambios acaecidos desde la Revolución industrial. Desde la perspectiva de este autor, los procesos históricos —en particular los contemporáneos— están caracterizados por presentar una creciente uniformidad. Esta uniformidad se revela y expresa en espacios muy diversos. En los modos de producción por supuesto, pero también en las prácticas políticas, religiosas o en los hábitos físicos y las formas de vestimenta. Esta uniformidad está asociada a la vez a una idea que rechaza las lecturas eurocéntricas del proceso histórico y, en este contexto, también cuestiona la idea según la cual la uniformidad es resultado de la fuerza y la expansión del capitalismo europeo. Las tendencias hacia la uniformidad son también el resultado de la conformación de redes que recorren el planeta y que generan o reflejan tendencias similares en diferentes lugares del mundo. Se trata de procesos convergentes que se expresan en la aspiración a participar de un ciclo de modernización que se asocia a un cambio plural y descentralizado y que, en consecuencia, carece de un centro organizador.

El texto de Osterhammel es otro de los ejemplos clásicos de la historia global. Como el de Bayly, está centrado en el estudio del siglo XIX. También aquí la preocupación está concentrada en las conexiones globales; pero, mientras Bayly ha priorizado las dimensiones políticas, Osterhammel se concentra en aspectos económicos, sociales o ambientales. La organización del texto está menos centrada en las dimensiones cronológicas y más en los problemas: energías, trabajo, conocimientos científicos, religiones. El texto se construye pensando entonces más en categorías y conceptos que en lecturas cronológicas lineales. Por otro lado, a pesar de sus mismas ambiciones globales es probablemente, en su perspectiva, un texto algo más eurocéntrico que el de Bayly como lo reconoce el mismo autor (Oesterhammel, 2009: 18).

Eurocentrismo, Estados nacionales e historia global

Las distancias o contraposiciones entre estos textos y lecturas como las de Hobsbawm pueden advertirse en diversos planos. Las diferencias de enfoque que pueden notarse reflejan también la contraposición entre la historia social estructural y las corrientes desarrolladas en el marco de la crisis de la historia. Una de estas diferencias radica, probablemente, en el enfoque eurocéntrico. Hilda Sabato, por ejemplo, ha subrayado que la historia global ha desarrollado una prédica en pos de no replicar las viejas formas de la historia universal caracterizadas por este tipo de discurso (Sabato, 2013: 81-83).

La necesidad de avanzar en un argumento que rehúye el eurocentrismo es visible sobre todo en obras como la ya mencionada de Bayly. Puede advertirse esta intención en su forma de enfocar los procesos de cambio social y político acaecidos desde finales del siglo XVIII y que fueran tratados por Hobsbawm en *Las revoluciones burguesas*. Por un lado, la idea de las “revoluciones industriales”, alternativa al concepto de Revolución industrial, le permite a Bayly plantear el origen múltiple del cambio económico que en obras como las de Hobsbawm tiene un claro origen y sello británico. En este sentido, y basándose en la obra del historiador holandés Jean de Vries, Bayly ha hecho un uso extensivo del concepto de revoluciones industriales. Dicho concepto le permite afrontar el estudio de los cambios económicos acaecidos en el siglo XVIII no solo desde el punto de vista de la producción como era habitual en los textos clásicos de historia económica sino, fundamentalmente, desde la perspectiva del consumo y la distribución. Los anhelos de las clases medias nacientes por acceder a nuevos tipos de consumo a partir de sus expectativas por emular a las clases

altas constituyen un factor fundamental para explicar los cambios económicos de este período. También debe destacarse que, si bien Bayly extiende, desde esta perspectiva, la amplitud de los cambios a Japón y China casos en los que subraya como factor decisivo del cambio económico también la aspiración de los sectores medios por disfrutar de los mismos lujos refinados de la elite mandarina reconoce, al mismo tiempo, en ciertas dimensiones la supremacía europea. Si bien señala entonces que el desarrollo europeo no constituyó un fenómeno extraordinario cuando se lo analiza a escala global, afirma que los europeos tenían ventajas competitivas basadas en instituciones legales relativamente estables, en instituciones comerciales y financieras dinámicas y eficaces y en sistemas eficientes y razonables de financiación de la guerra.

Por otro lado, la perspectiva de las transformaciones políticas que en la historia social estructural encontraba un paradigma ineludible en la Revolución francesa es percibida en Bayly desde una concepción plural y descentralizada. La era revolucionaria que en Hobsbawm tiene un origen claramente europeo y norteamericano posee en Bayly también una dimensión global: “Europa y Norteamérica no fueron los únicos lugares en que se inauguraron las nuevas y peligrosas doctrinas de la época revolucionaria” (Bayly, 2010: 78). Esta última, a su vez, es el producto de la primera gran crisis global que se extiende en el planeta y que además es el resultado de los desequilibrios entre los aspectos militares y financieros que signan a los Estados de los distintos continentes. La era revolucionaria, finalmente, acelera la creciente uniformidad y complejidad de las sociedades.

Una crítica similar a la perspectiva eurocéntrica puede advertirse en el texto de Burbank y Cooper, *Imperios*. Puede destacarse en este caso el esfuerzo por subrayar que ni la forma imperio ni las políticas imperiales constituyen un producto europeo. Relativizan de este modo el mismo dominio europeo y la idea de la asimilación de las poblaciones conquistadas. Los imperios, eje de su lectura de la historia mundial, construyen formas políticas que han surgido y resurgido en el transcurso de miles de años en todos los continentes. De esta manera afirman que su estudio “rompe en concreto con las teorías sobre la nación, la modernidad y Europa para explicar el curso de la historia” (Burbank y Cooper, 2011: 29).

Estas aproximaciones se contraponen con el eurocentrismo de Hobsbawm, uno de sus aspectos más cuestionados. Su obra contiene un sello eurocéntrico innegable y transmite, por otro lado, una clara admiración por la sociedad europea. Todo esto puede advertirse en los criterios de periodización, en la elección de los puntos de ruptura y continuidad que estructuran sus relatos.

Así, esta impronta de su obra puede apreciarse no solo en los contenidos de sus textos sobre la historia mundial que otorgan un lugar secundario a los pueblos no europeos sino también en la organización por capítulos y secciones de esas mismas obras. Esto puede entonces observarse tanto en *Las revoluciones burguesas*, cuyos capítulos “La Revolución industrial”, “La Revolución francesa”, “El nacionalismo” delimitan procesos y episodios propios de la historia europea como también en la *Historia del siglo XX* organizada en base a criterios claramente eurocentristas: de este modo, “La revolución mundial” pone énfasis en la Revolución rusa, “El abismo económico” analiza la crisis norteamericana y sobre todo su impacto europeo o “La caída del liberalismo” y “Contra el enemigo común” que exploran dimensiones de las experiencias dictatoriales europeas de los tiempos de entreguerras.

Como ha señalado Enzo Traverso, la perspectiva eurocéntrica es central en las obras de Hobsbawm a las que nos hemos referido en el inicio de este texto. La dinámica “derivada” de los llamados “pueblos sin historia” constituye un rasgo fundamental de su enfoque historiográfico. De esta forma, ha subrayado cómo Hobsbawm nunca se ha alejado realmente de la posición de Marx “que estigmatizaba al imperialismo británico por su carácter inhumano y predador pero se obstinaba en otorgarle una misión civilizadora en nombre de la dialéctica histórica” (Traverso, 2012: 50).

En este contexto, otro eje central de su interpretación del siglo XIX radica en el proceso de expansión del capitalismo europeo que es en sí mismo la gran fuerza integradora y uniformizadora por excelencia de la historia mundial. La lectura del proceso de expansión del imperialismo europeo reconoce también aquí sus matices ya que, a diferencia de la visión leninista, sus componentes políticos, ligados al proceso de democratización europeo, son relevantes también en la explicación que ofrece del tema en *La era del imperio* (1989).

El imperialismo constituye en la perspectiva de Hobsbawm un elemento relacionado directamente con el nacionalismo. En este sentido, debe señalarse que otro rasgo evidente en el enfoque propuesto por la historia global es el rechazo a la perspectiva nacional. Asimismo, si bien Hobsbawm ha dedicado gran parte de las obras de su última etapa a subrayar el carácter “inventado” de la nación y a sostener que el relato sobre el que se construyen sus obras generales trasciende los límites nacionales no puede dejar de reconocerse que el tema de las naciones recorre toda su obra como una variable central. Las referencias geográficas sobre las que se construyen sus argumentos son probablemente más nacionales que regionales. La historia global ha partido justamente también del rechazo de esta perspectiva.

Reflexiones finales: historia global e historia social: lógicas explicativas y argumentos

Más allá del eurocentrismo hay otro rasgo que permite visualizar las diferencias sustantivas entre Hobsbawm y los exponentes de la historia global. En este sentido, nos parece fundamental prestar atención a la construcción de la lógica que permite fundamentar y explicar el cambio. En líneas generales debe señalarse que las obras que se enmarcan en la historia global carecen de una lógica, una fuerza explicativa predominante o de un centro organizador con el vigor de las interpretaciones que es posible observar en obras como las de Hobsbawm. Por otro lado, debe subrayarse que las distintas obras relacionadas con la historia global presentan también matices y diferencias al respecto. En la obra de los McNeill, por ejemplo, la explicación del cambio se asocia a la centralidad de las redes de interacción en la historia humana. Las mejoras permanentes y los progresos en las redes de comunicación y cooperación dan sentido entonces a la historia de la humanidad en un arco que se inicia con el desarrollo del lenguaje y culmina con la aparición de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información. La historia se mueve así sobre la base de la evolución hacia estructuras de redes cada vez más complejas y tupidas.

A la vez existe, para los McNeill, una tendencia inherente a esta complejidad que genera y mantiene las desigualdades sociales. El conflicto social es entonces un subproducto de esta complejidad, pero constituye a la vez un elemento marginal y secundario a la hora de explicar la dinámica histórica. La tecnología de la comunicación solo ha acompañado entonces el crecimiento de las desigualdades. Fenómenos como el nacionalismo y la guerra son a la vez expresión de estas desigualdades cuyo motor es entonces el avance de la globalización expresado a su vez en el crecimiento de las redes (McNeill y McNeill, 2004: 358).

También en el caso de Bayly, el análisis está concentrado en el estudio de los vínculos y analogías entre las historias de diferentes lugares del mundo. La clave de su argumento está en el policentrismo de los procesos de evolución y en los múltiples orígenes de los cambios globales. En su análisis se mezclan los actores: Estados nacionales uniformes, antiguos y nuevos imperios. Pero sin duda uno de los rasgos fundamentales de su obra es la ambigüedad a la hora de buscar los factores que explican el cambio: “Es demasiado reduccionista buscar una sola causa –ni siquiera una causa principal– de los cambios globales del siglo XIX”.

El texto mantiene así en el análisis de la causalidad una perspectiva signada por la ambigüedad. En este sentido, ha planteado la necesidad de que la historia global se construya a partir de una interacción más compleja entre las variables

de la organización política, las ideas y la actividad económica, y también ha insistido en la necesidad de articular la antigua historia de los procesos económicos y políticos con la nueva historia de la representación y los discursos (Bayly, 2010: 96).

En contraste, una de las fortalezas y tal vez uno de los mayores atractivos de la obra de Hobsbawm se encuentra en la preocupación por encontrar y definir una lógica clara y contundente del proceso histórico y por encontrar una clave explicativa que permita comprender fenómenos centrales del mundo contemporáneo como los procesos de industrialización, la Revolución francesa, las revoluciones de la primera mitad del siglo XIX, el imperialismo, el nacionalismo o las guerras mundiales. Puede advertirse, por un lado, la preocupación por definir –sin reduccionismos de ningún tipo– los vínculos entre los distintos niveles de la realidad histórica: social, económica, política, cultural. De todos modos, la fuerza que mueve la historia se encuentra fundamentalmente en dimensiones esencialmente políticas y sociales y más específicamente en la dinámica de la lucha de clases. Así, el cambio en la era de la revolución está vinculado con el triunfo de la sociedad burguesa y del orden social que esta representa. Por otro lado, desde su perspectiva, es imposible comprender la Revolución industrial si no es en el contexto de un Estado en el que el beneficio privado burgués es aceptado como el objetivo principal de la política gubernamental.

Esta intención de construir el relato haciendo hincapié en las expresiones políticas de conflictos de clase puede visualizarse mejor en algunas de sus obras que en otras, probablemente mucho más en las publicadas durante los años sesenta que en la *Historia del siglo XX*. Su lectura de la Revolución francesa apela a la clásica noción basada en la contradicción entre las estructuras e intereses del viejo régimen y las nuevas fuerzas sociales burguesas en ascenso. El nacionalismo, fuerza política decisiva en la vida pública europea de los siglos XIX y XX canaliza el descontento de vastos sectores sociales negativamente afectados por la expansión del capitalismo. La lucha de clases impulsa la dinámica histórica entonces sin apelar a mecanicismos ni a determinismos de ningún tipo. Así también, su perspectiva de la articulación entre sectores sociales y grupos políticos se diferencia aún radicalmente de aquellas tradiciones más recientes que ponen énfasis en las dimensiones discursivas para explicar la identidad y la conciencia de clase.

La lógica que impulsa a las clases ocupa un lugar central en su explicación del cuarenta y ocho, del origen del nacionalismo moderno. El papel de la burguesía constituye un eje central de los primeros volúmenes de su lectura de la historia mundial. Como señalara Enzo Traverso (2012), Hobsbawm definió a

la gran burguesía industrial y financiera como la clase dominante de la Europa del siglo XIX, aunque pusiera reparos a la hora de asegurar el dominio político de esa misma burguesía en aquella época.

La preocupación por desentrañar una lógica del proceso histórico que está directamente relacionado con el vínculo entre clases sociales –aunque el término sea utilizado en forma amplia y flexible– y expresiones políticas o institucionales constituye de este modo un aspecto central de la obra de Hobsbawm que la diferencia radicalmente de las distintas formas que asume la historia global. El papel central otorgado al conflicto social y político constituye en sí mismo un rasgo central de su obra.

La lógica explicativa entonces está en el peso de la dimensión política y en la forma en que esta traduce el conflicto social. Cabe señalar, por último, que la obra de Hobsbawm ha sido también contemporánea de otras grandes lecturas de la historia universal que gozaron de un impacto historiográfico considerable como *Civilización material, economía y capitalismo* de Fernand Braudel (1984) o el *Moderno sistema mundial* de Immanuel Wallerstein (1979), pero como ha señalado Harvey Kaye, lo que diferencia a Hobsbawm es el peso central que la dimensión política tiene en sus lecturas de los siglos XIX y XX. Como ha subrayado Enrique Moradiellos, el contraste de la historiografía marxista británica con tradiciones como las de *Annales* radica en el lugar central otorgado a la política en la evolución histórica considerando a esta como el plano en el que se resuelven las tensiones y proyectos antagónicos que están latentes en toda sociedad de clases (Moradiellos, 2005: 94). Quizás sea en esta dimensión que ubica al conflicto como una variable inescindible del proceso histórico donde radique el profundo interés que despierta hoy en nosotros la obra de Eric Hobsbawm.

Bibliografía

- Bayly, Christopher (2010). *El nacimiento del mundo moderno*. Madrid: Siglo XXI.
- Braudel, Fernand (1984). *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*. Madrid: Alianza.
- Burbank, Jane y Cooper, Frederick (2011). *Imperios*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, Eric (1964) [1962]. *Las revoluciones burguesas*. Barcelona: Guadarrama.

- (1982) [1968]. *Industria e imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*. Barcelona: Ariel.
- (1989) [1987]. *La era del imperio*. Barcelona: Labor.
- (1995) [1994]. *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- (2003) [2002]. *Años Interesantes. Una vida en el siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Kaye, Harvey J. (1989). *Los historiadores marxistas británicos*. Zaragoza: Prensas Universitarias.
- Mallon, Florencia (1995). “Promesa y dilema de los estudios subalternos: perspectivas a partir de la Historia Latinoamericana”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, n° 12, 2° semestre.
- McNeill, John Robert y McNeill, William (2004). *Las redes humanas. Una historia global de mundo*. Barcelona: Crítica.
- Moradiellos, Enrique (2005). *El oficio de historiador*. Madrid: Siglo XXI.
- Osterhammel, Jürgen (2009). *Die Verwandlung der Welt*. Munich: Verlag C. H. Beck.
- Sabato, Hilda (1993). “Hobsbawm y nuestro pasado”. *Punto de Vista*, n° 46, agosto.
- (2013). “La historia en tiempo presente”. *Ciencia Hoy*, vol. 23, n° 135, octubre-noviembre.
- Traverso, Enzo (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wallerstein, Immanuel (1979). *El moderno sistema mundial*. México: Siglo XXI.

Segunda parte
Contrapuntos

Hobsbawm mira a América Latina (1962-1974)*

Ernesto Bohoslavsky

¿Por qué publicamos este trabajo con el contenido que tiene? [...]. Por ser uno de los mejores modelos negativos del análisis de un retazo del territorio y la sociedad peruana hecha desde el continente europeo por un inglés que del Perú no sabe más que de la Gran Bretaña (por más que alegue que hizo turismo por el Machu Picchu) y que funge de ser “americanista”.¹

Nota autoexculpatoria

Publiqué este texto hace ya muchos años en el *Boletín de la Red Inter-Cátedras de Historia de América Latina*, que se editaba en Rosario. Se trata de un trabajo que hice mientras estudié en el Perú a fines de la década de 1990, como parte de una formación de posgrado en estudios andinos y campesinos. Para esta versión prácticamente no he modificado su contenido y solo introduje algunos detalles de edición o información de contexto que pueda ayudar a comprender mejor algunas de las ideas analizadas. Removí información biográfica de Hobsbawm con la convicción de que eran aspectos tratados suficientemente en los ensayos y la introducción que componen este libro.

Si debiera escribir este artículo completamente me habría preocupado por cuestiones que hace quince años no me interesaban, como las redes académicas

* Este trabajo fue publicado originalmente como “Las aventuras de Hobsbawm en América Latina”, en el *Boletín de la Red Inter-Cátedras de Historia de América Latina*, n° 3, Rosario, 1999.

¹ De la introducción del Instituto de Investigaciones Económico Sociales al documento “La Convención: un caso de ‘neofeudalismo’” (Hobsbawm, 1970).

en las que Hobsbawm participó, la historia de los conceptos que usó y, sobre todo, la historia del marxismo europeo y sus miradas sobre la periferia, así como de las polémicas historiográficas y políticas en torno al pasado latinoamericano en las décadas de 1960 y 1970. En todo caso, y sobre todo, mi crítica a la tarea de Hobsbawm no sería hoy tan arrogante ni tan descontextualizada como en este momento me parece que fue.

Introducción

La revisión crítica de la producción científica sobre determinados períodos y fenómenos de la historia aporta las claves para comenzar cualquier pesquisa. A este primer paso le sigue otro en el que se releen esos textos no ya con el objetivo de entender cómo se desarrolló históricamente un proceso (¿qué pasó?) sino tratando de descubrir las condiciones sociales y académicas en que fue producida esa literatura (¿qué se escribió?, ¿por qué se lo hizo?). Si no se logra deconstruir los contextos en que son producidos ciertos escritos, es muy probable que se cometa el grave (y amerita decir que dentro de la disciplina historiográfica, imperdonable) error de quitarle entidad histórica a esa producción. Si no se analiza a una obra en su propio mundo de creación, teniendo en cuenta las urgencias individuales del autor, los marcos institucionales y los conocimientos de la época, se corre el riesgo de comparar lo incomparable y de juzgar a un historiador con balanzas injustas e incorrectas.

En ese sentido, aquí propongo revisar una parte de la producción historiográfica de Eric Hobsbawm realizada en los años sesenta y dedicada a América Latina o al menos el mundo andino peruano (Hobsbawm, 1970; 1974; 1978). Está claro que es una producción historiográfica reducida respecto de otras problemáticas que Hobsbawm ha investigado: su interés surgió por efecto de algunos viajes que realizó a América del Sur durante los años sesenta (Kaye, 1989: 141; Hobsbawm, 2005). La intención de este texto es realizar una revisión de esta bibliografía, señalando los principales argumentos esgrimidos y los elementos que sustentan el análisis de Hobsbawm sobre los campesinos andinos. No es pretensión de este texto demostrar, por ejemplo, si la provincia de La Convención, en el centro-este peruano puede ser etiquetado, como hizo Hobsbawm, de “neofeudal”. Solo se tratará de remarcar el uso de determinadas categorías para la interpretación de la historia peruana, y si es posible, a partir de ese ejemplo, de la historia latinoamericana.

En estos escritos de Hobsbawm hay una fuerte impronta de marxismo eurocéntrico, algo caído en desuso en esos años en que los movimientos de liberación nacional en África, América y Asia generaban tanto entusiasmo en buena parte de la intelectualidad occidental. La producción de Hobsbawm está fuertemente enmarcada en la polémica historiográfica y política desatada acerca de los modos de producción y de evolución histórica (Assadourian *et al.*, 1974). Hobsbawm (1972a) estaba bien al tanto de los escritos de Marx sobre las sociedades precapitalistas. Acerca del problema de la sucesión de modos de producción y la “feudalidad” americana tomó posturas ambiguas o muy esquemáticas, que desentonan con el acercamiento menos ortodoxo que tuvo sobre otras cuestiones (como la historia de los trabajadores ingleses, por ejemplo).

Eric Hobsbawm

El desarrollo de la moderna economía mundial capitalista [...] penetró inevitablemente —y al conquistar transformó— numerosas sociedades locales donde predominaban relaciones ‘feudales’ [...] es decir, no diferenciables de aquellas relaciones predominantes en sociedades incuestionablemente “feudales” (Hobsbawm, 1978: 49).

Es poco lo que se puede agregar a lo ya dicho en la bibliografía (y en los demás ensayos de este libro) sobre la trayectoria de Hobsbawm. Sus aportes al estudio de la historia del capitalismo (Hobsbawm, 1976) se han convertido en verdaderos clásicos de la historiografía contemporánea (Kaye, 1989: 123). Su labor historiográfica es fuente de consulta obligada para quien quiera introducirse en cuestiones como el nacionalismo (Hobsbawm, 1991) o la invención de tradiciones (Hobsbawm y Ranger, 2002). Las protestas primitivas “pre-políticas” de campesinos y otros sujetos sociales precapitalistas ha sido otra de las áreas que ha investigado (por no decir que ha “inventado la tradición” de estudiar a esas cuestiones).

Hobsbawm ha mostrado desde sus inicios como historiador una tendencia a realizar una interpretación de alcance “universal” de la historia del capitalismo, de su penetración en distintas sociedades y de las variadas formas de resistencia que ha generado. En *La era del capitalismo* podrán encontrarse referencias a la dinastía Meiji como a la guerra del Pacífico y a los mazzinianos (Hobsbawm, 1977). Su interés internacional ha quedado demostrada en sus trabajos sobre el mundo rural, que incluía “estudios británicos, europeos (especialmente medite-

rráneos) y latinoamericanos” (Kaye, 1989: 129). De acuerdo con su postura, la historia de América Latina debe enmarcarse en una estructura histórica mucho más amplia, de alcance global. La dinámica de este proceso está dada por el progresivo e irreversible predominio que adquirió el capitalismo como modo de producción. Que el eje vertebrador de su interpretación sea este fenómeno de raigambre económica (con muchos efectos en otras esferas de la vida social) de ninguna manera debe interpretarse como señal de que este autor reproduce esquemas ortodoxos del tipo de “base-superestructura” (Kaye, 1989: 124). De hecho, la escuela marxista británica ha recibido la etiqueta de “culturalista” por sus posicionamientos críticos con respecto al planteo marxista tradicional sobre la relación entre los mundos simbólico y material. Hobsbawm se ha mostrado especialmente sensible al desarrollo de preocupaciones sobre la “totalidad” de la experiencia de la clase obrera (Hobsbawm, 1987; Kaye, 1989: 129). Estas y otras problemáticas fueron rastreadas por Hobsbawm en múltiples espacios y períodos, por lo general con altos niveles de erudición.

Un Hobsbawm poco convencional visita América Latina

La afirmación de que las formaciones asiática, antigua, feudal y burguesa son ‘progresivas’ no implica, en consecuencia, ninguna visión lineal simple de la historia [...]. Simplemente dice que cada uno de estos sistemas se aparta, cada vez más, en aspectos cruciales, de la situación originaria del hombre (Hobsbawm, 1972a: 27).

En las décadas de 1960 y 1970 Hobsbawm visitó varias veces América Latina realizando algunas pesquisas sobre resistencias campesinas y constitución del capitalismo en las periferias (Hobsbawm, 2005: 369-370). ¿Por qué se interesó Hobsbawm si su especialidad parecía ser la historia europea? Por un lado, prevalecía su interés por el movimiento de campesinos dirigidos por Hugo Blanco a inicios de la década de 1960 en el Perú, que exigía la distribución de las tierras. Si bien el movimiento campesino fue derrotado, la cuestión de la reforma agraria se instaló definitivamente en la agenda pública: de hecho, el golpe de Estado de 1968 lo convirtió en el eje de su actividad política. Como señaló Rivas (2012), en su primera visita al Perú en 1962 Hobsbawm desarrolló un intercambio con el escritor y antropólogo José María Arguedas, quien lo llevó a conocer las *barriadas* limeñas, en las que se agrupaban los campesinos llegados desde las sierras (Hobsbawm, 2005: 370). Hobsbawm dejó algunos análisis de

la coyuntura política vivida en esos momentos con la “revolución” liderada por el general Velasco Alvarado (Hobsbawm, 1972b).² Por otro lado, había razones más de fondo también para el interés en la historia latinoamericana. Para el historiador nacido en Alejandría ciertas regiones de Latinoamérica son de interés especial para los historiadores del pasado europeo, porque proporcionan ejemplos contemporáneos de un proceso que Europa ya ha sufrido, es decir, la transición al capitalismo. Así, teniendo presentes los cambios que han ocurrido en el propio proceso, los historiadores pueden estudiar, en el contexto latinoamericano, los complejos (y a veces aparentemente contradictorios) cambios político-económicos de la transición al capitalismo agrario, y también las luchas pre-políticas y políticas que surgen de él (Hobsbawm, 1972b).

Es decir, creía posible encontrar claves de la historia universal en el análisis de la transición al capitalismo que vivió (¿vivía?, ¿vive?) América Latina. El continente americano se presenta casi como un ámbito de experimentación *in vivo* de experiencias por las que pasó el continente europeo. Tomemos nota de esta pretensión de Hobsbawm de encontrar fuera del Viejo Mundo las mismas etapas históricas por las que pasó Europa, ya que es deseo es una constante en los artículos y libros aquí analizados. Vemos que la intención historiográfica de Hobsbawm no se ha apartado nunca de esa perspectiva que ha tenido desde sus primeros trabajos hasta la actualidad: la historia de la inserción del capitalismo a escala mundial, y las resistencias —arcaicas en los países periféricos y clasistas en los centrales— que ha generado. A finales de los años sesenta esa preocupación se cruzó con la polémica acerca de los modos de producción en América Latina, que protagonizaron, entre otros, Ruggiero Romano, Ernesto Laclau, Rodolfo Puiggrós y André Gunder Frank (Malerba, 2010). Esta discusión apuntaba a clasificar al continente en alguna línea evolutiva señalada por Marx y Engels. La postura que sostenía el carácter “feudal” de América Latina intentaba demostrar, por lo general, el carácter desviado de su historia, ya que todavía le restaba superar ciertas fases históricas inevitables de desarrollo histórico (entre otras, las “revoluciones burguesas” contra los “señores”).

² Entrevistado mucho tiempo después acerca de su paso por el Perú de entonces, no dejaba de recordar con pesimismo lo que a su entender fue una oportunidad perdida: “Siento sobre todo un profundo disgusto por las oportunidades perdidas durante los años de Velasco. Quizá no fue un movimiento revolucionario, pero sí tenía genuinos deseos de justicia. Recuerdo esos años, cuando discutía con gente de la izquierda peruana que se oponía a Velasco diciendo que no era más que un reformismo burgués. Yo les decía: ‘si ustedes pueden hacerlo mejor, excelente’. Lamentablemente no fue así. Creo que esta experiencia fue lo más positivo de la historia peruana contemporánea, y lamento que haya fracasado” (Panfichi, 2012).

Dejemos por un momento este tema de la evolución histórica y el problema de las etapas (salteables o no) y tratemos de ver cómo se caracteriza a las economías latinoamericanas del siglo XIX. Recordemos que estas son el supuesto escenario de una transición y que deben ser comprendidas en el proceso mucho más abarcador del avance global del capitalismo. Para el historiador británico, se trata de economías duales, donde conviven sectores absolutamente “modernizadores” (en el sentido de integrados al mercado capitalista) con otros no afectados por estas fuerzas. ¿Cómo interpreta Hobsbawm a este proceso de expansión capitalista que parecía no tener límites a fines del siglo XIX y que afectaba solo en parte a las sociedades del continente americano? Lo observa como un proceso ininterrumpido e irresistible, pero que implicó variados tipos y grados de penetración y transformaciones. Para el caso del Perú, aunque no lo afirma directamente, parece datar a esta expansión desde el siglo XVI, ya que dice que se sirvió de instituciones prehispánicas como el servicio de mita. Así, el estudio de La Convención permite percibir que “el mismo crecimiento del mercado capitalista, aun habiendo alcanzado cierto estadio, utiliza formas arcaicas de dominación de clase, propia de los comienzos del desarrollo” (Hobsbawm, 1970: 21). El impulso capitalista mundial requería de los indígenas trabajos y productos agrarios. Paralelamente, los españoles introdujeron y mantuvieron una economía monetaria, que cuantificaba en metal las deudas, obligaciones y trabajo. A su vez, la introducción de una clase separada de señores “individuales” probablemente con propiedad privada de tierras y sin relaciones orgánicas con la comunidad campesina fue una innovación en términos del Perú, a pesar de que en términos de los españoles pudo ser considerada una adaptación de conocidas instituciones europeas precapitalistas (Hobsbawm, 1978: 51).

La expansión de la economía capitalista se sostuvo a partir de relaciones sociales de producción que eran capitalistas. El capitalismo mundial —entiende— pudo crecer sin que existan en todo el mundo relaciones capitalistas. Las relaciones comerciales agrarias, por ejemplo, forman parte de un mercado capitalista generalizado y a él se subordinan. El ejemplo más claro resulta la existencia de la esclavitud en las plantaciones caribeñas entre los siglos XVI y XIX.³ Hobsbawm entiende el esclavismo como una respuesta específica a necesidades del mercado capitalista mundial bajo condiciones especiales (entre otras, la ausencia de fuerza de trabajo voluntaria y en número suficiente). Para el caso de América Latina, su carácter “feudal” no fue un obstáculo para su incorporación a ese

³ “A pesar de que un dueño de plantación esclavista debió evidentemente realizar cálculos económicos similares a los de cualquier otro productor para un mercado mundial, no puede ser identificado ni económica ni socialmente con un empresario capitalista” (Hobsbawm, 1978: 53).

mercado mundial. En este último escrito, no aparece claramente señalado el período en que se está analizando, ya que pasa intermitentemente del siglo xx a los primeros años de la organización colonial sin señalar diferencias claras. Da la impresión, por momentos, de que el “feudalismo” y el “neofeudalismo” convivieron en el continente americano, pero no se indica en qué períodos o espacios lo hicieron. Este embrollo permanecerá sin aclaración en los textos de Hobsbawm. Respecto de la sociedad colonial dice:

... los ordenamientos feudales o cuasi-feudales son [...] complejos dado que se imponen casi siempre a una población preexistente dotada de una propia estructura social y aunque en menor grado porque estos ordenamientos estuvieron posiblemente influenciados por las tradiciones, instituciones y leyes traídos por los conquistadores y derivados de la Europa “feudal” (Hobsbawm, 1978, p. 53).

Hobsbawm intenta describir a las instituciones económicas y los sujetos sociales coloniales con el objetivo de demostrar que su carácter no capitalista no era un obstáculo para su articulación a un mercado capitalista mundial. Así, hace mención a la creación de la hacienda (“verdadero establecimiento rural señorial en las Américas”), institución originalmente no prevista en la política colonial e incluso opuesta a ella. Las haciendas no eran “feudales” en un sentido institucional –la propiedad no implicaba estatus de nobleza– ni económico –entraba en un mercado de tierras medianamente libre–. El propósito de la hacienda era obtener ganancias a través de la venta de la producción agraria a un destinatario supralocal. Este objetivo, en las condiciones americanas de mercado inestable y desfigurado por la administración colonial, sostiene Hobsbawm, pudo llevar, paradójicamente, hacia comportamientos no capitalistas: “Las haciendas pueden estar dentro o al margen de una economía capitalista de mercado, pero no fueron necesariamente empresas capitalistas” (Hobsbawm, 1978: 55). Para graficar estas conductas del siglo xvi recurre curiosamente a la reproducción del testimonio de un hacendado en tiempos del porfiriato (!!) acerca de sus actitudes hacia el mercado. Dejemos de lado por un instante la crítica metodológica que se le pueda hacer al hecho de usar fuentes escritas a finales del siglo xix para ilustrar fenómenos ocurridos trescientos años atrás. Es válido preguntarse por las razones que plantea Hobsbawm para considerar como un solo bloque histórico, homogéneo e inalterable, a los cinco siglos transcurridos desde la llegada de Colón hasta la actualidad, y al espacio que va de México al Perú.

¿Cómo actuaba este hacendado colonial, quien debía llevar a América Latina hacia el capitalismo y por el contrario, la embarcó en la re-feudalización? Es especialmente interesante la forma en que analiza la “mentalidad” de los hacendados, contraponiéndola a aquella que poseían los empresarios capitalistas al otro lado del Atlántico. Aquí parece encontrar la respuesta al “atraso” del continente en ingresar a las formas capitalistas. La lógica del terrateniente apuntaba a obtener ingresos regulares antes que a lograr fluctuaciones violentas de las ganancias y pérdidas (como sucede en los mercados abiertos). De ahí que la actitud del hacendado variara lentamente hasta convertirlo en un rentista “que busca un ingreso acorde con su status social sin preocuparse demasiado por la administración de la hacienda mientras pueda disfrutar de aquel” (Hobsbawm, 1978: 55). Este sujeto estaba más preocupado por el prestigio asociado a poseer grandes extensiones (y a muchas personas viviendo en ellas como allegados o “siervos”) que por la riqueza.

Ahora bien, si el comportamiento del hacendado es “semi-feudal”, ¿qué sucede con las relaciones de producción dentro de la hacienda? Pues para Hobsbawm, su organización interna solo puede recibir la etiqueta de “feudal”. La afirmación se basa en la similitud de las prestaciones exigidas a los campesinos por los señores de los Andes y la nobleza europea del Medioevo. Estas relaciones de vasallaje no son residuos de un pasado tradicional, sino que recobran fuerza e importancia a partir de la creciente producción de las haciendas con destino al mercado. Es decir, cuanto más importante se tornó la demanda y más atractivo se volvió el mercado de exportación de bienes de primera necesidad, más se profundizaron los vínculos “feudales” en el interior de las unidades productivas. Para ilustrar este fenómeno, tomó como ejemplo la provincia peruana de La Convención, donde el “feudalismo” estaba más claramente desarrollado en 1950 que en 1910. Allí las economías de mercado se basaban en “la servidumbre de la gleba, la pequeña propiedad campesina, la aparcería o las pequeñas posesiones de los pioneros, la emigración estacional de la mano de obra o de los trabajadores bajo contrato y también sobre el régimen de modernización de capital intensivo y *labour saving*” (Hobsbawm, 1970: 2). Entre los años cuarenta y cincuenta los cultivos de té, café y cacao dieron un salto cuantitativo espectacular. La extensión de las vías férreas y el violento crecimiento demográfico tras una caída igualmente drástica por una peste en los años treinta son los elementos que el historiador inglés tiene en cuenta para entender esta expansión de los cultivos de exportación. A estos factores internos le suma otros de carácter internacional, como el *boom* del consumo de materias primas durante la segunda guerra mundial y el conflicto de Corea. A

los latifundistas de La Convención les apareció una oportunidad muy rentable en el mercado mundial, pero a la vez quedaban expuestos a “riesgos mayores de los asumidos hasta entonces” (Hobsbawm, 1970: 7).

¿Cómo era el sistema productivo agrícola de La Convención, que se enfrentaba al desafío de un mercado mundial expectante de sus productos? La respuesta viene en el mismo sentido de las anteriores afirmaciones: “Aunque parezca raro, el sistema adoptado por los propietarios de La Convención se asemejaba a la servidumbre de la gleba en la Europa del Medievo” (Hobsbawm, 1970: 9).⁴ Dado que era una región caracterizada por la escasa población y el latifundismo: “Los hacendados tenían grandes cantidades de tierra sin utilizar y carecían de mano de obra, pero en sus manos estaba el suelo y el poder político” (Hobsbawm, 1974). En ese marco se implementó una salida “feudal” a los problemas de organización de la producción y reclutamiento de fuerza de trabajo: entrega de parcelas a cambio de trabajo en tierras señoriales, sin seguridad en la conservación del arriendo ni derecho alguno al reconocimiento de las mejoras introducidas por el arrendatario.

En ese marco, el único límite que encontraba la ganancia de los hacendados era la de todas las formas de feudalismo, es decir, “la incompetencia administrativa y financiera, la tendencia a arrojar el dinero por la ventana a causa de los gastos lujosos” (Hobsbawm, 1970: 14). Por estos motivos, entiende Hobsbawm, el gran propietario no tiene necesidad de maximizar la producción agrícola destinada al mercado de exportación ni aumentar la productividad. Las ganancias que se obtienen por medios no capitalistas tradicionales están aseguradas a partir de la coacción extra-económica que ofrecen en los sistemas paramilitares de control de los trabajadores. Debido a esta serie de comportamientos “irracionales” (de acuerdo con la racionalidad burguesa que apunta a la maximización de las ganancias), entre los arrendatarios “hay más *kulaks* y capitalistas agrarios potenciales que los posibles entre los hacendados”. En la zona aparecieron los pequeños propietarios orientados a una economía de mercado que contrataron trabajadores (convirtiéndose, según Hobsbawm, en futuros *kulaks*).

En otro trabajo, Hobsbawm (1974) retoma el caso de La Convención, pero para analizar las respuestas campesinas a las presiones de los hacendados. La

⁴ Los arrendatarios tenían distintas obligaciones y de muy variada naturaleza para con el hacendado. Entre ellas destacan el transporte de cargas, provisión de trabajo doméstico, mantenimiento de los caminos, pago por el derecho al pastoreo, consumo de leña y ciertas jornadas laborales anuales de los varones en tareas de la hacienda y de las mujeres en la cosecha de coda, entre otras.

agitación campesina de 1962 y 1963 fue liderada, precisamente, por esta clase media rural “kulak” capaz de aglutinar también a los “allegados” en oposición a los latifundistas. ¿A qué apuntaban estos movimientos de protesta? “Su interés mayor era el de convertir el sistema de arriendo ‘feudal’ de la tierra en un sistema capitalista de la misma, o en hacer de él propiedad campesina” (Hobsbawm, 1974: 279). Los campesinos, al parecer, olvidaron sus diferencias sociales con la otra clase y reforzaron los aspectos solidarios de la acción política antilatifundista y antiseñorial. Aunque parezca redundante, vale la pena mencionar que, por momentos, parece estar repitiéndose la interpretación tradicional del marxismo acerca de la transición al capitalismo en Inglaterra (con los *yeomen* como agente de cambio en el ámbito rural) o en Rusia (y los *kulaks* avanzando sobre las propiedades de la nobleza).

¿En qué consiste esta “feudalización dependiente” de América Latina de la que habla Hobsbawm? Según su postura, se trata de una construcción socioeconómica arcaica, pero reforzada por el triunfo del capitalismo a nivel mundial. Se singularizaba respecto del caso europeo por lo que *no* tenía: no implicaba un uso militar de los “peones” por parte de sus “amos”, no partió de una revolución demográfica o económica que obligara a un replanteo de las relaciones agrarias y las ciudades y centros mineros no invitaban a un desarrollo agrícola mayor del existente a fines del siglo XIX.⁵ La mayoría de la población, de carácter rural, se autoabastecía de alimentos. Al parecer, los únicos productos comercializables en gran escala eran los ganaderos, que ocupaban el mayor volumen de la economía señorial. Nuevamente encontramos aquí una fuerte neblina acerca de las fronteras temporales en las que se movía Hobsbawm: no sabemos a partir de cuándo se puede hablar de “neofeudalismo”, ya que lo mismo habla del siglo XVI como de mediados del siglo XX. Nótese que, como prueba de la supremacía de la ganadería antes de la implementación del “neofeudalismo”, Hobsbawm menciona que en 1962 la ganadería extensiva ocupaba más de la mitad del área en uso agropecuario en Colombia. En general, sostiene, el sistema “neofeudal” se extiende hasta la década de 1930 en toda América Latina, pero de cualquier manera existen casos excepcionales como La Convención. Es decir que este fenómeno de “neofeudalismo” abarca muchas áreas del continente hasta no hace mucho. Desde fines del siglo XIX, se ampliaron las haciendas, se expropiaron las tierras comunales, se aplicaron mecanismos de coerción extraeconómica a los trabajadores para continuar la expansión de la actividad agrícola. ¿Cuándo

⁵ Hay que tener en cuenta dos elementos que fueron fundantes de este modelo: “El espacio limitado de cualquier producción en gran escala para un mercado capitalista y las limitaciones de la empresa agraria basada en servicios” (Hobsbawm, 1978: 56).

se instaló definitivamente este modelo? No lo sabemos, pero Hobsbawm al menos ha establecido una serie de condiciones que se debían cumplir para que su instalación fuera exitosa.⁶ Vale preguntarse si Hobsbawm en realidad no lo consideraba vigente al momento de escribir sus textos en la década de 1970. Porque al parecer, “está claro que el ‘neofeudalismo’ fue (o es) una respuesta a la vez marginal y transitoria al desarrollo de una economía capitalista mundial, por lo menos en América Latina” (Hobsbawm, 1978: 62).

Una buena parte de la tierra cultivable se asignaba a los campesinos, por el sistema “feudal” a cambio de prestaciones y servicios, retirando de esta manera recurso que podrían ser destinados al mercado. Esto lleva, como decíamos inicialmente, a la existencia de una economía dual, en la que comunidades indígenas autoabastecidas no interactuaban con haciendas de ganadería extensiva. He aquí el problema central según Hobsbawm: “El límite esencial para el máximo desarrollo de cualquier tipo de agricultura para el mercado en gran escala, fue, por tanto, un campesinado que no necesitaba ni deseaba trabajar ni en el sector señorial ni en el sector capitalista de la agricultura” (Hobsbawm, 1978: 58). La única manera de convertir a esta masa en mano de obra disponible fue la expropiación de tierras, tarea ampliamente desarrollada en América Latina a partir de 1850, según ha mostrado la bibliografía a esta altura, canónica (Cardoso y Pérez Brignoli, 1987: cap. 4; Duncan y Rutledge, 1988). En este sistema, los “señores” retienen considerables poderes de coerción extraeconómica a la vez que sus extensas propiedades rústicas. Así planteado, el modelo orientaba hacia la implementación de formas de explotación económica que aprovechan esas características (tierra escasa, población densa y renuente a participar como proletarios rurales). ¿Cómo reaccionaron los campesinos frente a esta presión?

Rebeldes primitivos

Los movimientos sociales analizados por Hobsbawm en *Rebeldes primitivos* pueden describirse —en palabras de su autor— como formas “primitivas” o “arcaicas” de agitación social (Hobsbawm, 1974: 9). La intención es analítica a la vez que descriptiva, ya que desea plantear una nueva manera de interpretar estos fenómenos, que por lo general han sido considerados muy diferentes

⁶ Ellas eran: “a) el sistema de hacienda estaba bien establecido; b) la tierra alternativa para los campesinos no era fácilmente obtenible o deseada; c) los señores sufrieron de cierto grado de escasez de mano de obra y d) la expansión de la producción comercial fue extremadamente rápida” (Hobsbawm, 1978: 62).

de las revoluciones modernas. Los temas del libro no son clasificables dentro de este último tipo ni entre las rebeliones y herejías medievales. Simplemente, parecen contar con elementos de ambos mundos. Sus participantes son gentes de carácter prepolítico “que todavía no han dado o acaban de dar con un lenguaje específico en el que expresar sus aspiraciones tocantes al mundo” (Hobsbawm, 1974: 11). ¿Por qué se caracterizan las personas que participan de estos movimientos? ¿En qué se diferencian de las involucradas en otras formas más modernas de resistencia? Vale la pena reproducir la extensa cita con la que señala Hobsbawm las señas particulares de estos sujetos:

Los hombres y mujeres de que aquí nos ocupamos [...] no han nacido en el mundo del capitalismo [...]. Llegan a él en calidad de inmigrantes de primera generación, a lo que resulta todavía más catastrófico, les llega este mundo traído desde afuera, unas veces con insidia, por el operar de fuerzas económicas que no comprenden, sobre las que no tienen control alguno; otras con descaro, mediante la conquista, revoluciones y cambios fundamentales en el sistema imperante, mutaciones cuyas consecuencias no alcanzan a comprender, aunque hayan contribuido a ellas. Todavía no se desarrollan junto con la sociedad moderna o dentro de ella; son desbravados a la fuerza para acoplarlos a las exigencias de esta sociedad, o lo que se da con menos frecuencia, irrumpen en ella (Hobsbawm, 1974, p. 12).

Dentro de estos movimientos se encuentran algunos episodios ocurridos en La Convención. Las revueltas campesinas de los años sesenta son también caracterizadas como movimientos “arcaicos” ya que fueron protagonizados por sujetos con visiones prepolíticas.⁷ Hobsbawm afirma, en uno de sus textos, que la indumentaria de los trabajadores rurales de La Convención era “más moderna” que en las sierras. Además, el castellano y la alfabetización se han extendido bastante entre los miembros de los sindicatos. ¿A qué se deben estos fenómenos tan particulares dentro de los trabajadores peruanos? La respuesta estriba en que

... una gran parte de esta modernización pueda que se deba, naturalmente, a la influencia de la organización comunista [...]. En sociedades como las latinoamericanas el campesino carece de derechos, está oprimido y recibe de un modo permanente un trato infrahumano, por lo que todo

⁷ Hobsbawm entiende que, por ejemplo, el bandolerismo es un fenómeno universal de todas las sociedades que se encontraban entre una fase evolucionada de organización tribal o clánica y la moderna sociedad capitalista industrial.

movimiento que llega y le dice que es un ser humano y tiene derecho, ha de ejercer algún atractivo. El comunismo es un movimiento de esta clase, y en general, el único que lo hace (Hobsbawm, 1974: 82).

Dejemos aparte la discusión acerca de qué entiende el historiador inglés por “modernización”. Solo indicaremos que la analogía que se establece entre “modernización” y castellanización/alfabetización/homogeneización de consumo textil/ideología comunista es sumamente interesante para describir algunos de los preconceptos existentes en su obra. En otro trabajo menciona algo similar:

Opino que no hay modernización, o si la hay, es muy lenta e incompleta, cuando el asunto queda entre manos exclusivamente campesinas. La hay, en cambio, completísima y coronada por el éxito, si el movimiento milenarista se enmarca en una organización, una teoría y un programa que lleguen a los campesinos desde afuera (Hobsbawm, 1974, p. 17).

Hobsbawm parece entender que solo los elementos externos al sistema campesino permiten su quiebre y desestructuración. Cuando Hobsbawm comienza a explicar los movimientos campesinos de 1962 y 1963, la presencia de fuerzas ideológicas y políticas urbanas es el elemento analítico central. Porque los campesinos “estaban demasiado acostumbrados a ser objeto de explotación, a resultar sometidos, a no hacer valer sus derechos” (Hobsbawm, 1970: 16) y no podían *per se* generar este tipo de resistencias.

¿Por qué los campesinos se empeñan en no desear el capitalismo sabiendo que luego sobreviene (inevitablemente) el socialismo? ¿Por qué los hacendados no hacen estallar las trabas sociales a su desarrollo económico y se transformaron en ágiles empresarios, cual *yeomen* del siglo XVIII?, ¿por qué no ofrecían sueldos más altos a sus trabajadores?, ¿por qué no introducían tecnologías de punta, que permitiesen aumentar la productividad agrícola? Estas dudas parecen guiar varios tramos del texto y permiten entender un poco más el trasfondo personal e ideológico de los escritos de Hobsbawm. Este halla la respuesta en que “mientras el incentivo de los señores para modernizar su economía siguió siendo [...] débil, la típica hacienda tradicional no tuvo problemas insolubles de mano de obra” (Hobsbawm, 1978: 60). Este sujeto social pudo establecer en sus tierras (a medio explotar, por otro lado) un número suficiente de trabajadores con parcelas que satisfacían sus demandas. El enganche por deudas, la migración con pago adelantado, la coerción y la expropiación formaron parte de las técnicas patronales usadas para asegurar la disponibilidad de mano de

obra en este modelo “neofeudal”, forma aberrante de lo que debió haber sido una expansión “normal” del capitalismo.

Categorías, modos y clasificaciones

La utilización por mí de términos como “feudal” acaso se preste a la crítica de los medievalistas, pero como el argumento del texto no sufre de la sustitución de este por otro término, o de su omisión, no me parece necesario explicarla ni defenderla (Hobsbawm, 1974, p. 23).

Es útil prestar atención a los conceptos que usa Hobsbawm en sus análisis. Son extremadamente claras las referencias tanto al mundo medieval como a la jerga de estudio de la transición al capitalismo. Conceptos como *gleba*, *kulak*, “servidumbre” o “señoríos” aparecen permanentemente en estos textos. Obviamente la presencia de este instrumental conceptual está hablando del modelo teórico marxista utilizado para la comprensión de la sociedad “feudal” de Europa y otras “formaciones sociales”. Valga como botón de muestra señalar que en uno de los trabajos analizados se incluye un cuadro estadístico que indica la cantidad de “señores, siervos y campesinos independientes” existentes en algunos departamentos peruanos en el siglo xx. Ya tendremos ocasión en las conclusiones de volver al problema del traslado acrítico de categorías.

Es interesante cruzar este análisis que Hobsbawm hizo a finales de los años sesenta e inicios de los setenta con lo que postulaba en 1962 sobre las discusiones entre los marxistas acerca de los modos de producción. Sostenía que esa polémica dio por resultado dos tendencias:

... una que simplifica el enfoque de Marx y Engels y reduce las principales formaciones socioeconómicas a una única escalera por la cual todas las sociedades humanas ascienden escalón a escalón, pero a diferentes velocidades, por la que todas, eventualmente, llegan hasta la punta [...]. El enfoque unilineal conduce también a la búsqueda de las ‘leyes fundamentales’ de cada formación, que expliquen su pasaje a la forma siguiente más elevada (Hobsbawm, 1972a, pp. 43-44).

La segunda tendencia, a la que parece rechazar abiertamente, ha extendido el predominio del modo feudal en desmedro del “asiático” y el “antiguo” (Hobsbawm, 1972a: 44 y ss.). De acuerdo con lo que hemos analizado hasta aquí

de sus textos, Hobsbawm parecería sentirse más a gusto en esta posición, sin embargo, realiza un balance que suena diferente respecto de lo leído hasta aquí.

El resultado final de toda esta variedad de tendencias ha sido poner en circulación una vasta categoría de “feudalismo” que abarca los continentes y los siglos, y comprende desde, digamos, los emiratos del norte de Nigeria a la Francia de 1789, desde las tendencias visibles en la sociedad azteca en vísperas de la conquista española a la Rusia zarista en el siglo XIX. En realidad, es probable que todos estos casos puedan ser colocados bajo una única clasificación general de este carácter, y que todo esto tenga valor analítico. Al mismo tiempo, es claro que sin una buena medida de subclasificaciones y de análisis de subtipos y de etapas históricas individuales, el concepto general corre el riesgo de llegar a ser demasiado poco manejable. Se han intentado varias de estas subclasificaciones, por ejemplo “semi-feudal”, pero hasta ahora la clasificación marxista del feudalismo no ha obtenido progresos de significación (Hobsbawm, 1972a, p 46).

Hobsbawm ya había olvidado esta sutileza teórica y analítica y no tenía mayores problemas en etiquetar de la misma manera al siglo XVI y a los inicios del XX. Lamentablemente, el mismo historiador inglés que daba una serie destacada de consejos y advertencias, fue quien los desoyó.

Conclusiones

Ni quienes niegan la existencia del progreso histórico ni quienes (basándose con frecuencia en los escritos del Marx inmaduro) ven en el pensamiento de Marx simplemente la exigencia ética de la liberación del hombre, encontrarán aquí apoyo alguno (Hobsbawm 1972a, p. 7).

Repasaré ahora algunas de las premisas –todas discutibles y precarias– a las que he llegado a través de este pequeño análisis de obras de Hobsbawm. Decía que la intención era encontrar los principales argumentos esgrimidos, pero no refutarlos, especialmente en lo que hacía a la historia de América Latina y los conceptos utilizados. Sus escritos tienen una evidente carga de marxismo eurocéntrico: uno de los elementos que se descubre muy rápidamente, y que debe señalarse, es la presencia de categorías usualmente utilizadas para caracterizar al mundo medieval europeo. Este uso de ninguna manera es privativo del historiador inglés, sino que en el período en que escribe se estaba desarrollando

una muy intensa polémica (y varios años después, en apariencia poco fructífera) acerca de los “modos de producción” por los que había atravesado (y por lo tanto, debía atravesar) América Latina en su trayectoria histórica. Hobsbawm terea en esta discusión, principalmente en la introducción a las *Formen* (1972a). Su posición variará con respeto a lo que escribía en 1972, cuando criticaba el abuso de conceptos de “feudalismo” y su extensión desmedida a casi todas las formaciones sociales precapitalistas. Lo interesante de su postura es que trata de incluir al presente en su análisis, superando las posiciones historiográficas que tenían –supuestamente– solo al pasado por objeto de estudio. A partir del modelo de desarrollo histórico europeo (a fuer de ser preciso, el inglés) se medían las desviaciones de otras sociedades. De ahí las justificaciones y el traslado mecánico y ahistórico de conceptos usados en la historiografía europea para entender otras sociedades. Bajo el modelo histórico inglés de transición al capitalismo se medían las racionalidades de los hacendados latinoamericanos y sus sociedades. De ahí que todo apareciera ante sus ojos como “feudal” o “neofeudal” o al menos como premoderno. Ejemplo de este posicionamiento es su creencia en que el estudio de la transición al capitalismo en América Latina aporta las claves necesarias para entender el pasado europeo. Es similar a la pretensión que existía entre algunos antropólogos y etno-historiadores por asimilar la vida de los primeros *sapiens* con las tribus “primitivas” todavía presentes en el siglo xx. La pretensión de equiparar el presente latinoamericano con el pasado europeo quizás mantenga algunos residuos de esta creencia en un modelo de evolución histórica unilineal.⁸

En este análisis resultó imposible distinguir cuando Hobsbawm se refiere a “feudalismo” o a “neofeudalismo”, cuáles son sus límites y especificidades. Afirma que un modelo neofeudal fue una respuesta a un mercado interior reducido, en buena medida compuesto por una población que producía sus propios alimentos y vestimentas y que no estaba dispuesta a emplearse en otras tierras. Pero ¿hasta cuándo se mantuvo vigente el “neofeudalismo”? Por momentos parece ser un proceso anterior a la industrialización de la década de 1930, pero no queda claramente señalado. Considera como una unidad a la historia de América Latina desde el siglo xvi hasta bien entrado el siglo xx, en

⁸ Hobsbawm escribió que “la teoría general del materialismo histórico exige solo que haya una sucesión de modos de producción, no necesariamente de cualquier modo en particular y quizás no en un orden predeterminado en especial. Marx pensó poder distinguir cierto número de formaciones económico-sociales y en una cierta sucesión. Pero si se hubiera equivocado en sus observaciones, o si estas estuvieran basadas en una información parcial y, por lo tanto, equívoca, la teoría general del materialismo histórico permanecería incólume” (Hobsbawm, 1972a: 12).

la medida que era un capitalismo incompleto, periférico y hasta aberrante. Es un mundo en el que, como vimos, un relato de un hacendado de tiempos de Porfirio Díaz puede servir muy bien para ilustrar acerca de los encomenderos peruanos del siglo XVI. Las técnicas de los patronos y capataces para “enganchar” peones parecen haber sido las mismas desde los tiempos de Pizarro, caracterizadas por la coerción, el engaño y el fraude. Para su supervivencia, la economía capitalista de América Latina necesita de la existencia de áreas duales, en las que la coacción extra-económica y el servilismo sean la regla.

Los campesinos peruanos participaban —como los ladrones catalanes o los herejes— de movimientos prepolíticos. Asimismo, entendía que la modernización (entendida en términos estrictamente económicos, por momentos) solo puede venir promovida por un agente externo al mundo agrario. En este caso particular, el encargado de introducir las ideas renovadoras y modernizadoras dentro de la población rural era el Partido Comunista Peruano. ¿Qué significa para Hobsbawm ser moderno? La modernidad, de acuerdo con lo que dio a entender en alguna cita antes seleccionada, estaba dada por el uso de ropa no radicional (no producida para y por las comunidades campesinas), la generalización del castellano en lugar del quechua y la alfabetización (también en lengua castellana). La modernización debe ser impuesta de raíz, entendía el historiador inglés, dejando de lado no ya las arcaicas estructuras productivas, sino las mismas costumbres e idiomas utilizados consuetudinariamente. Ciertamente, Arguedas no lo habría acompañado en esta perspectiva.

Hobsbawm compartía algunos de los desprecios comunes del marxismo tradicional por el campesinado, que solía ser considerado un objeto más de sospecha que de devoción. Su prescindencia del mercado, su inorganicidad como clase y su conservadurismo cultural y político han sido reiteradamente señalados en estos análisis como elementos que eliminan a perpetuidad la aparición de situaciones revolucionarias o siquiera reformistas. Dentro de buena parte del marxismo occidental se seguía pensando en las décadas de 1960 y 1970, más allá del éxito de la revolución china, que los campesinos debían ser proletarizados para tener la posibilidad de evolucionar hacia relaciones de producción agrarias inicialmente de tipo capitalista y luego socialista. En los textos de Hobsbawm, los campesinos aparecen como sujetos pasivos, sumidos, dependientes, sometidos por la costumbre de la opresión (e incluso cómplices con esa situación). El campesinado se manifiesta simplemente como el gran obstáculo al desarrollo capitalista de la agricultura, dado que se autoabastece de alimentos, no se muestra dispuesto a emplearse como asalariado en las haciendas y, por último, ocupa y vive sobre tierras que podrían recibir una utilización con un mayor nivel de

productividad económica. A esta condición de víctimas pasivas, se le suma la de ser sujetos “feudales” en situación de dependencia e incertidumbre en cuanto a su futuro. Esta situación, en una coyuntura especial y bajo el influjo de estas fuerzas externas al sistema, fue lo que unió al *kulak* rico con el peón pobre. Si algo le enseñó el movimiento campesino de La Convención fue “el potencial político de las secciones no tradicionales, modernizadoras del campesinado” así como “la relativa falta de iniciativa de las capas más pobres y oprimidas, los jornaleros o minifundistas” (Hobsbawm, 1974: 296). Nuevamente volvemos a encontrar aquí el esquema explicativo en que los protagonistas de la historia son los actores más “modernos” frente a aquellos otros que tienen todavía un nivel arcaico de conciencia y que deben resignarse a su papel de eternas víctimas o idiotas útiles de los demagogos, la Iglesia o los díscolos de la clase dominante.

Bibliografía

- Assadourian, Carlos *et al.* (1974). *Modos de producción en América Latina*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 40.
- Cardoso, Ciro y Pérez Brignoli, Héctor (1987). *Historia económica de América Latina*, Tomo II. Crítica: Barcelona.
- Duncan, Kenneth y Rutledge, Ian (comps.) (1988): *La tierra y la mano de obra en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, Eric (1969), “A Case of Neofeudalism: La Convención”. *Journal of Latin American Studies*, vol. 1, n° 1.
- (1970). *La Convención: un caso de neofeudalismo*. Lima: Instituto de Investigaciones Económico Sociales.
- (1972a) [1965]. “Introducción”. En Marx, Karl y Hobsbawm, Eric, *Formaciones económicas precapitalistas*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente, n° 20.
- (1972b) [1971]. *Perú: la revolución particular*. Lima: DESCO.
- (1974) [1959]. *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ariel.
- (1976) [1962]. *Las revoluciones burguesas*. Barcelona: Guadarrama.
- (1977) [1975]. *La era del capitalismo*. Barcelona: Guadarrama.

- (1978). “Los elementos ‘feudales’ en el desarrollo de América Latina”. *Análisis*, n° 5, mayo-agosto.
- (1987) [1984]. *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Barcelona: Crítica.
- (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona: Crítica.
- (1995) [1994]. *Historia del siglo xx*. Barcelona: Crítica.
- (2005) [2002]. *Interesting Times: A Twentieth-Century Life*. Nueva York: The New Press. [Trad. cast.: (2003) *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*. Barcelona: Crítica].
- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.) (2002) [1983]. *La invención de la tradición*, Barcelona: Crítica.
- Kaye, Harvey J. (1989). *Los historiadores marxistas británicos*. Zaragoza: Prensas Universitarias.
- Malerba, Jurandir (2010). *La historia en América Latina. Ensayo de crítica historiográfica*. Rosario: Prohistoria.
- Panfichi, Aldo (2010). “Una entrevista con Eric Hobsbawm (1992)”. *A Contracorriente*, vol. 7, n° 3. Disponible en www.ncsu.edu/project/contracorriente.
- Rivas, Arturo (2012). “Eric Hobsbawm sobre el movimiento campesino peruano y Sendero Luminoso”. *Revista Politeúesthai*, publicado el 3 de octubre. Disponible en: <http://isotes.wordpress.com/2012/10/03/eric-hobsbawm-sobre-el-movimiento-campesino-peruano-y-sendero-luminoso>.

Hobsbawm y Nairn frente al problema del nacionalismo: dos perspectivas enfrentadas en el seno del marxismo británico*

Daniel Lvovich

I

Aunque mucho menos difundida que la amplia controversia en que se involucraron Edward P. Thompson y Perry Anderson, los diversos modos de enfrentar los problemas teóricos y políticos derivados de los vínculos entre el socialismo y el nacionalismo generaron un intercambio polémico, desarrollado de modo esporádico desde fines de la década de 1970 y a lo largo de las dos décadas siguientes, entre dos figuras inscriptas en la tradición del marxismo inglés: Eric Hobsbawm y Tom Nairn. En efecto, la aparición en 1977 de *The Break-up of Britain* de Tom Nairn, libro en que se presenta una valoración positiva de los movimientos separatistas del Reino Unido, constituyó un evento académico y político de importancia para la riquísima tradición intelectual del marxismo inglés. Pese a que varios de los artículos que componen la obra ya habían sido editados a partir de 1970 en *New Left Review*, la publicación del libro de Nairn motivó una severísima crítica de Eric Hobsbawm (1989), cuyos ecos colocaron la temática del nacionalismo en el centro del debate intelectual británico.

* Este artículo fue publicado originalmente en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, n° 13 y 14, primer y segundo semestre de 2003, La Plata.

Desde las páginas de *New Left Review*, Nairn había emprendido a partir de la década de 1960, junto a Perry Anderson, una punzante crítica del conservadurismo político, social y cultural inglés y de sus consecuencias de conformismo e inmovilismo en toda la estructura social, incorporando a su reflexión elementos provenientes del pensamiento continental—particularmente del estructuralismo francés— en un intento por renovar la teoría social desarrollada en Gran Bretaña (Sazbón, 1987: 12).¹

Nairn sostenía que todas las estructuras sociales y políticas británicas fueron moldeadas en el seno de un persistente conservadurismo, que proveyó a una forma estatal arcaica una perdurabilidad inusitada. En esta perspectiva, sostenía que

... el sistema anglo-británico [...] sigue siendo un producto de la transición general que va desde el absolutismo al constitucionalismo moderno, abrió el camino de salida del primero pero nunca llegó genuinamente al segundo. Más aún la peculiar naturaleza híbrida impuesta por esta única experiencia fue confirmada por el triunfo imperialista que logró más adelante (Nairn, 1979, p. 65).²

En crisis política y económica recurrente desde la década de 1950, la salida de tal situación exigiría una ruptura política, “una fractura al nivel del Estado que permita la emergencia de los antagonismos más encontrados y una voluntad de reformar el antiguo orden desde sus raíces”. El Estado británico se hallaba tan profundamente atrincherado en el propio orden social, incluyendo a un movimiento obrero tibiamente reformista y a una intelectualidad liberal-conservadora, “que una simple ruptura política implicaría una revolución social de considerables proporciones” (Nairn, 1979: 40).

Nairn encontraba en el sorprendente florecimiento del nacionalismo escocés en la década de 1970 el factor capaz de encarnar esa ruptura y, con ella, de poner

¹ Sobre la trayectoria de *New Left Review* ver Perry Anderson (2002). Edward P. Thompson formuló una severa crítica a los análisis formulados en la década de 1960 por Anderson y Nairn sobre la historia británica y a sus supuestos epistemológicos en: “The Peculiarities of the English”, publicado como prólogo a la edición inglesa de *The Poverty of Theory and Other Essays* (1978). Para las reflexiones de Anderson al respecto, ver *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson* (1985: cap. 5, “El internacionalismo”).

² La solución de compromiso entre clases con la que se coronaron las guerras civiles y las revoluciones del siglo xvii, la prioridad temporal de la industrialización para la cual “la clase y el Estado patricio proporcionaron las condiciones” (Nairn, 1979: 27), la expansión colonial y el imperialismo resultan los factores históricos a los que el autor asocia la perduración de un Estado al que considera “una reliquia indefendible e inadaptable” (Nairn, 1979: 65).

en jaque la continuidad de un conservadurismo capaz de permear el conjunto de la sociedad.³ De tal modo, sostenía en *La desintegración de Gran Bretaña* que “el tradicional Estado británico se está desplomando” (Nairn, 1979: 15), aunque no a causa de la revolución social sino de la desintegración territorial, ya que “el neonacionalismo se ha convertido en Gran Bretaña en el enterrador del antiguo Estado, y como tal, en el principal factor encaminado a lograr una revolución política de algún tipo, tanto en Inglaterra como en los países más pequeños” (Nairn, 1979: 77-78).

Tal proceso exigía una toma de posición de la izquierda sobre los nuevos nacionalismos, dependiente a su vez de la manera en que se concebía al Estado británico:

Si uno no reconoce que está moribundo, como ocurre con la mayoría de la izquierda inglesa, entonces naturalmente los nacionalismos de Escocia y Gales aparecerán como fuerzas destructivas: como un retorno fundamentalmente irracional hacia siglos olvidados, como una involución a expensas del progreso. [...]. Por otra parte, si se observa al Reino Unido como un *ancien régime* sin ningún derecho particular de supervivencia o de continua obediencia, los movimientos de ruptura se verán a una luz diferente (Nairn, 1979, p. 63).

³ El voto al Partido Nacionalista Escocés (SNP) había alcanzado en octubre de 1974 el 30,4% del electorado, y aunque en los siguientes comicios este porcentaje cayó considerablemente, Nairn considera que el nacionalismo “ha llegado a ser una fuerza permanente y vivaz en la política escocesa”, considerando que en circunstancias desfavorables, un 17,5% del electorado votó en el referéndum de 1978 a favor de la independencia de Escocia (1979: 7-9). Nairn explica la ausencia de un nacionalismo político escocés en los siglos XVIII y XIX, en que tal región cruzó la línea del desarrollo antes que la política y la cultura europea fueran alteradas por el despertar de la conciencia nacionalista. No surgió allí una intelectualidad descontenta, nacionalista, debido a que no existía una disconformidad de la burguesía escocesa respecto de su situación relativa. El motivo del despertar del nacionalismo escocés en la década de 1970 se apoya en tres factores: la incursión del negocio del petróleo, que crea una nueva base material para la vida política, la decadencia del sistema político británico, al que se percibe como una carga insostenible –los escoceses saben que de mantenerse en el Reino Unido, toda la renta petrolera alimentará el arcaico sistema británico– y un legado cuasi nacional, una identidad cultural escocesa fuerte pero jamás movilizadas en términos nacionalistas, reanimada por el separatismo. Para un análisis de las cambiantes opiniones y vinculaciones de Nairn con el nacionalismo escocés, ver Neil Davidson (1999).

II

En 1979, Nairn filiaba su posición frente al nacionalismo en su interpretación de la sustentada por Lenin (1974), en particular en *El derecho de las naciones a la autodeterminación*. La valoración positiva de las luchas de liberación nacional por Lenin radicaba en una perspectiva pragmática que veía a tales fuerzas como aliadas en la lucha contra las viejas dinastías y Estados, al menos hasta el momento revolucionario. De tal modo, un criterio específicamente pragmático –dado por el juicio acerca del valor de los movimientos de liberación nacional en relación con las luchas por el socialismo– gobernaba la lógica leninista acerca de la cuestión. Sin embargo, afirma Nairn, lo provisional y pragmático del leninismo se convirtió en el transcurso del siglo xx en eterno a medida que el capitalismo demostraba su capacidad de resistencia. Así, el intelectual escocés postulaba que “una versión corregida de la vieja concepción leninista es la única posición satisfactoria que pueden adoptar los marxistas con respecto al problema del neonacionalismo” (Nairn, 1979: 75). Tales correcciones deberían atender a una nueva comprensión del Estado capitalista, una vez desaparecidos los viejos imperios dinásticos:

El problema de la concepción de Lenin era que el nacionalismo podía constituir un desvío que en algún sentido fuera válido, contribuyendo a crear las condiciones políticas y el clima general favorable que haga más expedito el camino de la revolución [...]. ¿Por qué esto no habría de ser correcto también en el caso de Gran Bretaña? (Nairn, 1979, p. 78).

Pese a esta aproximación desde el punto de vista estratégico, los fundamentos de la teoría de la nación de Nairn poco le deben a la tradición leninista. Basado en una epistemología de raíces estructuralistas, afirmaba que la imposibilidad del marxismo para dar cuenta del nacionalismo –“el mayor fracaso histórico del marxismo”– no residió en un problema conceptual o subjetivo, sino en que el desarrollo histórico –en las épocas de Marx, Lenin y las dos generaciones posteriores a la Primera Guerra Mundial– no había producido algunos elementos que resultaban necesarios para la comprensión de tal fenómeno (Nairn, 1979: 303). Nairn ha señalado que la concepción marxista del nacionalismo sostuvo siempre la preeminencia de la clase sobre la nacionalidad, a la que consideraba un simple epifenómeno. Adheridos con la mayor determinación a la tradición iluminista, los marxistas mantuvieron como creencia básica que el nacionalismo era un anacronismo destinado a desaparecer. Sin embargo, el propio desarrollo del capitalismo, con su estructural carácter agonal, permitió

percibir que la contradicción principal del capitalismo no reside en la lucha de clases, sino en el desarrollo desigual considerado al nivel del sistema mundial. Pese a que este fenómeno no fue percibido –continuaba– el socialismo se convirtió, en la práctica, en la principal herramienta ideológica que acompañó el rápido desarrollo de muchas sociedades atrasadas, fundiéndose con sus nuevos nacionalismos más que con la conciencia de clase de los trabajadores de los países desarrollados. Si el desarrollo capitalista hubiera sido uniforme, la conciencia nacional se hubiera desarrollado armónicamente, sin conflictos con la conciencia de clase. Pero –concluía– en el mundo del nacionalismo se generan constantes antagonismos entre la nacionalidad y la clase, y en este conflicto la posición del nacionalismo –capaz de proveer una cultura accesible a las masas– presenta ventajas sobre cualquier otra forma de articulación social.

El punto de partida teórico de la reflexión de Nairn sobre el nacionalismo se inspira con claridad en la teoría del sistema mundial de Wallerstein (1979) y en ciertos aspectos de la reflexión de Poulantzas (1973).⁴ Desde esta óptica, no sería la lucha de clases sino la economía política mundial: “la única ‘estructura’ genuina que puede sostenerse para explicar las variadas ‘superestructuras’ de la realidad capitalista (incluyendo el nacionalismo)” (Nairn 1979: 327).

Por ello el nacionalismo es, en tal perspectiva, una totalidad incomprensible fuera del contexto del desarrollo desigual del capitalismo, surgido como un hecho general después que la difusión desigual de la modernización e industrialización –idea que toma de la temprana obra de Ernest Gellner (1964)– ejerciera su primer impacto, tras la doble revolución europea. La precedencia

⁴ Wallerstein precisó sus perspectivas sobre el problema de la nación junto a Ettiene Balibar en *Raza, nación y clase* (1991). En este trabajo, caracterizado por un asfixiante determinismo estructural, deducen las categorías de análisis desde el concepto de economía-mundo, para sostener: “El concepto de ‘raza’ está relacionado con la división axial del trabajo; es decir la antinomia centro - periferia. El concepto de ‘nación’ está relacionado con la superestructura política de este sistema histórico, con los Estados soberanos que constituyen el sistema interestatal y se derivan de él. El concepto de ‘grupo étnico’ está relacionado con la creación de las estructuras familiares que permiten que buena parte de la fuerza de trabajo se mantenga al margen de la estructura salarial en la acumulación de capital. Ninguno de los tres términos está relacionado directamente con el concepto de clase y ello porque ‘clase’ y ‘pueblo’ se definen ortogonalmente, lo cual constituye una de las contradicciones de este sistema histórico...” (Wallerstein y Balibar, 1991: 124). De tal modo: “El sistema interestatal no es un simple entramado de supuestos Estados soberanos, sino un sistema jerárquico regido por la ley del más fuerte [...]. Las desigualdades significativas y firmes aunque no inmutables son precisamente procesos que conducen a ideologías capaces de justificar una posición privilegiada en la jerarquía, aunque también a poner en cuestión las posiciones inferiores. Este tipo de ideologías se llaman nacionalismos” (Wallerstein y Balibar, 1991: 128-129).

del desarrollo de Francia e Inglaterra es en este marco una referencia central. Según Nairn, las sociedades de la periferia europea percibieron las visiones de progreso universalistas como auténticos medios de dominación que encubrían las pretensiones imperiales francesas y el dominio de las manufacturas inglesas sobre las economías locales. Desde el momento en que el desarrollo colocó armas poderosas en manos de las áreas más avanzadas, y “que estas se localizan en un lugar y un pueblo particular y no en un desinteresado centro de una cultura pura”, el resultado es un abismo respecto de las regiones más atrasadas, que se ven forzadas a reclamar el progreso, no en las condiciones impuestas por el centro metropolitano sino en sus propios términos.

Serían específicamente las clases medias de los países de la periferia europea —una vez abandonadas las esperanzas en una expansión del progreso y la civilización que las salvaran del atraso feudal— las que comprendieron que solo un esfuerzo de su parte impediría la dominación económica o militar de los países más avanzados, prefigurando un movimiento que se universalizaría en los siglos XIX y XX. A esta tensión entre progreso y dominación:

Se la podría denominar el dilema “productor del nacionalismo”. Dada la premisa del desarrollo desigual y el impacto resultante que producen los más avanzados sobre los menos avanzados, el dilema es automáticamente trasladado hacia adelante y hacia afuera. El resultado, el nacionalismo, no es básicamente menos necesario. El nacionalismo, a diferencia de la nacionalidad o de la variedad étnica, no puede ser considerado un fenómeno “natural”. Aunque [...] bajo estas específicas circunstancias históricas [...] “el nacionalismo se convierte en un fenómeno natural” (Nairn, 1979, p. 87).

El nacionalismo es, entonces, el rótulo que desde el siglo XVIII se impuso a la lucha contra el imperialismo, la discriminación y la dominación política o militar. En la situación creada por la doble revolución, el nacionalismo empleó la materia prima brindada por los contrastes étnicos, lingüísticos o culturales modificando cualitativamente sus significados. Su expansión —que el autor considera necesaria e inevitable— se desarrolló por oleadas, acorde con su distancia respecto del centro: primero alcanzó a Alemania e Italia, más tarde al resto de Europa, luego a Japón y, con el desarrollo total del imperialismo, al resto del mundo.⁵

⁵ John Breuilly, tras afirmar que la argumentación de Nairn resulta “plausible e impresionante” señala que “no encaja con los hechos” ya que, para ubicar el origen del nacionalismo en los países menos desarrollados, Nairn invierte la real secuencia histórica, ya que el nacionalismo empieza en Europa, antes del establecimiento de los modernos imperios ultramarinos y del desarrollo de

Sin embargo, la postura de Nairn se separa en este punto de las teorías que entienden al nacionalismo como una pura reacción a la expansión colonial e imperialista –como la desarrollada por Peter Worsley (1978)– ya que el desarrollo desigual también afecta a los países centrales. Aunque producto de la periferia, una vez que el Estado ha sido concebido en términos nacionales, las propias áreas centrales se tornan nacionalistas, por lo que este logra una expansión más eficaz en estos casos, dada su abundancia de recursos materiales y humanos.

En la misma lógica argumentativa, la apelación al desarrollo desigual como principio explicativo permite a Nairn dar cuenta de un tipo particular de nacionalismo, el de superdesarrollo, difundido en regiones relativamente más avanzadas que el resto de las entidades políticas a las que pertenecen. El objetivo de este tipo de nacionalismo es librarse del peso muerto de Estados atrasados, como en los casos bohemio con relación al Imperio austrohúngaro, el catalán y vasco en el contexto del Estado español o el escocés con relación al Reino Unido.

Pero el dilema del desarrollo solo se convierte en nacionalismo –afirma Nairn siguiendo a Gramsci– cuando dentro de una sociedad dada es percibido y refractado por los intelectuales. La necesidad de las clases medias de movilizar a las masas para sus objetivos determinará el nuevo complejo político del nacionalismo. Para volverse hacia el pueblo, los líderes deberán hablar su idioma, o convertir en uno a sus dialectos, revalorizar unas culturas que la ilustración había condenado a la extinción y llegar a un acuerdo con la enorme diversidad de la vida campesina. Será esta presencia popular la que impregnará al nacionalismo de su tinte arcaico o primigenio, y la que determinará la presencia, en todos los movimientos nacionalistas, de un carácter populista estructuralmente necesario.⁶

cualquier nacionalismo extraeuropeo. Del mismo modo, el caso alemán del siglo XIX constituye un poderoso contraejemplo: en una primera instancia, su nacionalismo se dirigió hacia los obstáculos internos a su unificación más que hacia un enemigo externo. Existen además dificultades para correlacionar la emergencia del nacionalismo con la explotación y el atraso, ya que muchos movimientos nacionalistas se desarrollaron con anterioridad en las áreas coloniales relativamente poco explotadas y, a la inversa, en áreas de intensa explotación, el nacionalismo no alcanzó con frecuencia demasiada importancia (Breuilly, 1990: 38-40).

⁶ Benedict Anderson ha realizado dos observaciones al respecto. En primer lugar, sobre la base del caso latinoamericano, señala la dificultad para generalizar el vínculo entre el fenómeno nacionalista y la movilización de los sectores populares. En segundo término, advierte que si bien resulta clara la necesidad de las elites nacionalistas de convocar a las masas, es difícil comprender en los términos planteados por Nairn, la causa por la cual esta interpelación llegó a ser tan atractiva para los sectores subalternos (Anderson, 1993: 77-78 y 119-120). Al respecto, es posible sostener que mientras la retórica del populismo invoca indefectiblemente al “pueblo” o la “nación” en

Las versiones más potentes del nacionalismo se dieron en Japón, Italia y Alemania, países que – pese a sus diferencias– combinaban modernas instituciones socioeconómicas con experiencias históricas dolorosas, un estatus secundario, semiperiférico en el contexto internacional y el temor al subdesarrollo. Fueron esos países los que desarrollaron el pleno potencial histórico del nacionalismo:

El nacionalismo es un fenómeno tan proteico, anima en una medida tan considerable la historia moderna, que se puede afirmar que no existe un “arquetipo” de él, ninguna forma simple que ponga de manifiesto su significado. No obstante ello, ante la exigencia de elegir algún espécimen [...] no habría muchas opciones. El fascismo, considerado con la suficiente profundidad histórica, nos dice mucho más sobre el nacionalismo que cualquier otro episodio (Nairn, 1979, p. 321).

Sin embargo, desde una perspectiva puramente teórica resulta imposible, debido a las propias determinaciones que lo explican, diferenciar entre nacionalismos progresivos y reaccionarios:

... todo nacionalismo es a la vez saludable y mórbido. Tanto el progreso como la regresión se inscriben desde un principio en su código genético. Este es un hecho estructural del nacionalismo [...]. Esta ambigüedad expresa solamente la *raison d'être* histórica general del fenómeno. El hecho es que por medio del nacionalismo las sociedades procuran propulsarse hacia cierto tipo de objetivos (industrialización, prosperidad, igualdad con otros pueblos, etc.) *a través de cierto tipo de regresión*, por introspección, deduciendo más profundamente sus recursos naturales, resucitando los héroes y los mitos pasados del pueblo y así sucesivamente [...] es un hecho perfectamente banal de la historia nacionalista que esta búsqueda del espíritu se convierta fácilmente en una completa invención en la cual las leyendas ocupan el lugar de los mitos (Nairn, 1979, p. 322).

Por lo tanto, ya que “toda la familia está manchada sin excepción” (Nairn, 1979: 323) en la medida en que se deba distinguir entre diferentes movimientos nacionales, el juicio político no se puede basar – como en la perspectiva leninista– en la individualización de nacionalismos sino en otro tipo de crite-

contraposición al bloque dominante, o, como lo expresara Laclau, “consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como sintético antagónicas respecto a la ideología dominante”, no se desprende de ello el caso inverso, esto es, el carácter necesariamente populista de todo nacionalismo (Laclau, 1980: 201).

rios, como el carácter de clase de la sociedad en cuestión o su función en las relaciones internacionales.

En consonancia con una sensibilidad frankfurtiana, extrañamente vinculada al predominio estructuralista de la explicación general, Nairn no solo no se mostraba sorprendido por el hecho de que las fuerzas irracionales convocadas para enfrentar el desafío industrializador se hubieran desplegado con la potencia demostrada durante el siglo xx, sino que sostenía que estas han determinado a la totalidad del desarrollo capitalista:

Debido a las tensiones colosales producidas por la industrialización y a la variedad e intensidad de las fuerzas que este desafío desencadenó en pro de una actividad más consciente, no existe *en un sentido general* nada admirable en el surgimiento de la irracionalidad en la historia moderna. Hubiera sido verdaderamente admirable que *no* hubieran existido triunfos temporales contra la Ilustración, como el de la Alemania nazi. [...]. Si se rechaza la mitología del *Doktor Faustus* entonces se vuelve más difícil negar que el fascismo y el genocidio forman parte, de algún modo, de la “lógica” de la historia moderna. Se vuelve más sencillo afirmar que *son* la lógica de la historia moderna. Es decir que las instituciones capitalistas modernas, e incluso la industria y la democracia como tales, son en su totalidad intrínsecamente fascistoides y malignas: los Estados nacionalistas totalitarios de la década de 1930 demuestran hacia donde nos encaminamos (Nairn, 1979, p. 324).

Las previsiones para el futuro del nacionalismo explican que lejos de ser un fenómeno pasado, su difusión futura es inevitable. Aunque el capitalismo ha unificado realmente la historia de la humanidad, lo ha conseguido a costa de un fantástico desequilibrio, a través de antagonismos catastróficos y mediante un proceso de fragmentación socio-política extrema.

III

“En todos mis libros había un capítulo sobre el nacionalismo. Siempre tomé el tema seriamente. Tal vez no pensaba que pudiera volver de este modo tan destructor”, afirmaba Eric Hobsbawm.⁷ En efecto, mucho tiempo antes de publicar su respuesta al libro de Nairn, Hobsbawm había reflexionado sobre la

⁷ *Clarín*, entrevista de Jorge Halperín a Eric Hobsbawm, 2/1/1994.

cuestión en muchas ocasiones. En su primera aproximación histórica a la temática de las naciones y el nacionalismo, Hobsbawm sostiene que la Revolución francesa ofreció el primer modelo, el concepto y el vocabulario del nacionalismo. La identificación del “pueblo” con la “nación” francesa en cuanto portador de la voluntad general, no solo implicó un concepto radicalmente nuevo de soberanía sino que permitió la consolidación de la hegemonía burguesa. Si en un principio los revolucionarios franceses no concebían que sus intereses chocaran con los de otros pueblos, de hecho, la rivalidad y subordinación nacional se encontraban implícitas en el nacionalismo “al que el burgués de 1789 dio su primera expresión oficial” (Hobsbawm, 1987a: 114-115). Tras los intentos revolucionarios de 1830, el ascenso del nacionalismo y la aparición de diferencias en las aspiraciones revolucionarias de cada país terminaron con el internacionalismo unificado al que apuntaban los revolucionarios de la época de la restauración, en consonancia con la emergencia del romanticismo. Esta descentralización del movimiento revolucionario determinará que en 1848 las naciones se levanten por separado, aunque el estímulo para su simultánea erupción procediera todavía de Francia (Hobsbawm, 1987a: 219). En la base de la explicación de Hobsbawm de la emergencia del nacionalismo en la primera mitad del siglo XIX se encuentra una combinación —marcada por el énfasis en la comprobación empírica— de análisis de clases y de los efectos de la alfabetización. Allí donde los intereses de clase se opusieron al absolutismo, en particular en los imperios multinacionales, era natural que el descontento se expresara en términos nacionales, mientras que sectores como el de los comerciantes o industriales, cuyos intereses no se contraponían en general al *statu quo*, prefirieran las ventajas de los grandes mercados a las limitaciones nacionales. A la vanguardia de los movimientos nacionalistas se ubicaban los estratos profesionales bajo y medio, los administrativos y los intelectuales, en suma, las clases educadas. El sorprendente progreso de la educación en el período permitió que, pese a que el número de personas educadas continuara siendo escaso —en toda Europa no había más que cuarenta mil estudiantes universitarios en 1848—, un importante núcleo de personas educadas ocupara roles destinados antes a pequeñas elites. Con ello, los idiomas nacionales se impondrán a partir de sus usos periodísticos, literarios o científicos mediante su difusión a través de la imprenta. Los conflictos respecto de la lengua a utilizarse para fines oficiales y educativos no tardarán en consolidar la posición de los movimientos nacionalistas. Paralelamente, entre el grueso de las masas analfabetas —la amplísima mayoría de la población— la referencia identitaria más poderosa la constituía la religión más que cualquier criterio político (Hobsbawm, 1987a: 239-251).

Allí donde los efectos de la doble revolución no se hicieron sentir es imposible hablar, sostenía Hobsbawm, de nacionalismo. Donde existieron movimientos contra la dominación occidental en este período, su inspiración debe hallarse en fuentes tradicionales y no modernas. En sus trabajos de comienzos de la década de 1970, enfatizaba en el carácter fabricado de las naciones –“invento histórico de los últimos doscientos años” (Hobsbawm, 1983)– destacando la función del Estado en la construcción de la uniformidad nacional, mediante el sistema educativo, la burocracia y el servicio militar obligatorio, obligando así a las minorías a optar entre la asimilación a la cultura de la nación dominante en el Estado o a construir su propio nacionalismo (Hobsbawm, 1977: 132-147).

De tal modo, tanto Hobsbawm como Nairn se inscriben en la tradición “modernista” de análisis, que afirma la naturaleza construida y moderna de la nación y entiende que nacionalismo y naciones sean componentes intrínsecos de un mundo moderno capitalista, industrial y burocrático.⁸ Sin embargo, las consecuencias políticas de las afirmaciones de Nairn trazan un abismo entre ambos intelectuales, por lo que en su crítica a *The Break-up of Britain*, la refinada erudición de Hobsbawm se combina con la diatriba, reemplazando en ocasiones la reflexión por una inmoderada crítica, desarrollada desde una posición cercana a la de un celoso guardián de la ortodoxia leninista. Es desde este rol que le recuerda a su adversario que “Los marxistas, como tales, no son nacionalistas”, ni en la teoría ni en la práctica, dado que por definición el nacionalismo subordina todo interés al de su nación específica (Hobsbawm, 1993a: 98). Por lo tanto, llegar a un acuerdo con el hecho político del nacionalismo y definir las actitudes hacia el mismo debe ser más un problema de juicio pragmático ante circunstancias cambiantes que una cuestión de principios teóricos. Siguiendo el criterio enunciado por Lenin, Hobsbawm señala que tal juicio se debe gobernar por el análisis de la relación de los movimientos nacionalistas particulares con el avance de la causa del socialismo y la posibilidad de movilizar a estos movimientos como una fuerza que colabore en tal dirección. En este sentido, Hobsbawm reivindica la trayectoria del leninismo, por la asociación que permitió entre el marxismo y la liberación nacional en muchas partes del mundo, el apoyo a los movimientos nacionales considerados “progresistas” y la aceptación como cuestión de principio del “derecho a la autodeterminación de los pueblos”. Esto no le impide reconocer, no obstante, que solo en contadas ocasiones los marxistas lograron la conducción de los movimientos nacionalistas, y en muchos casos se han visto subordinados, absorbidos o relegados por el nacionalismo no

⁸ Ver al respecto Anthony Smith (1992: 59; 1997: 47).

marxista o antimarxista. En consonancia con tal posición, Hobsbawm critica a Nairn por deducir del postulado que sostiene que la multiplicación de Estados independientes hasta un término indefinido es un producto inevitable del desarrollo desigual del capitalismo, la necesidad de que esto deba aceptarse como el marco establecido e ineludible de las aspiraciones socialistas. “Esto puede ser así o no, pero solo puede convertirse en una fuerza acogida por los socialistas como tales bajo el supuesto no contrastado de que el separatismo es, en sí mismo, un paso hacia la revolución” (Hobsbawm, 1993a: 106).⁹ Por lo tanto, sostiene Hobsbawm, el problema que para los marxistas presenta esta posición radica en que no hay manera de convertir la multiplicación de Estados nación, como tales, en un mecanismo histórico para generar el socialismo.

La posición de Hobsbawm en torno al problema de la formación de naciones tiene como punto de partida las lecturas más clásicas del marxismo. Mientras el Estado nación del siglo XIX desempeñó un papel crucial para el desarrollo del capitalismo, creando el mercado interno y las condiciones externas para el desarrollo de la economía nacional mediante la organización y la acción estatal, la balcanización del mundo de los Estados en el siglo XX refleja un cambio en el capitalismo mundial: la relativa decadencia de las grandes formaciones estatales como piedra angular de la economía mundial. En efecto, el auge de las transnacionales y de la administración económica internacional ha transformado tanto la división internacional del trabajo como el criterio de viabilidad estatal, permitiendo la emergencia de movimientos separatistas. Independientemente de los méritos de cualquier causa nacional concreta —concluye— la fragmentación favorece el poder de las multinacionales, mientras el separatismo refuerza la presunción de que la independencia estatal es el procedimiento normal para satisfacer las exigencias de cualquier grupo con alguna reivindicación nacional. Tal presunción descarta las numerosas formas de combinar la unidad nacional con formas de descentralización, delegación de poderes o federalismo y elude el problema de cómo organizar la coexistencia actual de diferentes grupos étnicos, raciales, lingüísticos u otros en zonas indivisibles, lo que constituye más la norma que una excepción.

Si el nacionalismo es una ideología que crea naciones donde no las había y si la nación es un artefacto cultural, una construcción moderna que apela para su legitimación a la historia, no todos los grupos diferenciados construyen naciones o nacionalismos, por lo que suponer lo contrario, sería aceptar al nacionalismo en sus propios términos, actitud que según Hobsbawm asume

⁹ Publicado originalmente en *New Left Review*, n° 105, 1977.

Nairn. Por ende, si no todas las naciones están destinadas a formar Estados, el argumento para la formación de cualquier Estado nación siempre deberá ser *ad hoc* y no puede, por lo tanto, existir una teoría general explicativa capaz de dar cuenta de la formación de cada una de las naciones. Por otra parte, Hobsbawm destaca un problema lógico: aceptar la multiplicación de Estados tiene una consecuencia final, que es asumir que el mundo puede subdividirse en un número infinito de micro naciones homogéneas, lo que no es real, y aunque lo fuera, el resultado no sería necesariamente un mundo de Estados nación.

No es de extrañar, entonces, que las previsiones del historiador inglés para el futuro consistan, en línea con el evolucionismo marxista, en una esperanza en la disolución de las naciones:

Si [los socialistas] tienen alguna imagen histórica del orden internacional de un futuro socialismo mundial, ciertamente esta no es la de un mosaico homogéneo de Estados nación soberanos grandes o –como podemos ver ahora– principalmente pequeños, sino la de algún tipo de asociación o unión organizativa de naciones, que posiblemente procederán a la disolución final de lo nacional en una cultura humana global –aunque esta acotación raramente ha gozado de mucha confianza desde el *Manifiesto*– (Hobsbawm, 1993a, p. 100).

En esta óptica, el verdadero peligro para los marxistas es la tentación de acoger el nacionalismo como una ideología y un programa en vez de aceptarlo como un hecho, ya que tal conversión implicaría el abandono de los valores de la Ilustración y la razón.

IV

En *Naciones y nacionalismo* Hobsbawm incorporará su trabajo anterior a una trama más amplia y específica. Advirtiendo que las definiciones objetivas de nación han fracasado porque siempre es posible encontrar casos que no se encuadren en ellas, y que las subjetivas –ya sean colectivas, como la consideración de Renan de la nación como un “plebiscito cotidiano” o individuales, al estilo austromarxista– son por definición tautológicas. Hobsbawm toma como supuesto inicial el tratar como nación, apelando a la intersubjetividad, a cualquier conjunto de personas suficientemente nutrido cuyos miembros consideren ser connacionales, criterio que no puede determinarse consultando con autores o

portavoces políticos que reivindicquen el estatus de nación para tal grupo, ya que el uso del vocabulario del nacionalista, por su vaguedad, poco puede aportar.

El programa de Hobsbawm parte de la base de que es más provechoso comenzar con el concepto de nación y sus transformaciones que con la realidad que representa, ya que mientras “la ‘nación’ tal como la concibe el nacionalismo puede percibirse anticipadamente, la ‘nación’ real solo puede reconocerse *a posteriori*” (Hobsbawm, 1995: 17).

El término “nacionalismo” es empleado por Hobsbawm siguiendo a Gellner (1991: 13), para referir a un principio que afirma que la unidad política y nacional debería ser congruente. El autor sostiene que este principio da a entender que el deber político de los habitantes para con la organización política que engloba y representa a la nación se impone a todas las demás obligaciones públicas, y en casos extremos, como la guerra, a todas las demás obligaciones. Esto distinguirá al nacionalismo moderno de otras formas menos exigentes de identificación nacional o de grupo. El problema nacional, afirma el historiador marxista, se sitúa en la intersección de la política, la tecnología y la transformación social. Las lenguas nacionales estandarizadas no pueden aparecer como tales antes de la imprenta, la alfabetización de masas y la escolarización. Por tal motivo, son fenómenos duales, contruidos esencialmente desde arriba, pero incomprensibles si no se consideran también desde abajo en términos de los anhelos, esperanzas y necesidades de las personas normales y corrientes, no necesariamente nacionales ni nacionalistas.

Tras recorrer las tres tradiciones nacionalistas que distingue —la radical-democrática, la liberal burguesa y la apoyada en criterios étnicos— Hobsbawm rastrea en la historia europea los lazos protonacionales que expliquen ciertos sentimientos de pertenencia colectiva que podrían operar para la consolidación de las naciones modernas, cuyo criterio más decisivo es “la conciencia de pertenecer o de haber pertenecido a una entidad política duradera” (Hobsbawm, 1995: 81), descartando otros como la religión, la etnia o el idioma.

Sin embargo, como bien ha señalado Hilda Sabato (1991: 31), la preocupación de Hobsbawm por desacralizar al nacionalismo no alcanza para entender por qué este caló tan hondamente en las masas populares. En el transcurso de los siglos XIX y XX, Hobsbawm delinea dos grandes corrientes dentro del nacionalismo: una popular, encarnada primero en el jacobinismo y los movimientos revolucionarios de 1830 y 1848, más tarde en el proletariado europeo¹⁰ y, por

¹⁰ En trabajos anteriores, Hobsbawm había sostenido que la conciencia de clase de los trabajadores se articuló históricamente de una manera no antagonica con sanas formas de patriotismo y nacionalismo (Hobsbawm, 1987b; 1993b: 53).

último, en la lucha antifascista y anticolonialista; y otra reaccionaria cuyos sostenedores son siempre los sectores medios. Con esta operación, Hobsbawm salva a los sectores populares de los pecados del nacionalismo de derecha, al costo de una mistificación que impide pensar la reiterada adhesión obrera y popular a esta forma de nacionalismo. Al concluir *Naciones y nacionalismo*, las previsiones de Hobsbawm eran optimistas: el nacionalismo ha dejado de ser la fuerza histórica que fue entre la Revolución francesa y la descolonización. La actual fase de afirmación del “grupo étnico” no tiene un programa político ni es realista en vista de los fenómenos culturales del fin de siglo, su desafío a los Estados nacionales existentes, inevitablemente pluriétnicos y multilingüísticos, no es más que una mera construcción ideológica. No obstante, la fuerza de los sentimientos que delimitan a un “nosotros” de un “ellos” no puede negarse, aunque los fenómenos de xenofobia y racismo representan poco más que un grito de angustia o de furia, un síntoma de enfermedad más que un programa para el futuro. El mundo del siglo XXI, según Hobsbawm: “Será en gran parte supranacional e infranacional, pero incluso la infranacionalidad, se vista o no de mininacionalismo, reflejará el declive del antiguo Estado nación como entidad capaz de funcionar”. Así, ante la nueva reestructuración supranacional del globo, “las naciones y el nacionalismo estarán presentes en esta historia, pero interpretando papeles subordinados y a menudo bastante insignificantes”. Hobsbawm concluye entonces que los éxitos de la investigación histórica en el análisis de las naciones y el nacionalismo “induce a pensar que el fenómeno ya ha dejado atrás su punto más alto. Dijo Hegel que la lechuza de Minerva que lleva la sabiduría levanta el vuelo en el crepúsculo. Es una buena señal que en estos momentos esté volando en círculos alrededor de las naciones y el nacionalismo” (Hobsbawm, 1995: 201-202).

En los años siguientes, el recrudecimiento de los conflictos étnicos y nacionales en Europa demostró que el pronóstico de Hobsbawm no podría haber sido más equivocado, y su posición cambió radicalmente. En su conferencia de 1992 en la *American Anthropological Association*, Hobsbawm sostendrá que ante la desorientación social producida por los recientes cambios mundiales, la nacionalidad o la etnicidad aparece en el imaginario de sociedades conmovidas por las transformaciones como la última garantía cuando la sociedad falla:

¿Y cómo saben los hombres y las mujeres que pertenecen a una comunidad? Porque ellos pueden definir a los otros que no pertenecen, que nunca podrán pertenecer. En otras palabras, por la xenofobia. Y porque vivimos en una era en la que todas las otras relaciones y valores humanos están en

crisis, o al menos en que todo parece ser un viaje hacia un destino incierto y desconocido, la xenofobia parece convertirse en la ideología de masa de los finales del siglo xx. Lo que hoy mantiene a la humanidad junta es la negación de lo que la raza humana tiene en común (Hobsbawm, 2000, p. 184).

En la misma dirección, pocos años después reducirá a las identidades étnicas o similares en las sociedades urbanas a un rol competitivo con grupos similares por una participación en los recursos del Estado. Las identidades étnicas no solo despliegan su potencial xenófobo, entonces, fuera de Occidente, sino que se instalan bajo la forma de identidades primordiales, en el corazón del mundo desarrollado.

Más allá del carácter de sus conclusiones, la perspectiva de análisis de Hobsbawm parte de unos supuestos implícitos que han sido recientemente puestos de relieve. Al sostener que “ningún historiador serio de las naciones y el nacionalismo puede ser un nacionalista políticamente convencido” debido a que el nacionalismo “requiere creer demasiado en lo que es evidente que no es como se pretende” (Hobsbawm, 1995: 29) –y siendo un intelectual definido por su internacionalismo– Hobsbawm celebra no haber tenido que dejar sus convicciones no históricas de lado para abordar el problema. Tal afirmación –como sostiene Elías Palti (2002: 12)– tiende a engendrar en el historiador la ilusión de encontrarse libre de toda presión ideológica. Sin embargo, su discurso no puede sino partir de unos presupuestos frente a los que la teoría permanece ciega. Tal es el caso de sus criterios clasificatorios: el nacionalismo progresista es aquel que acompaña los procesos de centralización y afirmación de los Estados nacionales, mientras el reaccionario tuvo un carácter esencialmente divisivo e irracional. Tales afirmaciones no se desprenden de la comprobación empírica sino de una idea teleológica según la cual la humanidad tiende a una progresiva integración (Palti, 2002: 96-97).¹¹

Las fuentes de estos supuestos pueden detectarse al menos en dos tradiciones. Por un lado, de la herencia del marxismo clásico con su tesis de la progresividad de la gran nación, que lo lleva a percibir a los nacionalismos separatistas como una pura supervivencia irracional.¹² Si bien en su obra Hobsbawm muestra con claridad la importancia de la *tradición inventada* en la conformación de las identidades nacionales de los viejos Estados, el mismo proceso aplicado a los nuevos separatismos resulta en su óptica inaceptable. No podría existir una

¹¹ Para el desarrollo de este argumento Palti recurre a Anthony Smith (1992).

¹² Para un examen de los supuestos de la tradición marxista frente al nacionalismo, ver Ephraim Nimni (1991).

justificación de la diferencia entre ambos juicios a menos que se recurra a tales supuestos teleológicos. También esta es la causa por la cual, cuando aparecen “anomalías” históricas, como la participación de la clase obrera en movimientos nacionalistas de extrema derecha, Hobsbawm prefiera ignorarlas. Por otro lado, Hobsbawm se inscribe en el marco de una larga tradición del medio intelectual británico, inclinado a subordinar el derecho de autodeterminación nacional al principio de integridad de los Estados sobre la base del pluralismo étnico y cultural (Palti, 1996: 20).¹³ Sin embargo, esta fórmula deja de lado, el recurrente dilema acerca del *locus* de la soberanía en las ocasiones en que las poblaciones involucradas ponen en duda tal principio.¹⁴

V

Entre los años de la publicación de *The Break-up of Britain* y el desplome de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), Nairn publicó numerosos artículos sobre diversas temáticas —el tatcherismo, el Partido Nacionalista Escocés, el antirepublicanismo de la cultura política británica— y el libro *The Enchanted Glass: Britain and its Monarchy*, sobre la función de la monarquía en relación con la decadencia británica.¹⁵ Pero desde comienzos de la década de 1990 Nairn retornó a la cuestión del nacionalismo en una serie de artículos en *The New Statesman and Society*, *New Left Review*, *Dissent*, *Daedalus*, y *The London Review of Books*. Una parte significativa de los ensayos de Nairn de la década de 1990 fue compilada en *Faces of Nationalism* (1997).

¹³ Para esta referencia, ver el capítulo 6, pp. 109-110. Lord Acton señaló en 1864 el potencial absolutista del principio de la nacionalidad como fundamento del orden estatal, ya que en su concepción: “La coexistencia de varias naciones en un mismo Estado constituye una prueba, como también más afianzada seguridad, de su libertad. Es también uno de los instrumentos esenciales de civilización; y como tal, es el orden natural y providencial e indica un Estado más avanzado que la unidad nacional [...]. La teoría de la nacionalidad, por lo tanto, es un paso retrógrado en la historia” Lord Acton, “Essays on Freedom and Power”, en H. Kohn (1966: 170-171). La excepción más notable al respecto la constituye sin duda la obra de John Stuart Mill, quien ha sostenido que es condición necesaria para el establecimiento de instituciones libres que los límites de los Estados coincidan con los de las nacionalidades, aun reconociendo que son prácticamente inexistentes los países de población homogénea y destacando las ventajas para las naciones “atrasadas” de fundirse en el seno de las más “civilizadas y cultas” (Mill, 1994: 186-187).

¹⁴ Este es el punto clave de la argumentación de Elías Palti en el capítulo siguiente.

¹⁵ Significativamente, la única referencia de Hobsbawm a Nairn a lo largo de *Naciones y nacionalismos desde 1780* es una irónica nota al pie sobre este libro (Hobsbawm, 1995: 95).

En estas intervenciones, Nairn respondía a la emergencia de los nuevos movimientos nacionalistas en Europa del Este y la desaparecida URSS. Más precisamente, intentaba responder a lo que llamaba la “paranoia” de los intelectuales occidentales ante las nuevas erupciones nacionalistas, y la caracterización del conflicto de los Balcanes como guerras tribales “atávicas” y “hobbesianas”. El autor del principal trabajo crítico sobre la obra de este intelectual escocés ha señalado sobre la oportunidad de estas intervenciones que “Nairn eligió el que otros podrían considerar el momento más inapropiado –el punto más alto de la ‘limpieza étnica’ en Bosnia Herzegovina– no solo para explicar y defender el nacionalismo, sino para convertirse el mismo en un nacionalista” (Cocks, 1998). Cocks destaca –con acierto– la significativa metamorfosis de las ideas de Nairn desde sus anticipaciones de la desintegración británica en la década de 1970 hasta la efectiva desintegración de la URSS en la década de 1990. Para explicar la nueva oleada de nacionalismo, Nairn conserva en muchos aspectos los argumentos de su libro anterior, sobre todo los relativos al desarrollo desigual y la modernización como claves explicativas, y al carácter dual del nacionalismo. Sin embargo, Nairn une estas ideas familiares con otras que alteran el carácter político y las implicaciones de sus posiciones anteriores, fundamentalmente al sostener que no existe alternativa al capitalismo y extremar su condena al internacionalismo.

En relación con el primer aspecto, Cocks afirma que, aunque en *The Break-up of Britain* Nairn postulaba un futuro socialista, su dialéctica lo conduce a un destino kafkiano, una postergación indefinida en la que la contradicción entre centro y periferia se resuelve perpetuamente dentro del sistema capitalista mundial. Considerando la visión de Nairn del nacionalismo como una respuesta al desarrollo desigual del capitalismo, y dado que aquel es inherente al capitalismo, el internacionalismo revela su imposibilidad: no resulta una disolución de las barreras nacionales, sino un pretexto para las ambiciones de los grandes poderes mundiales. Sin embargo, esta implicancia lógica probablemente no advertida ni deseada en la década de 1970 cede el paso en su segunda etapa a afirmaciones en las que el socialismo sencillamente desaparece del horizonte, ya que el nacionalismo aparece ahora como motor del desarrollo económico y el progreso industrial en una perspectiva en que el capitalismo se presenta como la única posibilidad para el futuro humano. De tal manera, en el mismo artículo en que Nairn festeja que el resurgimiento de los movimientos nacionalistas hubiera dado por tierra con las previsiones sobre el “Fin de la Historia” de Francis

Fukuyama, y arrasado el triunfalismo del Departamento de Estado,¹⁶ sostiene que el nacionalismo surge de las condiciones provistas por el generalizado y *crónico* desarrollo desigual, “el único tipo de desarrollo que el capitalismo permite. El único modo, y el modo que fue *final y definitivamente* establecido desde 1989 como la única matriz para la evolución futura”. En tal perspectiva, Nairn considera el nacionalismo tan inseparable del progreso como “la modernidad, la democracia y el desarrollo capitalista” (Nairn, 1997: 66). Abandonada la perspectiva estratégica en la que el nacionalismo separatista aparece como un instrumento para una lucha anticapitalista más amplia, y ante la desaparición de modelos de sociedad alternativas al capitalismo, a los socialistas solo les resta elegir a qué tipo de capitalismo adherirán (Nairn, 1996).¹⁷

La segunda transformación en la perspectiva de Nairn reside en el carácter de su crítica al internacionalismo, ya que mientras en *The Break-up of Britain* reprochaba al socialismo el uso mitologizado del concepto, en sus nuevos ensayos el feroz ataque contra el internacionalismo y el cosmopolitismo se convierten en el corazón de su argumentación. Nairn distingue dos conceptos: *Internacionalidad* (Internationality) e *internacionalismo*. El primero refiere a la tendencia creciente a la formación de un mercado capitalista mundial, la difusión mundial de los nuevos medios de producción y de las relaciones sociales de producción capitalistas (Nairn, 1997: 26). El *internacionalismo* no es un reflejo de la *internacionalidad*, sino un conjunto de reacciones frente al nacionalismo, en parte defensivas, en parte disfrazadas, en parte adaptativas. Desde la caída del Imperio napoleónico, las visiones del mundo nacionalistas e internacionalistas han coexistido en permanente tensión, como productos gemelos de un mismo proceso histórico (Nairn, 1996).

La forma política dominante producida por la internacionalización es el nacionalismo: “No la prescrita por la lógica del sentido común del internacionalismo, sino la ilógica, refractaria, desintegradora, particularista verdad del Estado nacional” (Nairn, 1997: 27).

El internacionalismo, afirma Nairn, ha evitado reconocer esta verdad, como parte de una visión del mundo muy hondamente arraigada entre los intelectuales de Occidente. Así como el nacionalismo es la compleja respuesta —no natural sino artificial, pero necesaria— a las alteraciones introducidas por la internacionalización, el internacionalismo es otra reacción a los mismos factores. “Como el nacionalismo, es más ambiguo y complicado de la autoimagen que

¹⁶ “Demonising Nationality” (Nairn, 1997: 58). Publicado originalmente en *London Review of Books*, vol. 9, n° 4, 1993.

¹⁷ Publicado originalmente en *Daedalus*, vol. 122, n° 3, verano de 1993.

genera” (Nairn, 1997: 28). El internacionalismo resulta para Nairn tan nuevo como el mundo de identidades nacionales en que habita. Es la permanente y polémica denuncia de ciertos aspectos esenciales de este mundo, y la permanente y defensiva afirmación de ciertos contravalores, los valores atribuidos (arbitrariamente) a la internacionalidad. Estos atributos inter o supranacionales tuvieron, naturalmente, distintos contenidos. El internacionalismo liberal los ve como rasgos inherentes al capitalismo de libre mercado, y el internacionalismo proletario y socialista como principios que se oponen al capitalismo. Aparece aquí entonces la crítica a la complaciente autoimagen del internacionalismo: “Los prejuicios del nacionalismo [...] son fáciles de detectar. Sin embargo, los del internacionalismo lo son menos. Un nacionalista (o aun un pannacionalista) habla, por definición, desde un lugar, el internacionalista, en cambio, no habla desde ningún lugar particular”, pero lo hace en nombre de la ciencia y la civilización (Nairn, 1996: 268). Nairn niega que exista relación alguna entre internacionalismo y cosmopolitismo, al haber desaparecido desde el siglo XIX las bases sociales que posibilitaban la existencia real del cosmopolitismo.¹⁸ De tal modo, el internacionalismo no puede ser otra cosa que la ideología más afín a los intereses de clase de los intelectuales occidentales que, creyendo ponerse al servicio de la humanidad, resultan en definitiva favorables a los intereses de las grandes potencias.¹⁹ Tal proceso comenzó en Francia e Inglaterra, con su convicción de que estaban exportando no el imperialismo sino la revolución y el progreso industrial. Los pueblos particulares centrados en París y Londres se veían como misioneros de la civilización, que introducirían a los aborígenes en lo internacional. “Pero en la realidad, nadie había perdido su naturaleza

¹⁸ El cosmopolitismo refleja las circunstancias de la elite preindustrial, convencida de que representaban la vanguardia de una civilización internacional. Como notó Edward Burke, este estrato compartía un sistema de modales y educación similar en esta parte del globo, que hacía que en el siglo XVIII ningún ciudadano de Europa se sintiera en el exilio en ninguna parte del continente. Las clases altas ilustradas del siglo XVIII proveyeron el último grupo social semiinternacional que podía dar sustento social a esa idea. Pero en el siglo XIX se introdujeron a un mundo de naciones y guerras. Después de ello, solo grupos descolocados y marginales e intelectuales –particularmente los intelectuales judíos– proveyeron alguna base para ello (Nairn, 1997: 29).

¹⁹ En un ensayo posterior, Nairn relaciona al internacionalismo no solo con el interés de clase de las elites metropolitanas sino también a la característica antipatía de la izquierda europea a las diferencias étnicas, su “deseo desesperado de que el progreso no se construye sobre la variedad étnica sino divorciada de esta”, Nairn, Tom, “Does Tomorrow Belong to the Bullets or the Bouquets?”, *New Statesman and Society*, n° 207, 19/6/1992, (*Borderlands: Nations and Nationalism, Culture and Community in the New Europe*, suplemento especial), citado en Joan Cocks (1998).

aborigen”. Los internacionalistas rechazaron, naturalmente el imperialismo, aunque sus parámetros analíticos continuaron siendo metropolitanos. Tampoco la evidencia de 1914 logró conmovir la creencia socialista acerca de la primacía de la clase sobre la nación. El ejemplo mayor de la apropiación del internacionalismo fue el del Estado soviético, momento en que –a través de la Tercera Internacional– aquel principio se transformó en sirviente de los intereses nacionales de una gran potencia (Nairn, 1997: 42-43).

En este contexto, Nairn replica las críticas que Hobsbawm le había formulado en *Socialism and Nationalism*, señalando que pese a que el historiador inglés, en su “reciente defensa del leninismo” reconoció que “los marxistas han debido ampliar continuamente la categoría de movimientos nacionales reconocidos como progresivos (o progresivos por un tiempo, o no tan malos, o con aspectos favorables)” hasta incluir la gran mayoría de los movimientos nacionales del siglo xx; el principio defendido por Hobsbawm permanece ileso ante la avalancha de excepciones, anomalías y compromisos, en una fidelidad a la ortodoxia inmune ante la evidencia empírica (Nairn, 1997: 40). Nairn cuestiona el lugar de enunciación de Hobsbawm –como al de todo internacionalista– al señalar que si el nacionalismo “es el intento de levantar el propio bosque al plano del reconocimiento internacional”, los internacionalistas “son árboles de algún bosque particular” (Nairn, 1997: 41). Nairn retoma el ejemplo de los micro Estados postulados por Hobsbawm como consecuencias últimas del planteo del escocés para destacar que aún en ellos podrán existir tendencias secesionistas de los grupos minoritarios, formulados desde la habitual retórica etnonacionalista, a los que los miembros de los grupos mayoritarios –en particular la izquierda y los intelectuales– refutaran con argumentos internacionalistas. Sin embargo, desde la perspectiva de los grupos minoritarios, estos argumentos no podrán ser vistos sino como una justificación del *statu quo* e intereses particularistas del grupo mayoritario (que incluyen continuar denegando las aspiraciones secesionistas). Concluye Nairn que cuando los voceros internacionalistas decretan que las ambiciones de tal región o minoría se deben subordinar al Movimiento General, o a la lucha internacional de clases, o simplemente a la revolución, se afirma sin decirlo que el único lugar en que tales tendencias pueden tener curso es en la ciudad capital, ya que la perspectiva metropolitana contiene profundas implicancias:

La ciudad capital, en este sentido, es un artefacto que transforma a los humildes aborígenes en universalistas [...]. Esto alienta la fatal convicción de que uno ya no es un cualquiera (un nativo de Coburgo, un francés, un

estadounidense) sino un agente especial emparentado con Superman y el *Zeitgeist*, que alcanza la apoteosis en contacto con los Olímpicos (Nairn, 1997, p. 41).

Poco después de aparecido *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Nairn publicó una feroz crítica al internacionalismo, en buena medida dirigido contra la obra de Eric Hobsbawm.²⁰ Nairn señala que aquel libro justificó la paranoia ante el nacionalismo, y que su intento de exorcizar el fenómeno –al afirmar que su fin está próximo– resultaba de una incomprensión de su naturaleza íntimamente vinculada con el desarrollo desigual del capitalismo. Por ello afirmaba –siguiendo a Gellner– que el proceso no tiene un final próximo, y que la alternativa al desarrollo nacional no es el internacionalismo, sino alguna forma de imperio. Bajo esta misma lógica, Nairn sostenía que Hobsbawm se equivocó al considerar al período 1918-1950 como la del apogeo del nacionalismo. Los conflictos del período, afirmaba, no fueron una implicación lógica del intento wilsoniano posterior a 1918 de crear una Europa de naciones, sino de su fracaso. En este sentido –y modificando su posición frente al fascismo como paradigma del nacionalismo, sustentada en los años anteriores– sostiene que aunque basado en un nacionalismo exacerbado y un deseo de venganza, la búsqueda de un lugar bajo el sol para Alemania se convirtió pronto en una cruzada universalista de dominación del mundo que, si hubiera triunfado, hubiera esclavizado a los grupos étnicos dominados o convertido a sus Estados en títeres del nazismo. Nairn señala que tras el empirismo de Hobsbawm se esconde una línea interpretativa arbitraria. Por ello, nada de lo bueno de los movimientos nacionales deja de derivarse de otras fuentes de inspiración (casi siempre el internacionalismo) mientras todo lo malo es iluminado como típico, y atribuido a la pequeña burguesía, siempre sospechosa de abrazar un nacionalismo de derecha. Sin embargo, este reduccionismo de clase muestra sus límites ante el caso de Europa del Este a fines del siglo xx, donde es difícilmente reconocible una pequeña burguesía similar en las filas de los movimientos nacionalistas.

Por último, Nairn discute la afirmación de Hobsbawm sobre la imposibilidad de reconstruir un orden mundial sobre la base del nacionalismo, descalificando esta afirmación como “propia de los notables de París, Londres y Washington” y señalando que ninguna reestructuración que surja de los mo-

²⁰ “The Owl of Minerva”, en *Faces of Nationalism*, publicado originalmente bajo el título “Beyond Big Brother”, en *New Statesman and Society*, n° 105, 15/6/1990.

vimientos nacionales puede ser peor que el orden de la guerra fría, el stalinismo y el peligro latente de una guerra nuclear.

Sin negar los males del nacionalismo étnico –y apostando por una rápida transformación en los términos del nacionalismo cívico– Nairn encuentra como motivos para ser optimista el potencial democrático y de desarrollo que encierran los movimientos nacionales. Pese a considerar que el carácter democrático no libra al nacionalismo de errores y atrocidades, concluye que, en contraste, lo que garantiza todas las formas de regresión y la reanimación de los costados menos deseables de la etnicidad es la resurrección de “la antigua fórmula del supranacionalismo”.²¹

VI

El nacionalismo es inseparable de los procesos de industrialización y modernización socioeconómica. Lejos de ser un obstáculo irracional al desarrollo, fue para muchas sociedades la única vía posible de entrada al sendero del desarrollo, el único modo en que podían competir sin ser colonizados ni aniquilados. Si se volvían al pasado (figurativamente a “la sangre”) en sus luchas por la modernización, se debió básicamente a la necesidad de mantenerse intactos, como una palanca que los introdujera en el futuro. Permanecer intactos, obteniendo un nuevo grado de cohesión social y cultural, se hizo necesario por la industrialización –aún, como en tantos casos– por la distante esperanza en la industrialización. El *ethnos* ofrece la única forma de asegurar la cohesión necesaria para afrontar esos propósitos compartidos (Nairn, 1997, pp. 65-66).

Si este párrafo sintetiza admirablemente los postulados de Nairn, también permite considerar con claridad los supuestos en los que se basa. En primer lugar, es preciso analizar la consideración de Nairn del *ethnos*. Pese a que en algunas

²¹ Nairn aprecia positivamente la emergencia de nuevos micro Estados. Sugiriendo que el problema de la escala de los Estados no fue adecuadamente considerado, ya que debe hacerse como una cuestión de estructura y funcionalidad, afirma que desde el fin de la guerra fría y la disolución de la URSS, las condiciones cambiaron de modos favorables a la existencia, la prosperidad y la proliferación de micro Estados. El argumento central es que la transnacionalización de la economía y en particular de las finanzas han provocado una pérdida del poder regulatorio de los Estados nacionales –aun en el caso de grandes Estados, como el inglés– por lo que la crítica de la funcionalidad de los Estados minúsculos ante el gran capital ha perdido su sentido (Nairn, 1997).

intervenciones parece sugerir la naturaleza primordial de la identidad nacional,²² Nairn no abandona en general la aproximación modernista al fenómeno: son las necesidades del desarrollo las que provocan procesos de etnificación, produciendo nuevas identidades colectivas que se pretenden antiquísimas. Sin embargo, esto no impide al autor incurrir en una fetichización propia del abordaje nacionalista, al dar por sentada la necesidad de “permanecer intactos”, dejando de lado la dinámica de la mezcla entre poblaciones y culturas que caracteriza nuestra época. Estas afirmaciones muestran la tendencia de Nairn a naturalizar el fenómeno nacional: si el internacionalismo es falso, las naciones no pueden ser sino verdaderas.

Tal fetichización es la que conduce a Nairn a sostener que el único modo de enfrentar las situaciones de desigualdad relativa reside en el establecimiento de un Estado independiente –descartando otras formas de redistribución de la riqueza y el poder en una sociedad– asumiendo el principio nacionalista de que a cada nación le asiste el derecho a la independencia.

Nairn no repara suficientemente en la contradicción implícita en sus planteos, al sostener a la vez que el objetivo de los nacionalistas es el desarrollo en sus propios términos, y que la *internacionalidad* determina la existencia de un poder y un capital cada vez más concentrado al nivel global. ¿Cuáles serán las posibilidades reales de desarrollo de unas unidades estatales cada vez menores en el contexto de una concentración cada vez mayor del capital y el poder en el mundo? Solo una petición de principio podría alimentar alguna esperanza en las posibilidades de autodeterminación de estas sociedades.

Otro problema fundamental de esta teoría tiene que ver con el punto de vista del actor. Las motivaciones que, en la óptica de Nairn, activan los nacionalismos, no necesariamente serían reconocidas como propias por los agentes, ya que el objetivo del desarrollo económico y la industrialización no necesariamente forman parte de todo programa nacionalista.²³ Que los actores tiendan a ello aun sin saberlo, supone una perspectiva según la cual la dinámica objetiva del moderno capitalismo resulta tan dictatorial que los sujetos no pueden sino sucumbir a sus determinaciones.

De tal modo, una mirada teleológica, en la que la fragmentación no puede sino reiterarse hasta el infinito, resulta un espejo de la teleología de signo contrario presente en la mirada de Hobsbawm. Y en ambos casos, tal factor

²² Nairn, Tom, “Does Tomorrow Belong to the Bullets or the Bouquets?”, ob. cit.; y Nairn, Tom y Osmond, John, “This Land is my Land, that Land is your Land”, *New Statesman and Society*, n° 207, 19/6/1992. Ambos citados en Joan Cocks (1998).

²³ Ver al respecto William Douglas (1994: 85).

aparece a la vez como el fundamento último de la teoría y como el supuesto básico a ser sometido a crítica.

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Anderson, Perry (2002). “Renovaciones”. *New Left Review* (edición en español), n° 2, mayo-junio.
- (1985). *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*. Madrid: Siglo XXI.
- Breuilly, John (1990). *Nacionalismo y Estado*. Barcelona: Pomares-Corredor.
- Cocks, Joan (1998). “Fetishizing Ethnicity, Locality, Nationality: The Curious Case of Tom Nairn”. *Arena Journal*, n° 10 (nueva serie).
- Davidson, Neil (1999). “In Perspective: Tom Nairn”. *International Socialism Journal*, n° 82, marzo.
- Douglas, William (1994). “Crítica de las últimas tendencias en el análisis del nacionalismo”. En Douglas, William; Lyman, Stanford y Zulaika, Joseba, *Migración, etnicidad y etnonacionalismo*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Gellner, Ernest (1964). *Thought and Change*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- (1991). *Naciones y nacionalismo*. México: Alianza.
- Hobsbawm, Eric (1977) [1975]. *La era del capitalismo*. Madrid: Guadarrama.
- (1983). “De la historia social a la historia de la sociedad”. En *Marxismo e historia social*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- (1987a) [1962]. *Las revoluciones burguesas*. Barcelona: Labor.
- (1987b) [1964]. “¿Cuál es el país de los trabajadores?”. En *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Barcelona: Crítica.
- (1993a) [1989]. “Socialismo y nacionalismo: algunas reflexiones sobre ‘El desmembramiento de Gran Bretaña’”. En *Política para una izquierda racional*. Barcelona: Crítica.

- (1993b). “Los efectos de la Guerra de Malvinas”. En *Política para una izquierda racional*. Barcelona: Crítica.
- (1995) [1991]. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- (2000). “Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy”. En Fernández Blanco, Álvaro (comp.), *La invención de la nación*. Buenos Aires: Manantial.
- Kohn, Hans (1966). *El nacionalismo. Su significado y su historia*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, Ernesto (1980). *Política e ideología en la teoría marxista*. México: Siglo XXI.
- Lenin, Vladimir (1974). *Obras escogidas*. Buenos Aires: Cartago.
- Mill, John Stuart (1994). *Del gobierno representativo*. Madrid: Tecnos.
- Nairn, Tom (1997). *Faces of Nationalism: Janus Revisited*. Londres: Verso.
- (1996). “Internationalism and the Second Coming”. En Balakrishnan, Gopal (ed.), *Mapping the Nation*. Londres-Nueva York: Verso-New Left Review.
- (1979). *Los nuevos nacionalismos en Europa. La desintegración de Gran Bretaña*. Barcelona: Península.
- Nimni, Ephraim (1991). *Marxism and Nationalism. Theoretical Origins of a Political Crisis*. Londres: Pluto Press.
- Palti, Elías José (1996). “El enfoque antigenealógico de la nación y sus descontentos. El dilema de Hobsbawm”. *El Rodaballo*, 2da. época, n° 4, Buenos Aires.
- (2002). *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Poulantzas, Nicos (1973). “L’Internationalisation des rapports capitalistes et l’état nation”. *Les Temps Modernes*, febrero.
- Sabato, Hilda (1991). “¿Qué es una nación?”. *Punto de Vista*, n° 41, diciembre.
- Sazbón, José (1987). “Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson”. *Punto de Vista*, n° 29, abril-julio.
- Smith, Anthony (1992). “Nationalism and the Historians”. *International Journal of Comparative Sociology*, vol. 33, n° 1-2, marzo.

- (1997). “¿Gastronomía o geología? El papel del nacionalismo en la reconstrucción de naciones”. *Zona Abierta*, n° 79.
- Thompson, Edward P. (1978). *The Poverty of Theory and Other Essays*. Londres: Merlin Press. [Trad. cast.: (1981) *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica].
- Wallerstein, Immanuel (1979). *El moderno sistema mundial*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, Immanuel y Balibar, Etienne (1991). *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA.
- Worsley, Peter (1978). *El Tercer Mundo. Una nueva fuerza en los asuntos internacionales*. México: Siglo XXI.

El enfoque genealógico de la nación y sus descontentos El dilema hobsbawmiano*

Eliás Palti

En las dos últimas décadas se ha desarrollado un consenso “antigenealógico” entre los historiadores del nacionalismo. El mismo surge como una reacción contra el llamado “enfoque genealógico” que dominó en el pensamiento europeo durante el siglo pasado. Según afirmaba este, las naciones son entidades singulares y objetivas (definidas en términos de raza, lengua, tradiciones, etcétera), que evolucionan en el tiempo desarrollando, cada una, un principio que le es inherente. Aquellas formas de agrupamiento social (como las tribus, ciudad-estados, imperios, etcétera) bajo los cuales de hecho la mayor parte de la población ha vivido son percibidas, desde este punto de vista, como meras formas preliminares e incompletas de las modernas naciones-Estado.

El “enfoque antigenealógico”, una corriente que data de los trabajos Charles Hayes y Hans Kohn (quienes, en los años veinte responden a la emergencia de las formas contemporáneas de nacionalismo revisando el concepto organicista de la nación como la “forma natural de comunidad”)¹ enfatiza, en cambio, la “modernidad” y el carácter de “construcción mental” del concepto de “nación”. En otras palabras, la “nación” es una entidad “inventada”, un producto de fenómenos relativamente recientes, como la burocracia, la secularización, la Revolución industrial y el capitalismo. El pasado al que los nacionalistas

* Este trabajo apareció originalmente en *Telos*, n° 95, 1993; y fue reproducido en español en *El Rodaballo*, 2da. época, n° 4, 1996. También fue incluido en mi libro *Aporías* (2001: 193-232). Agradezco a la editorial Alianza la cesión de derechos para su reimpresión.

¹ Aira Kemiläinen los llama “los padres mellizos de los estudios académicos sobre el nacionalismo”. Ver Kemiläinen (1964).

apelan, se asegura, es un mito, existe solo en sus mentes.² Durante el último siglo el anacronismo implícito en el enfoque genealógico sería sistemáticamente denunciado. Como Boyd Shafer señaló,

... un error cometido a menudo por los estudiosos de las ideas es el de abstraer de su contexto histórico palabras genéricas como las de nación y nacionalismo, para leer su substancia contemporánea en el pasado, y así ver en el pasado las generalidades y los universales son evidentes solo en la vida contemporánea (Schafer, 1955, p. 5).

Esta historización del concepto de nación busca, en última instancia, minar las bases del moderno nacionalismo. La revelación de sus fundamentos contingentes privaría a este de su sustento ideológico, evitando, o al menos obstaculizando su desarrollo en un jingoísmo.

Nations and Nationalism Since 1780, de Hobsbawm (1991), es uno de los trabajos hoy más influyentes de esta corriente antigenealógica. Sus conclusiones pueden sintetizarse como sigue. En el desarrollo de la idea de nación ha habido dos estadios. Inicialmente, el nacionalismo sirvió a la afirmación de las burocracias centrales como un medio de racionalización administrativa. Este surge, por lo tanto, como un producto y una parte a la vez del proceso de consolidación de los Estados nacionales (Hobsbawm, 1991: 59). Solo más tarde la idea de “nacionalidad” emerge como algo distinto, e incluso antagónico del Estado nación. Definido exclusivamente en términos étnico-lingüísticos, este amenaza la integridad de los Estados nacionales existentes, inevitablemente pluriétnicos y plurilingüísticos. Este último desarrollo carece, por lo tanto, de basamentos objetivos, se trataría de una mera construcción ideológica.³ Al contrario del primer nacionalismo, sus efectos han sido “esencialmente negativos y divisivos” (1991: 164).

De todos modos, y aun en los casos en que emerge históricamente en la periferia, o incluso en la oposición a los Estados nacionales existentes, el nacionalismo presupone siempre al Estado nación como su condición de existencia y, al mismo tiempo, como su meta. Hobsbawm concluía de ello que la actual merma en las funciones de los Estados nacionales, como resultado de

² Anthony Smith señala que el “escepticismo e, incluso, la hostilidad al nacionalismo” son las características que definen el presente consenso (Smith, 1992: 72).

³ “El tipo de nacionalismo que emergió hacia fines del siglo pasado”, dice Hobsbawm, “no tenía similitud fundamental con el patriotismo de Estado, incluso cuando se encontrara ligado al mismo. Su lealtad básica era, paradójicamente, no con ‘el país’, sino solo con una versión particular de tal país: una construcción ideológica” (Hobsbawm, 1991: 93).

su progresiva absorción en organismos y estructuras supranacionales (Hobsbawm, 1991: 173-74), anuncia la gradual disminución de la influencia de las ideologías nacionalistas. Sus palabras finales eran: “La lechuza de Minerva que trae sabiduría, decía Hegel, vuela al anochecer. Es una buena señal que se encuentre hoy rondando en torno a las naciones y el nacionalismo” (1991: 183). Hobsbawm citaba como ejemplo el caso de Yugoslavia, en donde “hacia el fin de 1988, la tensión nacional no había producido un solo herido y, desde entonces, se ha desarrollado en un clima de paz relativa [...] que merece todavía destacarse” (1991: 193).

En los años subsiguientes, la furia creciente de la guerra de Bosnia y el renacimiento del nacionalismo en Europa demostraron que las predicciones de Hobsbawm no podían haber estado más equivocadas, y ello lo condujo a un giro completo en sus posiciones. En su conferencia a la *American Anthropological Association* de febrero de 1992 termina afirmando que “la xenofobia parece convertirse en la ideología de masas del presente *fin-de-siècle*. Lo que mantiene hoy a la humanidad junta es la negación de lo que la raza humana tiene en común” (Hobsbawm, 1992: 8). Lejos de mermar, el desarrollo del nacionalismo en abierta xenofobia se habría convertido en irrefrenable. La visión del futuro de Hobsbawm se ha tornado, pues, cerradamente pesimista. Sin embargo, cabe aún preguntarse si el triste panorama que aquí nos pinta este autor es realmente el cuadro más probable para los años venideros; y si bien resulta difícil contestar una pregunta tal, podemos sí al menos analizar las bases sobre las cuales se apoya Hobsbawm para formular su predicción.

El debate sobre la autodeterminación nacional

Con su ataque al nacionalismo, Hobsbawm, en realidad, no hace más que continuar una larga tradición en el medio académico británico, naturalmente inclinado a subordinar el derecho de autodeterminación nacional al principio liberal de integridad de los Estados territoriales sobre la base del pluralismo étnico y cultural (Byron, Stuart Mill y Disraeli se encuentran entre las pocas excepciones que, en el siglo XIX en Inglaterra, pusieron algunos reparos a dicho principio). En 1864 Lord Acton sintetizaba este punto de vista afirmando que:

La coexistencia de diversas naciones bajo el mismo Estado es una prueba, así como la mayor garantía para su libertad. Es también uno de los principales instrumentos de civilización, y, como tal, se encuentra en el orden natural

y providencial e indica un estado de progreso más avanzado que la unidad nacional, lo cual es el ideal del moderno liberalismo. La combinación de diferentes naciones en un Estado es una condición necesaria de la vida civilizada, tanto como la combinación de los hombres en sociedad. Las razas inferiores son así elevadas por la convivencia con las razas intelectualmente superiores. Naciones exhaustas y decadentes son revividas por el contacto con una vitalidad más juvenil (Acton, 1949, pp. 185-86).

Este tradicional amor británico por el “pluralismo nacional” se nutre y se explica por su propia conformación multinacional. Autonomía cultural y unidad política parecía la fórmula adecuada para la convivencia en las Islas. Sin embargo, dicha fórmula no solo llevaba a dejar de lado, de un modo poco democrático, la opinión de las poblaciones involucradas, sino que resultaba además difícilmente viable: un respeto estricto por las culturas nacionales no podría sino, en el largo plazo, alimentar las tendencias separatistas.⁴ Toda medida destinada a la unificación de la “gran nación”, como la legislación prohibiendo el uso del galés, no habría, pues, de ser vista como contradiciendo el proclamado “pluralismo nacional”, sino más bien como su necesario complemento.

El debate sobre la autodeterminación nacional dentro de la izquierda, la tradición de pensamiento más específica en la que Hobsbawm se inscribe, ha sido mucho más controvertido. Para Marx, la “nacional” y la “colonial” eran dos cuestiones totalmente distintas. La primera era típicamente europea (italiana, polaca, irlandesa, alemana); la segunda, eminentemente no europea (india, china, etcétera). Mientras Marx apoyaba los derechos a la autodeterminación de las naciones europeas, su actitud respecto de las no europeas fue ambigua. Su defensa de la acción civilizadora de Occidente es bien conocida (Rodolsky, 1980).

La Segunda Internacional adoptó una posición similar. El Partido Laborista inglés y la socialdemocracia alemana dirigida por Karl Kautsky dieron siempre la precedencia al “progreso” sobre la “nacionalidad”. Los líderes del partido austríaco abrieron el debate cuando Karl Renner (*Staat und Nation*, 1899) y Otto Bauer (*Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, 1906) comenzaron a reconocer la validez del principio de autodeterminación nacional, aunque solo sobre las bases del federalismo. Los socialdemócratas italianos y franceses

⁴ El caso de la historia reciente de Yugoslavia, según muestran Vujacic y Zaslavsky, es un buen ejemplo de ello. “La historia de la desintegración de Yugoslavia”, dicen estos autores, “indica que la descentralización de la autoridad política no es una salida a la crisis étnica. Por el contrario, en Yugoslavia la descentralización política ha exacerbado las tendencias centrífugas” (Vujacic y Zaslavsky, 1991: 137).

(especialmente bajo Jean Jaurès y Charles Huysmans) fueron quienes vieron con más simpatía dicho principio durante el último cuarto del siglo pasado (Azkin, 1964: 20-21). Bajo su impulso, el Congreso realizado en Londres en 1896 condenó la expansión colonial como “solo otro nombre para la extensión del área de explotación capitalista en exclusivo interés de la clase capitalista”. Sin embargo, tal afirmación fue usualmente matizada. Así, el Congreso de Amsterdam de 1904 apoyó la emancipación colonial, pero señalando que, por el momento, era necesario “reclamar para los nativos solo aquella libertad y autonomía compatible con su grado de desarrollo”.⁵

La corriente “revisionista” de la Segunda Internacional radicalizó la oposición socialista a la autodeterminación de los países coloniales. Para ello, Eduard Bernstein partiría también de la base de la idea de la fuerza civilizadora de Occidente: “Los pueblos que se levantan contra la civilización y son incapaces de conseguir un alto nivel de cultura”, decía, “no tienen derecho a requerir nuestra simpatía cuando se alzan contra la civilización”.⁶ Esto le permitía establecer una distinción similar a la planteada por Marx. En este caso, diferenciaba lo que él llamaba el “nacionalismo étnico” (al que condenaba como reaccionario y regresivo) del “nacionalismo sociológico” (al cual defendía como progresista).⁷ Pero, esta vez, dicha postura conllevaba ya claras connotaciones proimperialistas a las que Bernstein no se esforzaba por disimular. Por el contrario, las hacía explícitas alentando a los socialdemócratas alemanes a asociarse a la carrera por el reparto colonial (carrera que Alemania estaba evidentemente perdiendo): “Si tomamos en consideración el hecho de que Alemania hoy importa gran parte del producto colonial, debemos decirnos que ha de llegar el momento en que será deseable tomar este producto de nuestras propias colonias” (Bernstein, 1961: 178).

Desde las páginas del viejo *Iskra* (1900-1903), Lenin cuestionará el eurocentrismo de tal postura, solo para volver a las líneas tradicionales de la socialdemocracia. En 1903, con motivo de la cuestión polaca, aseguraba que “nosotros subordinamos nuestro apoyo a las demandas de independencia nacional a los intereses del proletariado”.⁸ Pero pronto comenzaría a denunciar

⁵ F. B. Beleyubskym, “The International Working-Class Movement and the Struggle Against Colonialism Prior to the Formation of the Comintern”, en Ulyanovsky (1979: 50-54).

⁶ Eduard Bernstein, *Die Deutsche Sozialdemokratie und Die Türkische Wirren*, citado por Nimni (1994: 66).

⁷ Eduard Bernstein, “Der Staat und die Staatsnotwendigkeiten”, *Die Neue Zeit*, vol. 35, n° 2, junio de 1917, p. 122, citado por Nimni (1994: 63).

⁸ Lenin, *Collected Works*, VI, Londres, 1930, pp. 454-463, citado por Davis (1967: 190).

también las “desviaciones nacionalistas” (proimperialistas) de sus compañeros socialdemócratas. Sin embargo, sus primeros panfletos antiimperialistas, “La guerra en China” (1900) y “La caída de Port Arthur” (1905), se ocupaban únicamente del problema de la posición que debía adoptar la clase obrera rusa en relación con la política externa zarista. Según Lenin, la tarea fundamental de los socialistas era evitar que el chauvinismo oficial infectara al proletariado. En los años subsiguientes, Lenin desarrolla un punto de vista más comprensivo de las cuestiones nacionales y coloniales, lo cual lo lleva finalmente a elaborar su teoría del imperialismo. Quien expresa esta nueva perspectiva es Stalin en “El marxismo y la cuestión nacional” (1913). Según él, la expansión capitalista había cambiado las reglas básicas de la política internacional. Ya no se trataba de una lucha entre el “progreso” y el “atraso”, sino entre naciones oprimidas y opresoras: “Una presentación abstracta de la cuestión del nacionalismo en general no resulta útil en absoluto. Una distinción debe necesariamente hacerse entre el nacionalismo de una nación oprimida y el de una nación opresora, el nacionalismo de una gran nación y el de una pequeña nación”.⁹

Lenin (por boca de Stalin) redefinía así completamente las cuestiones nacional y colonial al apoyar el derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas tanto en el Este como en el Oeste (Seth, 1992). Contra el chauvinismo, sostenía la solidaridad dentro del movimiento obrero internacional.

Si el proletariado de una nación da el menor apoyo a los privilegios de su “propia” burguesía nacional, inevitablemente genera la desconfianza en el proletariado de otra nación; esto necesariamente debilita la solidaridad de clase internacional entre los trabajadores y los divide, para deleite de la burguesía. El repudio al derecho de autodeterminación o de secesión inevitablemente significa, en la práctica, el apoyo a los privilegios de la nación dominante (Lenin, 1976, pp. 17-18).

La defensa del principio de autodeterminación nacional se conciliaba perfectamente, pues, para Lenin, con su concepto del internacionalismo proletario, puesto que la lucha de las nacionalidades oprimidas formaba, para él, parte integral de la lucha general del proletariado contra el imperialismo. Según afirmaba, “las luchas nacionales contra el imperialismo [son siempre] inevitablemente *progresistas y revolucionarias*”.¹⁰ Por otra parte, pensaba que obedecía a circunstancias transitorias. En el largo plazo, confiaba en la tendencia a la

⁹ Lenin, *Collected Works*, vol. 36, p. 36, citado por Zagladin (1975: 11).

¹⁰ Lenin, “The Junius Pamphlet”, citado por Seth (1992: 112).

desaparición de los Estados nacionales y en su fusión, bajo el socialismo, en una única comunidad política y cultural.

Desde entonces, Lenin nunca volvió a considerar la posibilidad de que el nacionalismo de un país oprimido pudiera ser reaccionario.¹¹ Dicha cuestión fue planteada por Karl Radek en el Cuarto Congreso del Comintern: “A la cabeza de los movimientos nacionales en Oriente”, decía, “no vemos comunistas, ni siquiera burgueses revolucionarios, sino en su mayoría representantes de las decadentes cliques feudales pertenecientes a las clases militar y burocrática”.¹² Con las “Tesis sobre la cuestión oriental”, el Cuarto Congreso saldó tal contradicción reafirmando su apoyo a “*todo* movimiento nacional revolucionario contra el imperialismo” (Degras, 1956: 386).

La Tercera Internacional mantuvo, en sus líneas generales, tal postura hasta 1935, cuando, en reacción al ascenso de Hitler al poder, su VII Congreso (bajo Stalin) adopta un curso nacionalista. Este acompaña la política del Frente Popular y coincide, dentro de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), con la reivindicación de los héroes nacionales, desde Alejandro Nevsky a Pedro el Grande, en el marco de una identificación progresiva de la Unión Soviética con las tradiciones de la Rusia Imperial. De manera análoga, el Partido Comunista Francés (PCF) se proclamaba en 1935 como el guardián de la República y el heredero de 1789. En octubre de 1936, Maurice Thorez llama a los católicos (incluida la derechista *Croix de feu*) a construir un *Front français*. El editorialista Vaillant-Couturier podía entonces escribir en *L'Humanité* que: “Nuestro partido no cae del cielo. Tenemos profundas raíces en el suelo francés. Los nombres de nuestros líderes tienen un fuerte y honesto sello nativo [...]. Nuestro partido es un momento en la historia de la Francia eterna” (citado por Jenkins, 1990: 144).¹³

¹¹ “El nacionalismo burgués de *toda nación oprimida* –decía– tiene un contenido general democrático que apoyamos absolutamente, distinguiéndolo estrictamente de la tendencia hacia nuestro propio exclusivismo nacional, luchando contra la tendencia de la burguesía polaca de oprimir a los judíos, etc.”, Lenin, “A Caricature of Marxism and ‘Imperialist Economism’”, *Collected Works IX*, p. 243, citado por Davis (1967: 193).

¹² *Fourth Congress of the Communist International: Abridged Report*, citado por Seth (1992: 123).

¹³ En un tono similar, Henry Lefebvre desarrollaba en 1937 su teoría sobre el “carácter nacional francés”. Lefebvre glorificaba entonces a Juana de Arco como “la fundadora de la nacionalidad francesa” y aseguraba que “cada nación tiene un destino”, ideas todas que eran lugares comunes en la historiografía nacionalista; ver Lefebvre (1988: 43, 70 y 115). Tal punto de vista venía “autorizado” por el panfleto citado de Stalin de 1913, el que, aunque fuera de su contexto original, parecía sostener un concepto nacionalista: “Una nación –aseguraba– es una comunidad de lenguaje estable, históricamente desarrollada, un territorio, una vida económica y una

En 1968, tras el levantamiento de Checoslovaquia, el movimiento comunista internacional realiza un nuevo giro en su política y comienza a denunciar su anterior “desviación nacionalista”: el nacionalismo, se afirmaría entonces, es una fuerza procapitalista cuya función es “dividir y fragmentar a la clase obrera internacional” (Zagladin, 1975: 3).¹⁴

En el plano de la diplomacia y de la política internacional, el debate con relación al derecho de autodeterminación nacional alcanzó su punto álgido inmediatamente tras la Primera Guerra Mundial en la Liga de las Naciones.¹⁵ Allí, tal principio encontró su abogado en Woodrow Wilson. Durante la guerra, el presidente norteamericano había proclamado que su nación estaba “luchando por las nacionalidades oprimidas, las que, sumergidas o aisladas nunca podrían asegurar su libertad” (citado por Shafer, 1995: 165). Sin embargo, una vez terminada la contienda, su apoyo se tornó condicional y limitado. Él y sus aliados dudaban en quebrar la monarquía dual (Austria-Hungría) y, excepto para los casos de Rumania y Polonia, solo sostenían la promesa vaga de “auténtico autogobierno sobre la base de principios democráticos efectivos” (citado por Macartney, 1934: 191). La defensa de la seguridad mundial tuvo así prioridad ante los reclamos por los derechos de las nacionalidades: “A ningún movimiento”, aseguraba uno de los asambleístas, “debe serle permitido subsistir cuando, bajo la cubierta de sentimientos indisputables, conduce a la inestabilidad mundial o alimenta la inseguridad. Por más respetables que sean ciertas doctrinas, una cosa se coloca por encima de todas las demás: la paz”.¹⁶

En este sentido, los debates presentes recuerdan a aquellos en la Liga de las Naciones, siendo, supuestamente, su desenlace igualmente crucial para el futuro de las relaciones internacionales. El inmenso volumen de material publicado recientemente sobre el tema, incluido el libro de Hobsbawm, ha sido motivado por un pánico similar ante las consecuencias probables de un rebrote nacionalista. Se piensa que el mismo amenaza la supervivencia de prácticamente todas las naciones europeas actuales, siendo que ninguna de ellas quedaría indemne en caso de que los reclamos de autodeterminación fueran atendidos. Como

configuración psicológica manifestada en una comunidad de vida” (Stalin, 1947: 8). Esta era, para Lefebvre, la única definición de nación completamente “científica”.

¹⁴ Vujacic y Zaslavsky (1990) ofrecen una interesante descripción del colapso del bloque soviético como resultado del fracaso en resolver la contradicción entre democratización y autodeterminación nacional.

¹⁵ Para una detallada descripción de los debates, ver Macartney (1934, caps. 6 y 7).

¹⁶ *League of Nations: Ninth Assembly, Records of Plenary Sessions*, n° 82, citado por Hertz (1951: 278).

señalara Gellner, hay aproximadamente ocho mil lenguas en el mundo y más de doscientos reclamos de autodeterminación (Gellner, 1983: 44); y, algo aún más preocupante, más de veinte de estos últimos, según asegura Edward H. Carr, se encuentran localizados en Europa.¹⁷

Luego de la segunda gran guerra, y debido sobre todo a los movimientos anticolonialistas en el Tercer Mundo, las grandes potencias modificaron su punto de vista introduciendo (o reintroduciendo) una distinción entre las cuestiones nacionales en los países centrales y en los países coloniales. Esta polaridad ha sido expresada de diversos modos. Algunos la definieron en términos de una oposición entre países de alta y baja cultura (Plamenatz, Gellner, Murray).¹⁸ Otros (Ma, Snyder, Hobsbawm) distinguen entre un nacionalismo con bases estatales e integrativo (correspondiente a un estadio de desarrollo hoy solo aplicable al Tercer Mundo) y un nacionalismo “mentalmente construido” y esencialmente perturbador (*disruptive*) (único rol que puede hoy cumplir el nacionalismo en los países centrales) (Ma, 1992; Hobsbawm, 1992; Snyder, 1954). En todos los casos, tales distinciones buscan justificar el apoyo a los movimientos nacionales en los países coloniales y al mismo tiempo prevenir su extensión a los países centrales. El español Blanco Ande ha hecho explícito este punto: “¿Es apropiado establecer un límite al derecho de los pueblos a su autodeterminación?”, se preguntaba, y respondía: “Tal derecho se agota en el deseo de independencia de los pueblos coloniales” (Blanco Ande, 1985: 174). Con esto se vuelve a Marx, aunque de manera invertida: ahora la “cuestión nacional” se habría convertido en una cuestión eminentemente no europea, mientras que en Europa los reclamos nacionales se habrían tornado en algo irracional (regresivo, visto desde la izquierda; subversivo, visto desde la derecha).

La condena de Hobsbawm al separatismo se enmarca, pues, dentro de una larga tradición (y que constituye ya un saber sólidamente articulado del que Hobsbawm sabiamente se nutre), organizada en torno a la idea de los efectos perturbadores que una ciega reverencia al principio de autodeterminación

¹⁷ “El solo hecho”, dice Carr, “de que hay hoy en Europa más de veinte, y en el mundo más de sesenta unidades políticas reclamando el *status* de Estados soberanos habla por sí mismo del agravamiento de los males del nacionalismo en este tercer período” (1945: 25).

¹⁸ Para Ernest Gellner (1983) tal dicotomía se corresponde básicamente con dos estadios consecutivos diferentes en el desarrollo del capitalismo. Esta postura resulta, en líneas generales, un análogo de la de Gilbert Murray cuando, en la Segunda Asamblea de la Liga de las Naciones, insistía en la necesidad del progreso de la democracia en Europa como un argumento para desatender los reclamos independentistas en dicho continente (Macartney, 1934: 293-94). Ver también John Plamenatz, “Two Types of Nationalism”, en Kamenka (1973).

nacional tendría sobre la comunidad europea (y, particularmente, sobre Gran Bretaña). Cabe recordar que sus escritos sobre el nacionalismo se originan en 1977 como una respuesta a la aparición del libro de Tom Nairn, *The Break-up of Britain*, cuando comienza a denunciar la carencia en el nacionalismo de todo fundamento objetivo. Entonces apelaba a la autoridad de Lenin a fin de matizar su apoyo al derecho de autodeterminación nacional: “El criterio fundamental del juicio práctico marxista”, decía, “ha sido siempre el de si el nacionalismo como tal, o un caso particular del mismo, sirve para el avance de la causa del socialismo” (Hobsbawm, 1989: 126). Siguiendo este principio, Hobsbawm rechazaba el reclamo irlandés sobre la base de que su secesión difícilmente conduciría a ese país al socialismo y, más probablemente, reforzaría al nacionalismo inglés. Dicho en otras palabras, a aquellos que reclaman su autodeterminación nacional cabría, a una “izquierdista racional”, contestarles que “solo a condición de que apoyen a mi partido, y solo si la nación de la que ustedes rechazan ser parte lo acepta, podría permitírseles el derecho a su autodeterminación”.

Algunos años más tarde, con motivo de la guerra de Malvinas, Hobsbawm expande dicho principio para incluir en él también a las colonias ultramarinas. En “Falkland’s Fallout” (1983) advertía que “es peligroso dejar el patriotismo exclusivamente a la derecha”, y llamaba a la izquierda a intentar “recapturar [...] el brote patriótico que inicialmente no estaba de ningún modo confinado al conservadurismo político” (Hobsbawm, 1989: 60). Llegado a este punto, Hobsbawm pronto se daría cuenta de que ello tenía, en realidad, poco que ver con las posturas de Lenin al respecto. Mientras Lenin llamaba a combatir las tendencias chauvinistas dentro del movimiento obrero reforzando la “solidaridad internacional”, Hobsbawm lo intenta hacer, por el contrario, llamando a la izquierda a competir con la derecha en su escalada chauvinista. Es así que inicia su exploración (que habrá de plasmar en *Nations and Nationalism*) de los fundamentos del moderno nacionalismo con el objetivo de revisar las categorías marxistas fundamentales sobre el tema, y denunciar las falacias para él implícitas en lo que ahora llama el principio “Wilsoniano-Leninista” de “un Estado para cada nación”.

Nacionalismo, fascismo, y el “enfoque antigenealógico”

En sus líneas generales, el enfoque antigenealógico no parece admitir réplica alguna. La crítica de Hobsbawm a la idea de la nación como una entidad na-

tural aparece como sólidamente fundada.¹⁹ Sin embargo, ello no quiere decir que su propio “enfoque antigenealógico” sea menos problemático. De hecho, si el mismo está dirigido a denunciar las formas más radicales de nacionalismo surgidas en este siglo, hay que decir que ha errado su blanco. La revelación del carácter mítico, de mero constructo mental, resulta devastadora solo con relación a las ideas decimonónicas de nación. No provee, sin embargo, argumento alguno contra las formas más radicales de nacionalismo surgidas luego de la Primera Guerra Mundial. El fascismo, en particular, nunca reclamó para su concepto de nación nada más que el estatus de un mito, de una construcción ideológica. No solo enfatizaba la primacía de las consideraciones subjetivas, tales como los afectos y lazos emocionales que permiten que surja la conciencia de la pertenencia a una tradición y a una comunidad de destino, sino también el hecho de que tales creencias no tienen por qué tener un fundamento objetivo en la realidad. Mussolini sintetizaba tal punto de vista en uno de sus discursos en 1922:

Nosotros hemos creado nuestro mito. Nuestro mito es una fe, una pasión. No es necesario que este sea real. Es real por el hecho que es un bien, una esperanza, una fe; que es coraje. ¡Nuestro mito es la nación, nuestro mito es la grandeza de la nación! Y es a este mito, a esta grandeza, que queremos traducir en una completa realidad, que subordinamos todo lo demás.²⁰

Lo que importa aquí no es la historia como tal, sino la imagen *construida* de la historia. Tampoco el “alemán eterno” al que Hitler glorificaba guardaba ninguna semejanza con el alemán histórico, esa “mezcolanza racial miserable” a la que él aspiraba a purificar (Hitler, *Mein Kampf*, citado por Hertz, 1951: 65). La utopía tradicionalista prometida por el nazismo no aparecía como el producto de una proyección lineal del presente, sino que suponía una auténtica revolución, la paradoja de una “revolución conservadora”.²¹

¹⁹ Anthony Smith sugiere la necesidad de imaginar la posibilidad de un compromiso entre los enfoques genealógico y antigenealógico a fin de restablecer el balance entre continuidad y discontinuidad que, afirma, ha causado los mayores trastornos a los historiadores modernos (Smith, 1992: 74). El eclecticismo de Smith parece, sin embargo, que difícilmente encuentre eco en el marco de un clima de desconfianza radical, por buenos motivos, por otra parte, hacia la idea de continuidades en la historia así como hacia todo tipo de genealogía de larga duración.

²⁰ Mussolini, “Speech Delivered at Naples, October 24, 1922”, en Van Baumer (1978: 748). El pasaje citado expresa un concepto claramente soreliano. Sobre el concepto y función de los mitos en Sorel (1907), ver su “Carta a Daniel Halévy”.

²¹ Sobre tal concepto, ver Breuer (1995); Herf (1990); Pflüger (1994) y Segeberg (1993). Esto muestra que el fascismo no puede ser reducido, como Hobsbawm (y no solo él) pretende, a una

Henri Lefebvre ha llamado a esto la emergencia de “una nueva concepción del mundo” paralela a un “nuevo concepto de la verdad” según el cual “la idea falsa (el mito) no contradice la verdad” (Lefebvre, 1988: 151). En realidad, no se trata tanto de la emergencia de “un nuevo concepto de verdad” como, más sencillamente, un desplazamiento de los fenómenos bajo consideración. Para Mussolini, el mito no podía contradecir la realidad dado que él mismo era una realidad como tal mito, es decir, era una fuerza histórica efectiva. Los elementos “ideológicos” de la nación se desprendían así de su componente “cognitivo”. No es el *contenido de verdad* del mito lo que ahora importa, sino el propio mito como tal; no “lo dicho” sino “el decir”, y los efectos sociales que esto pudiera generar. En todo caso, tal giro representa sí un vuelco con relación a los modos de producción social de sentido: ya no es la *nación* sino el propio *mito de la nación* el que se convierte en objeto de análisis, materia de debate y, eventualmente, en el centro de un culto laico. El punto aquí es que tal giro sitúa al nacionalismo fuera del alcance de la crítica tradicional de las ideologías como la que ensaya Hobsbawm. Como Adorno ha ya señalado, la revelación de sus fundamentos contingentes deja intacta lo que él llamara la “razón cínica” del nacionalismo de nuestro siglo desde que el mismo no niega la contingencia de sus basamentos ni reclama para sí ningún estatuto de verdad.²² En síntesis, la tendencia de Hobsbawm (compartida por la mayoría de los historiadores de la tradición *whigh*) a ver la historia toda del pensamiento occidental como una lucha eterna entre los sujetos racionales defensores de un punto de vista atomista de la sociedad y los irracionales creyentes en el ideal totalitario de un modelo de sociedad organicista (dicotomía aplicable solo al pensamiento del siglo pasado, aunque también allí al precio de producir simplificaciones abusivas) conduce a perder de vista la naturaleza específica de las transformaciones operadas en el pensamiento nacionalista en el último siglo. De todos modos, cabe recordar que, como vimos, el debate presente acerca de

mera “exageración” de los componentes étnico o lingüístico dentro de la fórmula romántica original para definir la nación (Hobsbawm, 1992: 102). La emergencia de la ideología fascista supuso, en realidad, una quiebra con la idea organicista romántica de la nación; la nación, para el fascismo, ya no es ninguna realidad preexistente que evoluciona, sino que emana del *élan* del *Führer* y solo con él es coextensiva. Esta tensión entre las nociones organicistas de la nación y la de la misma como una “síntesis mística” fue elaborada por Alfredo Rosenberg, el conocido ideólogo del nazismo, en *El mito del siglo XX*. “La vida de la raza” decía Rosenberg, “un pueblo, no es una filosofía que se desarrolla lógicamente, ni un proceso desenvolviéndose según la ley natural, sino la expresión de una síntesis mística”, citado por Van Baumer (1978: 751).

²² Theodor Adorno, “Society”, *Salmagundi*, nº 10 y 11, citado por Žižek (1989: 30). Ver también Sloterdijk (1987).

las “naciones y el nacionalismo” se encuentra motivado por cuestiones no solo estrictamente teóricas, sino que involucra aspectos prácticos concretos. Por lo tanto, este no puede analizarse desprendido del tipo de problemas específicos a los que intenta dar una respuesta.

Las paradojas del enfoque antigenealógico ante la guerra bosniana

La ola reciente de escritos sobre el tema fue inicialmente disparada por el resurgimiento del fundamentalismo en el Tercer Mundo, el que estalla con la Revolución iraní. En los ochenta la situación mundial parecía presentar dos tendencias opuestas. Mientras el Primer Mundo marchaba hacia la globalización, los países del Tercer Mundo (especialmente, en Medio Oriente) eran testigos del florecimiento de los integristas religiosos y nacionalistas. Pero en los últimos años la situación se tornó más compleja. La guerra de Bosnia desafía las dicotomías anteriores. Una vez más, los Balcanes aparecen como una bisagra entre Oriente y Occidente. La expansión del principio de autodeterminación nacional en el Este europeo amenaza la estabilidad de las potencias de Europa Occidental. Más concretamente, la guerra de Bosnia pone en riesgo la integridad de Turquía. Allí, el fundamentalismo islámico podría combinarse con los reclamos kurdos (que han obligado al gobierno turco a apelar a la violencia masiva en las provincias vecinas a la zona “bajo protección” de la Organización de las Naciones Unidas –ONU–, y que, según se piensa, se harían irrefrenables en el caso de que Saddam Hussein cayere). Por primera vez un país miembro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) corre el riesgo cierto de entrar en un proceso de guerra civil.²³ Esta situación no solo prueba el error de las predicciones de Hobsbawm, sino que lleva a la bancarrota a su proyecto completo.

El reconocimiento por Alemania de Eslovenia y Croacia, que precipitó un similar reconocimiento por parte de la Comunidad Europea, redefinió las relaciones internacionales en Europa, y, según *Le Monde Diplomatique* (1993a), dividió allí las opiniones políticas. Tras la decisión alemana, los líderes occidentales creen percibir el resurgimiento de un protonazismo oficial. A nivel ideológico, el punto ha sido planteado en términos de una controversia entre aquellos

²³ “Les risques d’extension du conflit en Bosnie”, *Le Monde Diplomatique*, febrero de 1993, pp. 8-9.

que defienden el *droit du sol* proclamado por la Carta de Helsinki (destinado a preservar la integridad territorial de los Estados existentes), y aquellos que suscriben al *droit du sang* (supuestamente, Alemania y Europa Oriental).²⁴ Las resonancias xenofóbicas del principio del *droit du sang* han hecho a la primera línea de pensamiento naturalmente mucho más atractiva para el pensamiento liberal occidental. A primera vista, este debate parece ser un paralelo de aquel otro entre los puntos de vista genealógico (sostenido por aquellos que apoyan el *droit du sang*) y antigenealógico (en natural consonancia con la defensa de la santidad de los Estados plurinacionales). El problema es que la aplicación del principio de *droit du sol* a Yugoslavia genera una serie de aporías que, en último análisis, no hacen sino poner en evidencia las verdaderas raíces ideológicas del presente consenso antigenealógico.

En primer lugar, la aplicación allí del principio de *droit du sol* hace sospechosos a los líderes occidentales de duplicidad, de estar manejando un doble estándar a fin de administrarlo según les convenga, es decir, para glorificar las fuerzas nacionalistas con las que ellos simpatizan (típicamente, en la ex Unión Soviética, y, en general, en aquellas regiones lejanas a los países cuya integridad y seguridad buscan proteger) y condenar como terroristas o xenófobos a quienes no ven con agrado o amenazan el *statu quo* en Occidente. El punto crítico para las corrientes progresistas radica, sin embargo, en que la aplicación del principio de *droit du sol* y el consiguiente rechazo a la autodeterminación de las minorías significa, en este caso particular, la legitimación de las atrocidades serbias. De hecho, este es el sentido, apenas disimulado, del fracasado plan Vance-Owen y que el proyecto actual de “santuarios” o “solución francesa” (en realidad, un sistema de campos de concentración para musulmanes bajo control de la ONU, como ha sido reiteradamente denunciado) ha hecho evidente. El proclamado “progresismo” del enfoque antigenealógico se convierte así en un sustento ideológico para políticas claramente ultrarreaccionarias.

Por supuesto, no es esta la intención de Hobsbawm; pero paradojas semejantes no son nuevas en sus posturas respecto de las nacionalidades. Aunque inscriptas dentro de los marcos del progresismo de izquierda, las mismas (comenzando por su respuesta a Nairn) han aparecido siempre como sospechosamente cercanas a las de la derecha (sobre todo, a las de los franquistas españoles y de los *tories* ingleses), la que se ha dedicado sistemáticamente a denunciar el carácter “subversivo” de los movimientos separatistas en Europa Occidental.²⁵ De todos

²⁴ “Humanitarisme et empires”, *Le Monde Diplomatique*, febrero de 1993, pp. 6-5.

²⁵ José Blanco Ande expresa esto claramente en su libro ya citado. “El terrorismo”, dice, “golpea por la espalda y a traición, porque sabe que no puede luchar frente a frente con el poder del

modos, solo la guerra de Bosnia hace emerger esta contradicción. Mientras Hobsbawm podía todavía justificar su apoyo a su país durante la Guerra de las Malvinas afirmando que se trataba de una defensa de la democracia y de una lucha contra la acción autoritaria de la Junta Militar argentina, la aplicación al caso bosniano del principio de la defensa de los Estados plurinacionales lo lleva a alinearse esta vez claramente con “el bando equivocado”. Sin embargo, Hobsbawm no tiene otra alternativa. Si el principio de autodeterminación fuera reconocido en los Balcanes, no habría ya modo de justificar por qué no hacerlo con los casos irlandés, galés, etcétera (es decir, cómo evitar el *break-up of Britain*). La furia de Hobsbawm en su ponencia ante la Asociación Antropológica Americana solo hace manifiesta su conciencia de la posición incómoda en la que se ve a sí mismo atrapado.

Pero el malestar de Hobsbawm revela también problemas conceptuales a los que su enfoque antigenealógico no alcanza a responder. Su punto de vista antigenealógico, en realidad, no necesariamente supone el rechazo al principio de autodeterminación nacional. Analizándolo detenidamente, el mismo no provee ningún fundamento para privilegiar el derecho a la integridad de las “grandes naciones” por sobre los reclamos de las “pequeñas naciones”. Ambos parecerían fundarse sobre basamentos igualmente “míticos”. Según afirma Anderson, “todas las comunidades mayores que la villa primordial (y, quizás, también esta) son imaginadas” (Anderson, 1991: 6). La defensa de Hobsbawm de los primeros y su condena de los segundos debe seguir, en consecuencia, una línea de razonamiento elíptica. Aun cuando sus fundamentos no sean menos míticos que los de las “pequeñas naciones”, los Estados plurinacionales representarían (algo ya señalado por Lord Acton) un estadio superior en la progresión hacia una comunidad universal. Tras este punto de vista, subyace el supuesto iluminista de la unidad del género humano;²⁶ supuesto que, como veremos, lejos de resolver los problemas planteados en la defensa del principio de integridad territorial de los Estados plurinacionales, no hace más que multiplicarlos.

Estado. El terrorista independentista necesita el apoyo moral de aquellas minorías que pretende apoyar de forma que sus asesinatos no sean considerados como tales, sino como victorias en el campo de batalla. Ese apoyo moral debe llegar incluso hasta intentar convertir en héroes, a vulgares pistoleros y extorsionistas, en el caso de morir en enfrentamientos con las Fuerzas del Estado” (Blanco Ande, 1985: 127).

²⁶ Si recordamos sus palabras ante la *American Anthropological Association*, en sus oscuras predicciones se resaltaba el hecho de que “lo que mantiene junto al género humano es la negación de lo que la raza humana tiene en común” (Hobsbawm, 1992: 8).

¿Republicanismo versus autodeterminación individual?

En un artículo reciente, Habermas ha desarrollado dicho supuesto sobre la unidad esencial de género humano en forma más elaborada y sistemática a fin de oponerlo a los reclamos nacionales de las minorías. Habermas parte del concepto rousseauniano de autodeterminación del individuo como base para distinguir el principio de ciudadanía del de nacionalidad. Siguiendo el consenso antigenealógico, afirma que “el Estado nacional ha sido fundado solo transitoriamente sobre la base de una conexión estrecha entre *ethnos* y *demos* [...]”; entre republicanismo y nacionalismo existe un nexo solo contingente, nunca conceptual” (Habermas, 1991: 127). La introducción de la noción moderna de ciudadanía quiebra, para él, los modos de identidad sustantiva de las sociedades prepolíticas para definir un modo hasta entonces inédito y más integrativo de convivencia social, articulado en torno a un marco jurídico-político puramente formal.

En una sociedad pluralista las constituciones expresan un consenso puramente formal [...]. La ciudadanía democrática no tiene necesidad de estar basada en la identidad nacional del pueblo. Esto deja a un lado la multiplicidad de las diversas formas culturales de vida y requiere la socialización de cada individuo dentro de la cultura política común (Habermas, 1991, pp. 127 y 132).

De hecho, el republicanismo y el nacionalismo no solo no se suponen mutuamente sino que, en el largo plazo, resultan contradictorios entre sí, puesto que se basan en dos modos competitivos de identidad. El republicanismo tiende así a abolir las diferencias nacionales, “ciudadanía (*Staatsbürger*) y cosmopolitismo (*Weltbürgerschaft*)”, asegura, “forman un *continuum* el cual hoy comienza a esbozarse” (Habermas, 1991: 146).

Como se observa en ese escrito, Habermas aún compartía la fe de Hobsbawm de *Nations and Nationalism* en que la era de “las naciones y el nacionalismo” representa solo un estadio efímero en la historia humana (Smith, 1992: 73). El corolario de este concepto es que el debilitamiento de estos lazos artificiales de identidad colectiva habría de permitir la espontánea emergencia de una nueva conciencia de la unidad esencial del género humano. Hacia 1990 Hobsbawm podía todavía confiar en la existencia de una especie de armonía preestablecida entre la voluntad subjetiva de los pueblos (al menos en Occidente) y lo que él consideraba como el curso racional del progreso hacia una forma de comunidad auténticamente humana. Su sentido de la “modernidad” y “artificialidad” –y,

por lo tanto, transitoriedad— de la naturaleza de las naciones alimentaba su entusiasmo por la idea de una transformación pacífica del presente sistema de naciones-Estado en un nuevo orden mundial.

Ello explica por qué, tan pronto como los hechos desafiaron esta confianza, Hobsbawm se vio forzado a revisar su programa completo. Sin embargo, su giro posterior conserva el mismo método impresionista que lo llevó antes a anunciar el fin de los nacionalismos. Aunque diametralmente opuestas en sus contenidos (la primera, inmoderadamente optimista; la segunda, crudamente pesimista), ambas predicciones se basan en el procedimiento común de proyectar linealmente hacia el futuro algunas de las tendencias presentes (en el primer caso, aquellas que conducen a la globalización económica mundial; en el segundo, los rasgos marcadamente xenofóbos de algunos de los movimientos nacionalistas actuales). De todos modos, Hobsbawm no ha sido aún capaz de articular un programa más fuerte para sustentar su rechazo al derecho de autodeterminación de las nacionalidades siguiendo sus supuestos iluministas hasta sus últimas consecuencias, puesto que esto conllevaría el afirmar la paradoja de la existencia de una contradicción de principios no solo entre democracia y autodeterminación nacional, sino también entre la primera y la propia idea liberal de autonomía del individuo.

La propuesta de Habermas avanza en esta dirección, aunque, para hacerlo, sus argumentos deben desdoblarse en dos líneas paralelas cuya conexión resulta sumamente endeble. Como vimos, Habermas parte de la idea de la autonomía de la voluntad individual para llegar al concepto de que ciudadanía y cosmopolitismo forman un *continuum*. Pero lo que sostiene esta conexión es el supuesto (compartido con el Hobsbawm de *Nations and Nationalism*) de la existencia de una especie de armonía preestablecida entre ambos conceptos; no se podrá seguir manteniendo, por lo tanto, cuando dicha relación se ve problematizada en la práctica. En efecto, el cosmopolitismo podrá aún ser defendido como un objetivo último (meta, quizás, todavía inscrita en el concepto mismo de ciudadanía), pero en el transcurso no puede ya ser usado como argumento contra los reclamos de autodeterminación de una minoría en particular, siempre que sus miembros así lo deseen, sin contradecir, al mismo tiempo, el principio de autonomía del individuo en que se funda la noción de ciudadanía. El problema que aquí se plantea (y ante el cual Hobsbawm sucumbe) es el de cómo tornar, sin contradicción, el concepto de ciudadanía en el fundamento de una forma de identidad colectiva más poderosa que permita, aún en esos casos, seguir sosteniendo la idea de la legitimidad de los Estados plurinacionales existentes,

y aquí encontramos la segunda línea de razonamiento sobre la que se sostiene el concepto antigenealógico habermasiano.

Habermas tallará entonces en una ambigüedad inherente al modelo contractualista. La noción de ciudadano conlleva la de que el individuo se encuentra a la vez por encima y por debajo del Estado, es decir, es su soberano (*subjectum*) y, al mismo tiempo, se encuentra sujeto (es su *subjectus*) al mismo. La segunda acepción de la noción de ciudadanía constituye la condición de posibilidad de la primera (el ciudadano no puede ser soberano si no está dispuesto a sujetarse al orden legal al que supuestamente él ha sancionado) tanto como también la contradice (a fin de sujetarse a la ley, el ciudadano debe renunciar a su condición de soberano). Esta tensión resulta imposible de eliminar dentro del modelo contractualista, ya que le es inherente y originaria (ella, de hecho, motoriza toda la historia del pensamiento liberal) (Balibar, 1991). En el artículo citado de Habermas, sin embargo, esta tensión se diluye. A fin de afirmar su concepto de ciudadanía como expresión y fundamento a la vez de una *forma de identidad colectiva* (el *demos*) distinta de y opuesta a la de la nacionalidad (el *ethnos*), el énfasis de sus argumentos debería desplazarse progresivamente hasta situarse casi exclusivamente en torno a la segunda de dichas acepciones (la del ciudadano como *subjectus* de la ley) en detrimento de la primera: el ciudadano, una vez que se integra a un Estado nacional determinado (una vez que se ha convertido en *subjectus* del mismo), se despojaría de todo derecho a redefinir soberanamente sus identidades colectivas.²⁷

Aquí nos encontramos ante el punto hacia el cual converge la otra de las líneas de razonamiento sobre las que se despliega el concepto antigenealógico habermasiano, la que, aunque solo tangencialmente se conecta con la anterior, le permite fundamentar por qué las nociones de ciudadanía y determinación nacional se excluyen mutuamente (algo que no era en absoluto obvio, ni se seguía necesariamente de su primera línea de razonamiento que conectaba ciudadanía con cosmopolitismo). Este deslizamiento argumental resulta posible, en realidad, debido a una segunda ambigüedad inherente a la noción de ciudadanía.

El artículo de Habermas muestra cómo es posible producir este cambio de énfasis sin generar un salto conceptual. En él, Habermas comienza, efectivamente, citando la famosa máxima de Ernest Renan (*"l'existence d'une nation est... un plébiscite de tous les jours"*), la que, aparentemente, reafirma la soberanía de la voluntad individual en materia de identidades nacionales. Cabe recordar

²⁷ Esto mismo fue criticado a Habermas en conexión con su concepto de "esfera pública" por Nancy Fraser (1992). Sobre las contradicciones en el concepto habermasiano de ley, ver Palti (2001: 233-279).

que cuando Renan escribía “¿Qué es una nación?”, en quien Habermas se basa, estaba, obviamente, pensando en los casos de Alsacia y Lorena, en los que, se suponía, la voluntad de sus habitantes era mayoritariamente pro francesa. Esto llevaba a Renan a afirmar explícitamente que, “en caso de que emergieran dudas en cuanto a sus fronteras (las de una nación), consúltese las poblaciones de la áreas bajo disputa” (Bhabha, 1990: 20). Sin embargo, para Habermas, como vimos, esta constituye la mejor refutación no solo del nacionalismo (que concibe las identidades nacionales como objetivas y anteriores a toda elección individual), sino también del derecho de autoafirmación de las minorías. ¿Cómo es ello posible? Aquí es donde se produce un sutil deslizamiento conceptual que conecta ambas líneas de razonamiento presentes en Habermas y conduce de la primera a la segunda de las acepciones de “ciudadanía”. Habermas sabe, como también lo sabía Renan, que la voluntad autónoma, la elección subjetiva individual (“el plebiscito diario”) presupone ya un marco dentro del cual la misma pueda ser ejercida.²⁸ De hecho, la noción habermasiana-rousseauiana de “ciudadano” contiene ya implícita la de una “voluntad general” que dota de sentido a la decisión individual (es decir, le permite articularse y formar una “mayoría” —o bien en una “minoría”— de algo). Sin embargo, dicha noción no ofrece todavía, en principio, base alguna para sostener un criterio en particular de cómo delimitar tales “mayorías legítimas”, bajo qué condiciones un determinado grupo humano puede ser considerado como el sujeto de una voluntad autónoma. Y, aun así, es evidente que no cualquier grupo de individuos (un equipo de fútbol, por ejemplo) puede reclamar tal derecho y constituirse a sí mismo como una nación independiente. Esto es, más precisamente (y no la noción primera de “ciudadano” en general, a

²⁸ Como afirma John Breuilly, “si se toma el punto de vista de Renan de este modo [como la reafirmación de un puro voluntarismo], el mismo es un sinsentido. La afirmación reiterada de la frase ‘yo soy francés’ es vacua a menos que se la conecte con alguna noción de qué significa ser francés. A su vez, tal significado puede tornarse políticamente significativo solo si es compartido por un cierto número de personas con una organización efectiva. Es más bien este significado compartido y su organización política las que constituyen una forma de nacionalismo, antes que las elecciones individuales de los franceses” (Breuilly, 1985: 8). En Renan, esto se expresa ya en su otra famosa máxima (tanto como su definición de que la nación es “un plebiscito cotidiano”) que afirma que, para ser una nación, esta “debe ya haber olvidado” (Bhabha, 1990: 11). Anderson señala la peculiar y compleja sintaxis de la expresión (Renan decía *doit avoir oublié*, en vez de, como suena más lógico, *doit oublier*); aunque no sigue demasiadas consecuencias de ello. Lo que Renan afirma allí es que el olvido no es (o no tanto) una condición para la constitución de una nación como una prueba de su existencia como tal. Una nación es, entre otras cosas, pero de un modo fundamental, una “comunidad de olvido”; que los franceses hayan podido olvidar la masacre de San Bartolomé fue necesario para que formen una sola y única nación, pero, sobre todo, fue la mejor expresión de que ya lo eran (de lo contrario, tal olvido hubiera sido imposible).

la que nadie discute) lo que se encuentra en el centro de los debates actuales en torno al nacionalismo. La pregunta concreta que se plantea es: ¿constituyen, por ejemplo, los vascos una “mayoría” legítima, dotados de una voluntad autónoma, o son, por el contrario, solo una minoría dentro de España?;²⁹ o, para complicar más las cosas, ¿son los irlandeses todos una legítima mayoría en su isla, o, por el contrario, los del Norte forman una minoría aparte dentro del colectivo mayor llamado Gran Bretaña? El concepto de “ciudadanía”, tal como lo formula Habermas en, digamos, su “segunda” y más sofisticada acepción, no contiene una respuesta taxativa a este interrogante, salvo una negativa (que el orden jurídico-político no tiene, y preferentemente, no debe, coincidir con las formas culturales sustantivas de identidad colectiva). Pero sí sugiere y aún ofrece cierto sustento, aunque sin afirmarla, a una respuesta positiva, la que se encuentra también implícita en Hobsbawm (en su distinción entre dos tipos de nacionalismo, uno con fundamentos materiales en el Estado y otro puramente ideológico) pero que solo David George formula claramente, despojada de toda ambigüedad.

George parte de premisas similares a las de Habermas, pero las desarrolla en una dirección destinada a hacer nítida la –hasta ahora vaga– idea de la existencia de una asimetría fundamental entre los derechos respectivos de las “grandes naciones” y de las “pequeñas naciones” a su autoafirmación. Para George la demostración de la “modernidad” y “artificialidad” de la idea de nación es, fundamentalmente, una prueba de que el derecho a la autodeterminación no puede ser considerado como un “derecho natural” y, por lo tanto, que el mismo se encuentra sujeto a regulaciones y limitaciones.

Un derecho humano, pues, es un reclamo universal, y moralmente justificable, por beneficios especiales; un reclamo que puede ser demandado por cualquiera y en cualquier lugar. Se sigue de ello que si el derecho putativo a la autodeterminación carece de esta universalidad, y/o no conduce a beneficios relevantes, no puede ser un derecho humano no-legal (o moral) (George, 1993, p. 507).

Dado que se trata de un “derecho legal”, el mismo presupone al Estado como instancia soberana que puede conferirlo. De ello se seguiría que este no puede sin contradicción ser dirigido contra el propio Estado: desprendida del mismo, una minoría formaría una mera masa informe carente de todo derecho más allá de los “naturales” (dentro de los que, como vimos, George no incluye el derecho

²⁹ En estos ejemplos se puede fácilmente descubrir cómo la constitución de una “minoría” como tal no desafía realmente la generalidad de la totalidad, como afirma Homi Bhabha (1990: 306), sino que más bien la confirma.

a la autodeterminación); “sostener un referéndum o un plebiscito”, afirma, “no uniré a los individuos en una nación” (George, 1993: 510). El mero deseo de una minoría a ser una nación independiente no es suficiente para conferirle a la misma ningún derecho especial por sobre los de la entera comunidad a la cual, en dicho momento dado, pertenece. George llega así, aunque por una vía diferente a la de Habermas, a la misma conclusión, es decir, la de que existe una contradicción conceptual, de principio, entre las ideas de democracia y de autodeterminación nacional.

El compromiso con la democracia como una forma legítima de gobierno conlleva, por lo tanto, el no-compromiso con el reclamo a la autodeterminación nacional. Cualesquiera que sean los méritos de la autodeterminación nacional, no hay buenas razones para suponerlo un derecho no-legal irrestricto de cualquier nación” (George, 1993: 512).

De este modo, George ofrece finalmente una respuesta clara al interrogante que dejamos pendiente. ¿Cómo delimitar qué grupos humanos deben reconocerse como legítimos portadores de una voluntad autónoma? Según el concepto de George de democracia la respuesta es solo una: solo el conjunto de la población de los Estados nacionales ya constituidos (puesto que son los únicos habilitados para conferir tal derecho a sus habitantes) puede gozar tal derecho.

Carl Schmitt ha señalado ya la inversión del orden lógico en la conformación de un sistema político implícita en el concepto positivista-legalista adoptado por George. Según este “da la impresión de que es la constitución la que funda al Estado” (Schmitt, 1992: 46), olvidando, según señala Schmitt, que toda constitución en realidad presupone ya un pueblo constituyente. Schmitt y George tienden a resolver, cada uno a su modo, la tensión sobre la que se funda el concepto contractualista de la sociedad afirmando unilateralmente una u otra de las dos acepciones (como *subjectum* y como *subjectus*) implícitas en el concepto de ciudadanía: el primero (Schmitt), la instancia soberana que funda el Estado; el segundo (George), los lazos de sujeción que de él emanan. En el caso de este último, que es el que nos ocupa aquí, ello se debe a que, a fin de distinguir entre republicanismo y nacionalismo, tiene que terminar contradiciendo el concepto de autonomía de la voluntad individual del que él mismo partiera para oponerlo al de autodeterminación nacional. De este modo, aunque con ello no explica cómo los Estados existentes han sido constituidos, sí descarta *a priori* que los mismos puedan ser *legítimamente* modificados o cuestionados (salvo como resultado de un proceso interno de autotransformación, producido dentro de los marcos jurídico-políticos existentes), dado que no existiría, según dicho concepto, ins-

tancia externa a los mismos habilitada para hacerlo. En síntesis, lo que el artículo de George revela claramente (y aquí llegamos al núcleo que articula el presente consenso antigenealógico) que esta defensa del concepto de ciudadanía (en su “segunda acepción”, como *subjectus*) no puede significar otra cosa, en la práctica, que la consagración de la intangibilidad de las fronteras nacionales tal como aparecen en un momento dado de su historia (más precisamente, el presente). Desde la perspectiva asumida por George, *cittadinanza e identità nazionale* aparecen, efectivamente, como mutuamente excluyentes (y ya no solo en una “relación contingente”, como afirmaba Habermas). Es de prever, sin embargo, que ello no podrá todavía persuadir, a aquellos menos creyentes que él en la sacralidad del orden internacional existente (tal como fue consagrado por la *Carta de Helsinki*), de ver al mismo (el orden internacional existente) como fundado en ataduras menos contingentes y transitorias que las que para Habermas unen a *ethnos* y *demos*. Llegado a este punto, su razonamiento dibuja un círculo completo: comienza señalando la arbitrariedad de los Estados nacionales para terminar afirmando la intangibilidad del actual sistema de Estados nacionales. En síntesis, si la propuesta de George constituye un intento por ofrecer respuestas posibles que permitan superar algunas dificultades que se le plantean a los cultores del llamado “enfoque antigenealógico”, no puede evitar aún dejar flancos débiles abiertos a la crítica. De todos modos, tiene sí, al menos, el mérito de hacer explícitos problemas y conceptos que en Hobsbawm se encontraban solo implícitos.

Volviendo ahora a Hobsbawm, al igual que George y Habermas, el historiador británico también adhiere a un concepto de democracia según el cual el término pierde su sentido etimológico. En él, esto se expresa en su idea de la misma como opuesta a lo que él llama la doctrina “Wilsoniano-Leninista” de la nación (basada, como vimos, en el principio de “un Estado para cada nación”). Según afirma, la identificación incorrecta que en dicha doctrina se establece entre democracia y autodeterminación nacional es la responsable última de la tragedia actual en los Balcanes. Pero, para llegar a ello, debe también repudiar la idea (de origen, para él, austromarxista) de autodeterminación del individuo en materia de identidades nacionales.

La razón específica de la actual ola de nacionalismo separatista en Europa es histórica. Hoy se cosecha lo que se sembró durante la Primera Guerra Mundial. Los acontecimientos explosivos de 1989-1991 han sido creados, en Europa, y, agregaría, en Medio Oriente, por el colapso de los imperios multiétnicos habsburgo, ruso y otomano en 1917-1918, y la naturaleza de los acuerdos postbélicos respecto de sus Estados sucesores. La esencia

de esto, recordarán, fue el plan de Wilson de dividir Europa en Estados territoriales étnico-lingüístico [...]. La teoría leninista de las naciones sobre el que la URSS (y Yugoslavia) fue posteriormente construida es básicamente la misma, aunque en la práctica –al menos en la URSS– fue complementada por *el sistema austromarxista de la nacionalidad como una elección individual, la cual cualquier ciudadano tiene derecho de hacer a la edad de 16 años, venga de donde viniera* (Hobsbawm, 1992, p. 5, énfasis agregado).

Llegado a este punto, Hobsbawm se encuentra ante un verdadero problema; y no solo porque oponer, como lo hace, abiertamente (sin las sutilezas de Habermas) y sin mayores explicaciones (como las que intenta George), el principio de integridad política al de autodeterminación del individuo resulta, por lo menos, conflictivo. El verdadero problema (y este es el dilema ante el que, a diferencia de Habermas y George, Hobsbawm sucumbe) es que aun así la oposición entre democracia y autodeterminación nacional parece todavía difícilmente sostenible. Indudablemente, a Hobsbawm no se le puede escapar el hecho de que la idea de una unión *voluntariamente asumida* presupone lógicamente la de que sus miembros tienen el derecho a su secesión. Lenin ya había señalado esto cuando afirmaba que la unión de los Estados debe tener lugar “sobre bases auténticamente democráticas, auténticamente internacionalistas, lo que es *impensable* sin la libertad de separarse”.³⁰ “Un socialista que no defiende este derecho”, aseguraba Lenin, “es un chauvinista”.³¹ Defender la idea de una nación “pluralista” y al mismo tiempo negarle a las minorías el derecho a su secesión aparece como una contradicción en los términos. Desde este punto de vista, el aspecto problemático en la postura de Hobsbawm radica no tanto en su alegato en favor de la permanencia de los irlandeses dentro de Gran Bretaña (algo perfectamente defendible) como en el hecho de que imponga esto como una *condición* para conferirles el derecho a su autodeterminación. ¿Cómo justificar este gesto de indisimulado autoritarismo? En definitiva, el único modo de hacerlo (puesto que la sola idea de autodeterminación individual no alcanza para decidir nada al respecto) es oponiendo al concepto, supuestamente mítico, de la nación como una entidad “natural” y “objetiva” (según sostiene el punto de vista genealógico de la misma),³² la idea (autoproclamada como contra-

³⁰ Lenin, “The Revolutionary Proletariat and the Right of Nations to Self-Determination” (1915), *Collected Works* XVIII, 373, citado por Davis (1967: 195).

³¹ Lenin, “Socialism and War” (1915), *Collected Works*, XVIII, 235 (citado por Davis, 1967: 195).

³² Como afirma Anderson respecto de Gellner, “él asimila ‘invención’ a ‘fabricación’. De este modo sugiere que existen comunidades ‘verdaderas’ las cuales pueden oponerse favorablemente a las naciones” (Anderson, 1991: 6).

mítica) de la existencia de otra forma de comunidad auténticamente “natural” (la “humanidad”) a la cual le corresponderían un tipo específico de derechos objetivos (los llamados “derechos naturales”).

Esta manera de razonar muestra, sin embargo, inocultables características comunes con el enfoque al que pretende refutar (lo que no puede sino resultar perturbador); los enfoques genealógico y antigenealógico terminan así revelando su afinidad profunda: como las naciones para los nacionalistas, los derechos humanos (al igual que los “derechos legales” de George, con lo que su distinción se torna irrelevante) no son ya para los liberales materia de debate, estos se colocarían por encima de la voluntad de los pueblos y de los individuos. El derecho a la autodeterminación individual encontraría allí su límite. Es, supuestamente, a las élites ilustradas de las potencias occidentales a las que les correspondería definir y preservar los mismos (como a los Estados les toca, para George, definir y preservar los “derechos legales”). Según se observa, no importa cuán atractivo resulte la causa de los derechos humanos, lo cierto es que la misma puede fácilmente convertirse en una mera fachada para un concepto autoritario, como de hecho lo es para legitimar políticas imperialistas. Como vimos, George no solo supone como válida la controvertida distinción entre “derechos humanos no-legales” y “derechos legales”, sino que también afirma poseer un método “objetivo” para diferenciarlos. Siguiendo el método de George, otros fácilmente podrían probar que el derecho a la libertad de expresión es un “derecho legal” (en realidad, todos lo son) y, por lo tanto, sujeto a regulaciones y limitaciones.

De todos modos, y si bien, como dijimos, el tipo de argumentos que George y Habermas proponen se encuentran implícitos en el enfoque antigenealógico de Hobsbawm (especialmente en su distinción entre un nacionalismo positivo, basado en el Estado, y otro divisivo e “inventado”),³³ lo cierto es que este aún no provee realmente fundamentos para afirmar la idea de una contradicción de principio entre democracia y autodeterminación nacional. Y ello se debe a que aún en 1990, cuando publica *Nations and Nationalism*, Hobsbawm, como decíamos, no veía todavía una oposición real entre “derechos humanos” y “voluntad popular”. Sus trabajos mayores fueron escritos bajo el supuesto de que el “pequeño nacionalismo” tendía históricamente (y espontáneamente) a desaparecer y que un acuerdo “razonable” (autonomía para las minorías sin secesión) era la perspectiva más cierta.³⁴ La suya no era realmente una contrai-

³³ Con esto, la crítica de Anderson a Gellner se haría extensiva a Hobsbawm (ver nota 31).

³⁴ En su crítica a *The Break-up of Britain*, Hobsbawm se basaba en el cuestionamiento de la idea de Nairn de que la secesión era inevitable y preguntaba si “es suficiente afirmar lo obvio, que el fuerte voto pro-catalán y pro-vasco en aquellas partes de España es evidencia del predominio nacionalista, sin

deología antinacionalista combativa. Aun cuando no lo aceptara de manera explícita, la idea de “compromiso” presupone que la partes contratantes poseían una voluntad autónoma legítima a fin de poder aceptar (lo que él esperaba) o rechazar (lo que él parecía descartar) tal propuesta de acuerdo. El punto aquí es que el solo hecho de llamar, por ejemplo, a un plebiscito representaría (“performativamente”, para usar un término preferido por Habermas) un reconocimiento implícito de la legitimidad de la voluntad del pueblo convocado y a su derecho a expresar la misma de un modo autónomo (y, en ese sentido, cualquiera que fuera el resultado, sentaría un precedente de autodeterminación como nación). Precisamente porque la suya no era una contraideología antinacionalista combativa es que, tan pronto como los acontecimientos tomaron un curso muy distinto al por él esperado, no le quedaría ya otra alternativa que el más crudo pesimismo. Pero, con ello, lo que hasta entonces pretendía pasar como el resultado de una investigación historiográfica “objetiva” e “imparcial”, revelaría sus verdaderos basamentos ideológicos. La guerra de Bosnia termina por desenmascarar lo que realmente se encontraba en juego tras la fachada “progresista” de la crítica del enfoque antigenealógico de la nación: la voluntad de preservar el *statu quo* y la seguridad (hoy supuestamente amenazada) de las potencias europeas occidentales, aun al precio de, llegado el caso, tener que contradecir la voluntad manifiesta de las poblaciones directamente involucradas.

Bibliografía

- Acton, John (1949). *Essays on Freedom and Power*. Nueva York: The Free Press. [Trad. cast.: (1959) *Ensayos sobre la libertad y el poder*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos].
- Akzin, Benjamin (1964). *State and Nation*. Londres: Hutchinson University Library. [Trad. cast.: (1983) *Estado y nación*. México: Fondo de Cultura Económica].
- Anderson, Benedict (1991). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres y Nueva York: Verso. [Trad. cast.: (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica].

investigar en qué medida estos votos están por la secesión, o por otra forma de asociación autónoma, y, si es así, por cuál” (Hobsbawm, 1989: 137). De hecho, tal política pareció funcionar en España, aunque los recientes acontecimientos vuelven a plantear dudas sobre la viabilidad de esta solución.

- Balibar, Étienne (1991). "Citizen-Subject". En Cadava, Eduardo; Connor, Peter y Jean-Luc, Nancy (comps.), *Who Comes After the Subject?* Nueva York-Londres: Routledge.
- Bernstein, Eduard (1961). *Evolutionary Socialism*. Nueva York: Schocken. [Trad. cast.: (2011) *Socialismo evolucionista*. Granada: Comares].
- Bhabha, Homi (ed.) (1990). *Nation and Narration*. Londres y Nueva York: Routledge. [Trad. cast.: (2010) *Nación y narración*. Buenos Aires: Siglo XXI].
- Blanco Ande, José (1985). *El Estado, la Nación, el Pueblo y la Patria*. Madrid: San Martín.
- Breuer, Stefan (1995). *Anatomie der Konservative Revolution*. Damstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Breuilly, John (1985). *Nationalism and the State*. Chicago: The University of Chicago Press. [Trad. cast.: (1990) *Nacionalismo y Estado*. Barcelona: Pomares-Corredor].
- Carr, Edward Hallett (1945). *Nationalism and After*. Nueva York: MacMillan.
- Davis, Horace B. (1967). *Nationalism and Socialism*. Nueva York: Monthly Review Press. [Trad. cast.: (1972) *Nacionalismo y socialismo: teorías marxistas y laboristas sobre el nacionalismo hasta 1917*. Barcelona: Península].
- Degras, Jane, (comp.) (1956). *The Communist International: 1919-1943. Documents I*. Londres: n.p.
- Fraser, Nancy (1992). "Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy". En Calhoun, Craig (comp.), *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- Gellner, Ernest (1983). *Nations and Nationalism*. Ithaca, (N.Y.): Cornell University Press. [Trad. cast.: (1988) *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza].
- George, David (1993). "The Right of Self-Determination". *History of European Ideas*, vol. 16, n° 4-6, enero.
- Habermas, Jürgen (1991). "Cittadinanza e Identità Nazionale". *Micromega*, n° 5, pp. 123-146.

- Herf, Jeffrey (1990). *Reactionary Modernism. Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich*. Cambridge: Cambridge University Press. [Trad. cast.: (1990) *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*. México: Fondo de Cultura Económica].
- Hertz, Frederick (1951). *Nationality in History and Politics*. Londres: Routledge & Kegan.
- Hobsbawm, Eric (1989). *Politics for a Rational Left*. Londres: Verso. [Trad. cast.: (1993) *Política para una izquierda racional*. Barcelona: Crítica].
- (1991). *Nations and Nationalism Since 1780. Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Cambridge University Press. [Trad. cast.: (1995) *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica].
- (1992). “Ethnicity and Nationalism in Europe Today”. *Anthropology Today*, vol. 8, n° 1, febrero.
- Jenkins, Brian (1990). *Nationalism in France. Class and Nation Since 1789*. Savage, Maryland: Barnes & Noble.
- Kamenka, Eugene (comp.) (1973). *Nationalism. The Nature and Evolution of an Idea*. Camberra: Australian University Press.
- Kemiläinen, Aira (1964). *Nationalism: Problems Concerning the Word, the Concept and Classification*. Jyväskylä: Kustantajat.
- Le Van Baumer, Franklin (1978). *Main Currents of Western Thought*. New Haven-Londres: Yale University Press.
- Lefebvre, Henry (1988). *Le Nationalisme contre les Nations*. París: Méridiens Klincksieck.
- Lenin, Vladímir I. (1976). *The Rights of Nations to Self-Determination*. Moscú: n.p. [Trad. cast.: (1980) *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*. Moscú: Progreso].
- Ma, Shu-Yun (1992). “Nationalism: State Building or State-Destroying”. *The Social Science Journal*, vol. 29, n° 3, julio.
- Macartney, Carlile A. (1934). *National States and National Minorities*. Londres: Oxford University Press.
- Nimni, Ephraim (1994). *Marxism and Nationalism. Theoretical Origins of a Political Crisis*. Londres: Pluto Press.

- Palti, Elías José (2001). *Aporías: tiempo, modernidad, historia, sujeto, nación, ley*. Buenos Aires: Alianza.
- Pflüger, Friedbert (1994). *Deutschland driftet. Die Konservative Revolution entdeckt ihre Kinder*. Düsseldorf: ECON.
- Rodolsky, Ramírez (1980). *Federico Engels y el problema de los pueblos "sin historia"*. México: Siglo XXI.
- Schmitt, Carl (1992). "The Constitutional Theory of Federation (1928)". *Telos*, n° 91.
- Segeberg, Harro (1993). "Revolutionary Nationalism: Ernst Jünger during the Weimar Republic". *History of European Ideas*, vol. 16, n° 4-6, enero.
- Seth, Sanjay (1992). "Lenin's Reformulation of Marxism: The Colonial Question as a National Question". *History of Political Thought*, vol. 13, n° 1.
- Shafer, Boyd (1955). *Nationalism, Myth and Reality*. Nueva York: Harcourt, Brace & Co.
- Sloterdijk, Peter (1987). *Critique of Cynical Reason*. Minneapolis: University of Minnesota Press. [Trad. cast.: (2003) *Crítica de la razón cínica*. Madrid: Siruela].
- Smith, Anthony (1992). "Nationalism and the Historians". *International Journal of Comparative Sociology*. vol. 33, n° 1-2, marzo.
- Snyder, Louis (1954). *The Meaning of Nationalism*. Nueva Brunswick: Rutgers University Press.
- Sorel, Georges (1907). *Reflexiones sobre la violencia*. Buenos Aires: La Pléyade.
- Stalin, Joseph (1947 [1934]). *Marxism and the National and Colonial Question*. Londres: Lawrence & Wishart. [Trad. cast.: (1946) *El marxismo y el problema nacional y colonial*. Buenos Aires: Problemas].
- Ulyanovsky, Rostislav A. (comp.) (1979). *The Comintern and the East*. Moscú: n.p.
- Veljko, Vujacic y Zaslavsky, Victor (1991). "The Causes of Dissintegration in the USSR and Yugoslavia". *Telos*, n° 88, verano.
- Zagladin, V. V. (comp.) (1975). *The Revolutionary Movement of Our Time and Nationalism*. Moscú: Progress.
- Žižek, Slavoj (1989). *Sublime Object of Ideology*. Londres: Verso. [Trad. cast.: (1992) *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI].

La **Colección Humanidades** de la Universidad Nacional de General Sarmiento reúne la producción relacionada con las temáticas de historia y filosofía, enmarcadas en las líneas de investigación de la Universidad, siempre en vinculación con el desarrollo de nuestra oferta académica y con nuestro trabajo con la comunidad.

Historia y política es un reconocimiento al gran historiador británico Eric Hobsbawm. Durante décadas, este autor se constituyó –y lo sigue haciendo– como una figura intelectual de gran impacto en el campo académico local e internacional. Los autores de los seis artículos que componen este libro van aquí tras Hobsbawm y su historiografía, sus escritos, sus temas, sus inquietudes y abordajes, sus aportes y, no menos importante, sus desaciertos. Esto se articula, a su vez, con su trayectoria militante y su compromiso ideológico político. Y se da sobre un fondo permanente, consolidado y reconocido: la de su largo y sostenido compromiso político. La secuencia de lectura propuesta permite varias combinaciones posibles a partir del interés, curiosidad, gusto o necesidad de cada lector.



Colección Humanidades

Universidad Nacional 
de General Sarmiento



Libro
Universitario
Argentino

